

Quehacer editorial

5

*Autores, editores y lectores...
hasta que las rejas nos separen*



Lauro Zavala • Guillermo Fárber •
Fabián Giménez • Fernando Valdés •
Patricia Medina • Luis Armenta Malpica •
José María Espinasa • Alejandro Zenker •

Quehacer 5
editorial



www.solareditores.com

Director general

Alejandro Zenker

zenker@solareditores.com

Asistente de dirección

Irazú Legorreta

irazu@solareditores.com

Cuidado editorial

Elizabeth González

ego@solareditores.com

Desarrollo creativo

Mauricio Morán

mauro@solareditores.com

Tipografía y formación

Víctor Daniel Abarca

Ilustraciones de Mauricio Morán. Fotografías de A. Zenker e Irazú Legorreta.

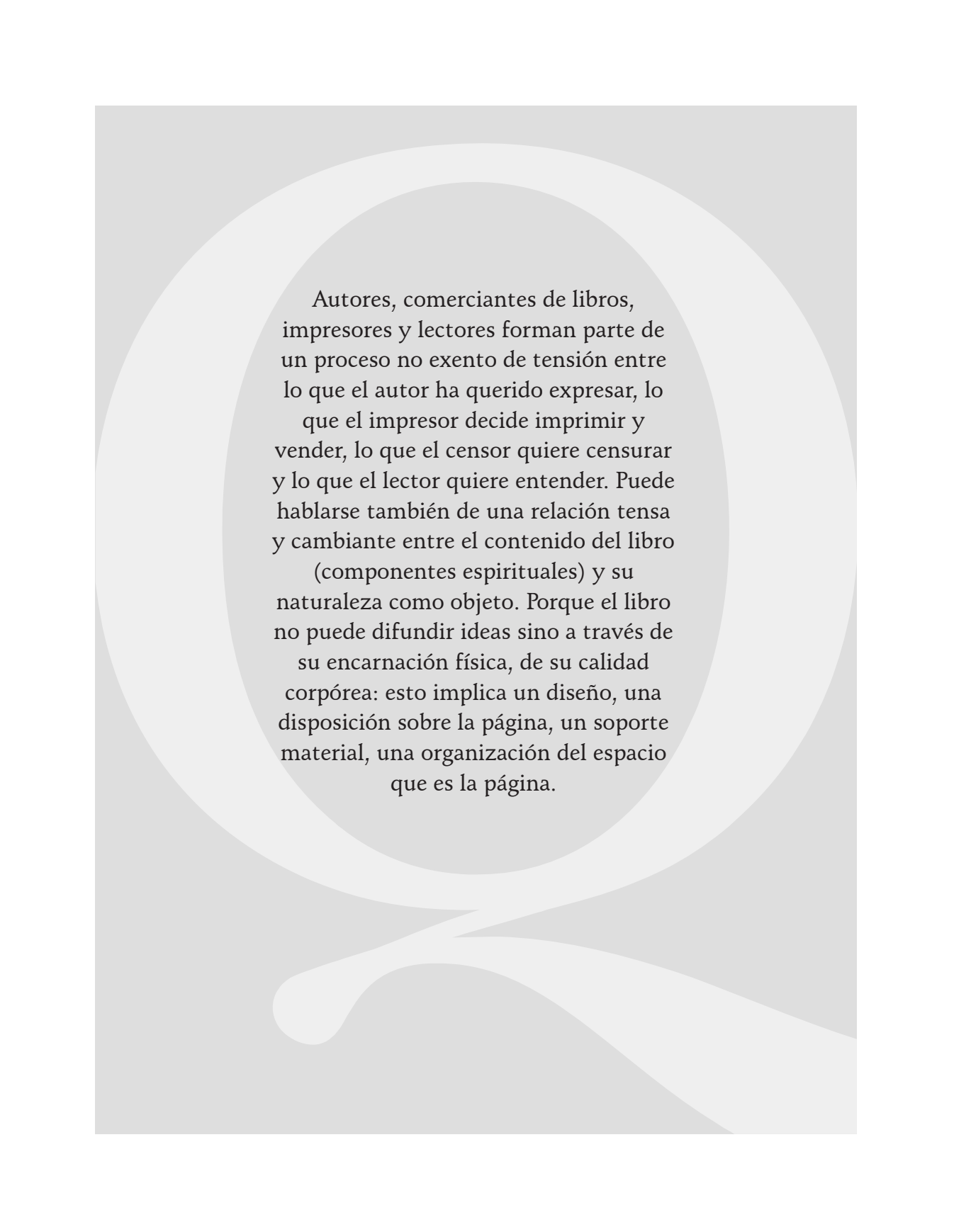
Las citas en las falsas de la revista están tomadas de Carmen Castañeda, *Del autor al lector. Libros y libreros en la historia*, México, CIESAS/Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2002, pp. 136-137, 180, 157.

Quehacer editorial es una revista editada y publicada por Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V., Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Teléfono y fax 5515-1657 con 12 líneas. Se terminó de imprimir en julio de 2006.

Quehacer editorial es una publicación abierta, de análisis y debate, por lo que las opiniones expresadas en sus páginas no reflejan forzosamente las opiniones de sus editores sino las de los autores, únicos responsables de sus artículos. No respondemos por originales no solicitados, pero invitamos a todos los involucrados en el proceso de producción y en el ciclo del libro a enviarnos sus colaboraciones y opiniones a la dirección qe@solareditores.com. La versión electrónica de la revista la encuentran en nuestra página www.solareditores.com.

Contenido número 5

- 7 Aventuras de un turista bibliográfico,
LAURO ZAVALA
- 30 Placer no compartido,
GUILLERMO FÁRBER
- 42 Rizomética, fragmentos de una ética
de la lectura y la escritura,
FABIÁN GIMÉNEZ
- 55 La libertad de la ignorancia que encarcela al libro,
FERNANDO VALDÉS
- 79 De cómo ser un editor independiente y no morir
en el intento,
PATRICIA MEDINA
- 84 El juego que pocos jugamos,
LUIS ARMENTA MALPICA
- 88 Lugares comunes,
JOSÉ MARÍA ESPINASA
- 112 Las nuevas tecnologías: herramientas para la
“bibliodiversidad” contra la “bestsellerización”
de la lectura,
ALEJANDRO ZENKER



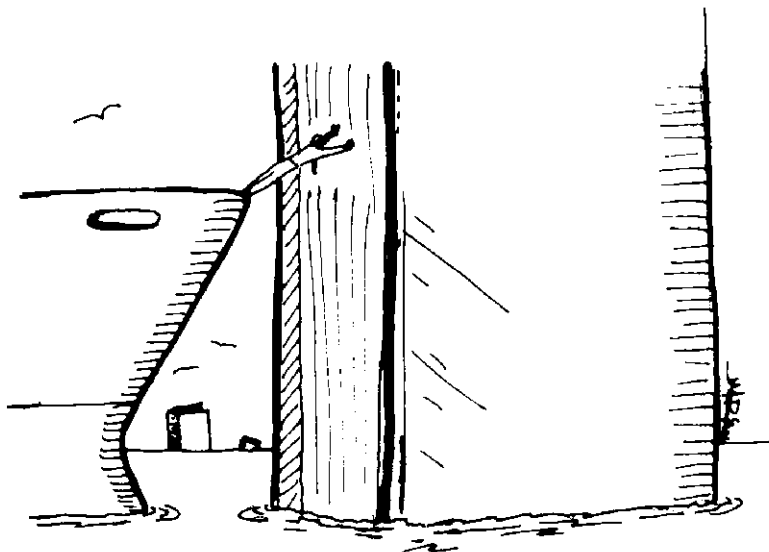
Autores, comerciantes de libros, impresores y lectores forman parte de un proceso no exento de tensión entre lo que el autor ha querido expresar, lo que el impresor decide imprimir y vender, lo que el censor quiere censurar y lo que el lector quiere entender. Puede hablarse también de una relación tensa y cambiante entre el contenido del libro (componentes espirituales) y su naturaleza como objeto. Porque el libro no puede difundir ideas sino a través de su encarnación física, de su calidad corpórea: esto implica un diseño, una disposición sobre la página, un soporte material, una organización del espacio que es la página.

Aventuras de un turista bibliográfico

Cada persona tiene aficiones que la distinguen de las demás. Algunos son aficionados a escuchar canciones de una determinada época; otros, a ver partidos de beisbol; y otros, a comer pasteles de chocolate. Yo soy aficionado a hacer turismo bibliográfico.

Debo empezar por aclarar en qué consiste esta forma peculiar de turismo. Mi profesión es la investigación en teoría narrativa (en cine, literatura y espacios). Como todo investigador universitario, cada año debo hacer dos o tres viajes al extranjero para presentar los resultados de mis investigaciones ante los colegas de la comunidad académica de especialistas, además de viajar a cinco o seis ciudades

En cada viaje dedico el breve tiempo que me queda disponible para conocer las librerías y bibliotecas de los lugares que visito. A esto le llamo turismo bibliográfico.



de la República para participar en congresos o impartir cursos de actualización. Y en cada viaje dedico el breve tiempo que me queda disponible para conocer las librerías y bibliotecas de los lugares que visito. A esto le llamo *turismo bibliográfico*.

En lo que sigue quiero compartir mi experiencia de visita a algunas librerías que me han parecido memorables, y creo que cada una, de alguna manera, refleja la personalidad de la ciudad a la que pertenece.

Aquí he seleccionado sólo 32 ciudades, y menciono sólo algunas librerías en cada ciudad, pero, por supuesto, cada turista bibliográfico elabora su propia crónica de visita, y hace su propia selección, pues la diversidad es inabarcable.

Turismo bibliográfico en Europa

Al hablar sobre las librerías en Europa es necesario señalar la existencia de dos calles muy famosas: el Boulevard Saint Michel, en París, y Charing Cross Road, en Londres. En cada una de ellas se encuentra una serie de librerías especializadas y muy interesantes, en las que cualquier visitante encontrará materiales inesperados y hará de su visita a la ciudad una experiencia muy gratificante.

A continuación presento las notas de turismo bibliográfico realizado en algunas de las ciudades que he visitado durante la realización de algún congreso académico en Europa.

Barcelona (España). Esta ciudad cosmopolita tiene una de las dotaciones más vastas de libros en venta en lengua española. Recuerdo con mucho interés, en Las Ramblas, una espléndida librería adaptada de un viejo espacio para destilar cerveza, donde encontré la mejor colección de libros sobre la física del caos.

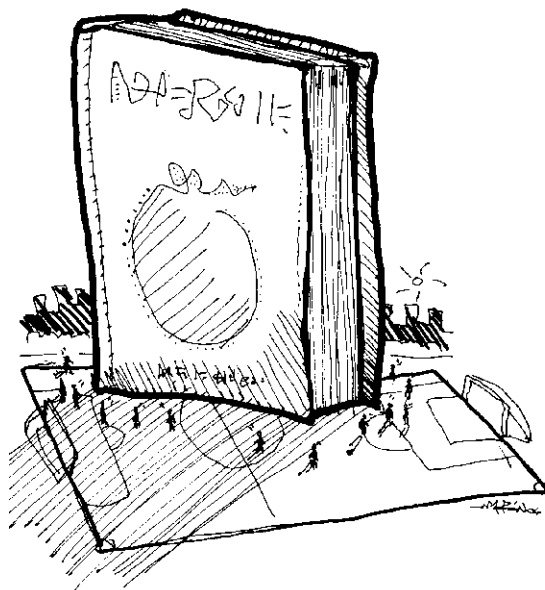
Bruselas (Bélgica). Casi todos los turistas mexicanos llegamos por tren de Londres a Brujas, y de ahí a Bruselas. Estas ciudades medievales son una magnífica entrada a la Comunidad Europea, pues logran un equilibrio

entre el orden y la espontaneidad, la calidez y la disciplina, las bicicletas y otras formas de transporte. Y sus librerías son similares al resto de la ciudad: ordenadas, pero con letreros humorísticos; generalmente ubicadas en edificios muy antiguos, pero cómodas y funcionales.

Heidelberg (Alemania). Esta bellísima ciudad tiene una zona medieval, empedrada, donde se encontraba el imponente castillo y desde donde se tiene una vista de la ciudad. Esa zona es la sede de la universidad. Una visita a la librería es una aventura interesante, pues está ubicada a un costado de una pequeña plaza empedrada que la puerta de cristal permite observar y donde hay numerosos árboles (que en invierno, naturalmente, ya no tienen hojas).

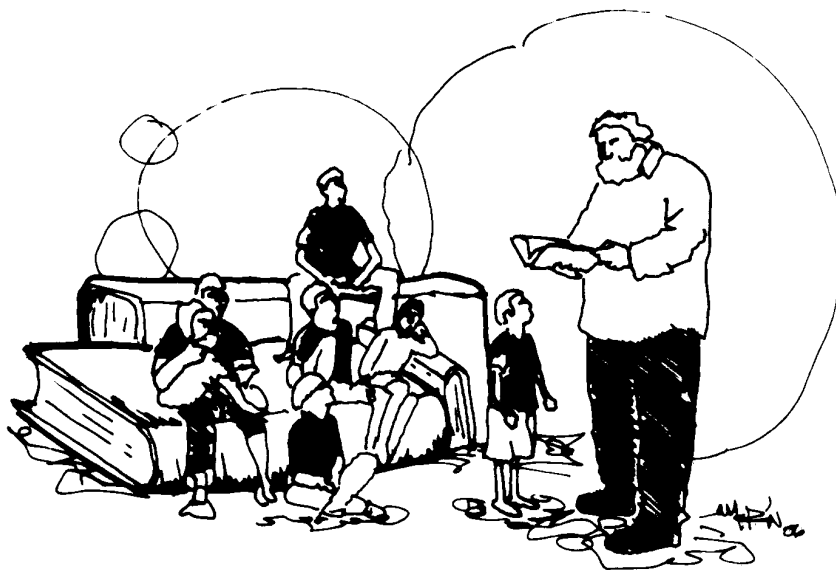
León (España). La ciudad tiene las dimensiones ideales para ser recorrida a pie, por lo que visitar las librerías es algo natural. Tal vez por ello en los parques siempre hay gente leyendo durante todo el día. El servicio es afable y eficiente, pues toda la ciudad respira un aire de convivencia y relajación, quizá porque en el centro está prohibida la circulación de automóviles.

Londres (Inglaterra). Esta ciudad es tan intensa y compleja como Nueva York, pero con personalidad propia. Visitarla significa muchas cosas para distintos visitantes y no soy la excepción. Para mí es inevitable llegar a la estación del metro de Tottenham Court Road, donde se encuentra la enorme, elegante y suculenta librería Waterstone's. A la vuelta se inicia la famosa calle Charing Cross Road, que ya tiene su propia novela y su película de ficción (*84 Charing Cross Road*, 1987, con las actuaciones de Anthony Hopkins y Ann Ban-



Londres es tan intenso y complejo como Nueva York, pero con personalidad propia.

croft). Esta calle sólo abarca cuatro pequeñas cuadras y ahí se encuentra una serie de librerías especializadas en casi todo lo imaginable. La calle termina en Leicester Square, en el barrio inglés de Soho, con la librería Blackwell's.



Madrid (España). La librería Espasa se encuentra en la Gran Vía, que es la avenida más importante de la ciudad. Es el lugar de referencia inevitable para todo lector residente en la ciudad. Tiene cinco pisos y ahí se venden libros escritos en varios idiomas.

Moscú (Rusia). En esta ciudad las librerías (al menos las cinco que visité y que me recomendaron los colegas, las guías de turistas y los taxistas) son muy pequeñas y también dan servicio como papelerías. Por esa razón, no es posible examinar los libros antes de comprarlos. Los libros rusos, en general, son técnicamente de calidad muy inferior a los del resto de Europa, y difícilmente competirían en el mercado internacional.

Oxford (Inglaterra). Esta ciudad medieval, empedrada, está formada por 42 antiguos castillos, cada uno de los cuales alberga un *College*. En el centro de la ciudad se encuentra la librería que lleva el sello de la casa editorial que publica los libros de la universidad, Blackwell, con muebles de madera y metal que le dan un aire muy sobrio y distinguido (como corresponde a una de las universidades más antiguas y prestigiosas de Europa).

París (Francia). Por supuesto, el Boulevard Saint Michel es famoso en todo el mundo por sus agradables librerías, galerías y cafés al aire libre, y por el ambiente de creatividad que se respira. Pero también en esta ciudad se encuentra la pequeñísima librería Shakespeare & Co., cuyo valor histórico consiste en que su dueña fue quien publicó por primera vez la novela *Ulysses* de James Joyce. Hoy esta librería ofrece albergue a algún escritor despistado por una cantidad simbólica.

Sevilla (España). El prestigio académico de esta ciudad medieval (lo mismo que el de Salamanca, que fue la capital de la Comunidad Europea) se podría sostener tan sólo visitando sus muy bien surtidas librerías, adonde llegan libros que los visitantes de otros países se sorprenden al ver, pues a veces en su lugar de origen no se distribuyen tan bien como aquí.

Viena (Austria). Al ser una de las ciudades más antiguas de Europa, en Viena hay toda clase de librerías especializadas, incluyendo, por supuesto, las dedicadas a los baluartes de la misma ciudad (Mozart, Benjamin, Freud, Wittgenstein *et al.*).

En Estados Unidos hay increíbles cadenas de librerías, distribuidas en todo el territorio y que comparten características agradables, como contar con una cafetería, mesas amplias, espacios para niños...

Al comentar sobre las librerías que hay en Estados Unidos, es necesario señalar la famosa Cuarta Avenida, en Nueva York, así como las increíbles cadenas de Barnes and Noble y de Border's, que están distribuidas en todo el territorio, y que comparten características que sería estupendo poder disfrutar en nuestros países.

**Turismo
bibliográfico
en Estados
Unidos
y Canadá**

La sección infantil es un espacio absolutamente fascinante, cómodo, diseñado para los pequeños y muy bien surtido.

Con ofertas constantes, secciones dedicadas a objetos relacionados con la lectura y catálogos, las librerías buscan atraer lectores.

La sensación que se tiene al visitarlas es la de una llamada fiesta permanente, es decir, un lugar para pasar ahí todo el día. Todas las sucursales cuentan con cafetería y mesas muy amplias de madera (como escritorios), donde naturalmente siempre hay gente leyendo y escribiendo, en ocasiones con libros de la propia librería que, por distintas razones, no van a comprar. También hay cómodos sillones distribuidos en lugares estratégicos.

En estas librerías suele haber un mural alusivo a los escritores de la región. Los sitios que tienen estas cadenas en la red electrónica permiten localizar la sucursal más próxima a la calle donde uno se encuentra, acompañada de mapas e instrucciones precisas para llegar en auto.

Asimismo publican boletines mensuales gratuitos sobre las novedades bibliográficas en diversas áreas. La sección infantil es siempre un espacio absolutamente fascinante. Conozco algunos niños que prometen portarse bien si se les ofrece llevarlos a esta librería. Son secciones cómodas, diseñadas para los pequeños y muy bien surtidas. Constantemente se realizan actividades para ellos relacionadas con la lectura.

Estas librerías tienen ofertas constantes. Por ejemplo, junto a la puerta de entrada se encuentran libros de 60 dólares rebajados a sólo un dólar.

También tienen una sección dedicada a ofrecer toda clase de objetos prácticos relacionados con la lectura y los libros.

Estas cadenas cuentan con un catálogo de publicaciones propias, incluyendo las obras clásicas de la literatura universal, en pasta dura y a precios muy accesibles (cinco dólares o menos).

Cuentan con el servicio de tarjeta de crédito propia, con ventajas para los clientes de la librería. Las instalaciones son amplias, funcionales y bien iluminadas.

Por supuesto, también se venden películas y discos de música, y se ofrece el servicio de órdenes sobre pedido, las cuales tardan unas cuantas horas (al menos en mi experiencia personal).

Por último, quiero señalar que siempre tienen una sección dedicada exclusivamente a las novedades de libros publicados por las universidades del país; otra, a las revistas universitarias de investigación, y otra más, a las novelas gráficas (derivación artística para adultos de las historietas para niños).

Ahora comentaré lo que he encontrado en algunas otras ciudades donde he hecho turismo bibliográfico.

Banff (Canadá). De Quebec se viaja a Charlevoix, y de ahí a Calgary para llegar en autobús a Banff. Este pequeño pueblo cubierto de nieve está exactamente a los pies de una imponente montaña. Cuando llegué a la estación de autobuses me detuve a desayunar, y después empecé a recorrer el pueblo. De repente, descubrí que en medio de la calle, a unos 30 metros de donde estaba parado, se encontraba un espléndido alce con unas astas enormes. Todos nos quedamos petrificados, pues no sabíamos lo que haría en el siguiente momento. Finalmente empezó a caminar en dirección a la montaña. En este lugar se graban muchos de los discos de sonidos de la naturaleza que se exportan a todo el mundo. En la calle central, que es como la de un viejo pueblo de *western*, y que va a dar precisamente a la montaña nevada, se encuentra una tienda especializada en viajes. Es el lugar perfecto para esta tienda, y la inmensa riqueza de materiales harían que cualquiera se aficionara al tema, pues hay libros sobre viajes de toda clase (es decir, no sólo turísticos, sino también literarios, espaciales, científicos, humorísticos, fotográficos, náuticos, interiores, educativos, amorosos y muchos otros).

Berkeley, California. En esta ciudad universitaria, la sucursal de la cadena Barnes and Noble podría ser considerada como la catedral de los libros. Tiene varios pisos, con una sección cortada de manera que, al entrar, es posible tener una visión de conjunto de todos los niveles. También en esta ciudad se encuentra la famosa

En un pueblito canadiense me encontré una tienda especializada en libros de viajes, no sólo turísticos, sino literarios, espaciales, científicos...

En la University Press Book, en Berkeley, California, se venden exclusivamente libros producidos por las universidades de Estados Unidos.

*Si pasa por Filadelfia,
Pensilvania, no deje de
visitar la Walnut Street,
donde en una sola
cuadra se encuentra casi
una docena de librerías
de viejo.*

*Los amantes de las
historietas encontrarán
en Eugene, Oregon,
librerías especializadas
en este tema.*

librería Cody's Books, una de las más completas en el terreno de la investigación académica (2454 Telegraph Ave.). Caminar por los alrededores del campus universitario permite descubrir toda clase de librerías y tiendas de música y cine, entre las que destaca University Press Books (2430 Bancroft Way), donde se venden exclusivamente libros producidos por las universidades del país.

Eugene, Oregon. Éste es otro pueblito ciclista, es decir, donde las bicicletas abundan y tienen su propio carril marcado en todas las calles, diseñadas para ser transitadas con toda calma y generalmente habitadas por una población flotante de estudiantes universitarios provenientes de todo el planeta. Una de sus características es que cuenta con varias librerías especializadas exclusivamente en la venta de historietas. En estos pueblitos hay cerca de 50 librerías donde la atención es extremadamente personalizada.

Filadelfia, Pensilvania. Esta ciudad es la sede de la librería de National Geographic, que cuenta con más de 50 series distintas de libros sobre todo lo que despierta la capacidad de asombro. También hay una calle (de hecho la principal, Walnut Street) donde en una sola cuadra se encuentra casi una docena de (elegantes) librerías de viejo. Aquí se llaman libros de segunda mano (*second hand books*), pero decir libros de segunda mano en este país significa que se trata de libros en perfecto estado, con precios mucho menores que los ejemplares nuevos.

Humboldt, California. Esta pequeña ciudad es la sede de la Humboldt State University, donde fui profesor invitado durante un año. Esa estancia me permitió descubrir una Red de Librerías Independientes que agrupa a las 25 librerías no estatales que atienden a una población de 40 000 habitantes. Resulta natural que en la plaza central se encuentre una librería exclusivamente sobre temas de la naturaleza, pues se trata de una zona donde se protege no sólo a los árboles

gigantes de secuoya, sino también a las culturas de los indios americanos.

Portland, Oregon. Aquí se encuentra la que probablemente sea la librería más grande del planeta, Porter's Books. Se anuncia como la más grande de la costa Oeste y ocupa una cuadra completa. En la entrada principal está disponible un mapa de la librería, y cuenta en su interior con un mirador desde donde se puede observar la enorme sección correspondiente a libros usados (que ocupa media cuadra). Las otras librerías de la ciudad compiten ofreciendo un servicio más personalizado, que se anuncia desde el mismo nombre como The Catbird Seat Bookstore, en la calle Broadway.

Porter's Books tal vez sea la librería más grande del planeta, pues ocupa una cuadra completa.

San Francisco, California. En esta ciudad se encuentra la librería City Lights, que fue creada por Lawrence Ferlinghetti, del grupo de escritores existencialistas de la Beat Generation, en 1953. Aquí hay libros para escritores e investigadores de literatura de vanguardia, y novedades sobre jazz, filosofía y temas relacionados. Esta librería también publica sus propios libros. Es un lugar inevitable para todo lector que visite la ciudad (en 261 Columbus Ave.).

Santa Bárbara, California. He visitado esta pequeña ciudad casi una docena de veces y puedo decir que tiene 53 librerías. Y como es una de las ciudades con mayores ingresos *per capita* en el mundo, tal vez eso ha influido para que varias de sus librerías cuenten con una chimenea en el centro, rodeada por varios sillones para leer cómodamente. Algunos clientes llegan al extremo de quitarse los zapatos mientras leen, para estar más a gusto. Esta tradición se inició con la desaparecida librería Earthlings, pero muchas otras conservan la tradición de ofrecer café a los clientes mientras hojean sus libros.

Si busca comodidad en una librería, sillones acogedores, chimenea y café caliente, visite Santa Bárbara, California.

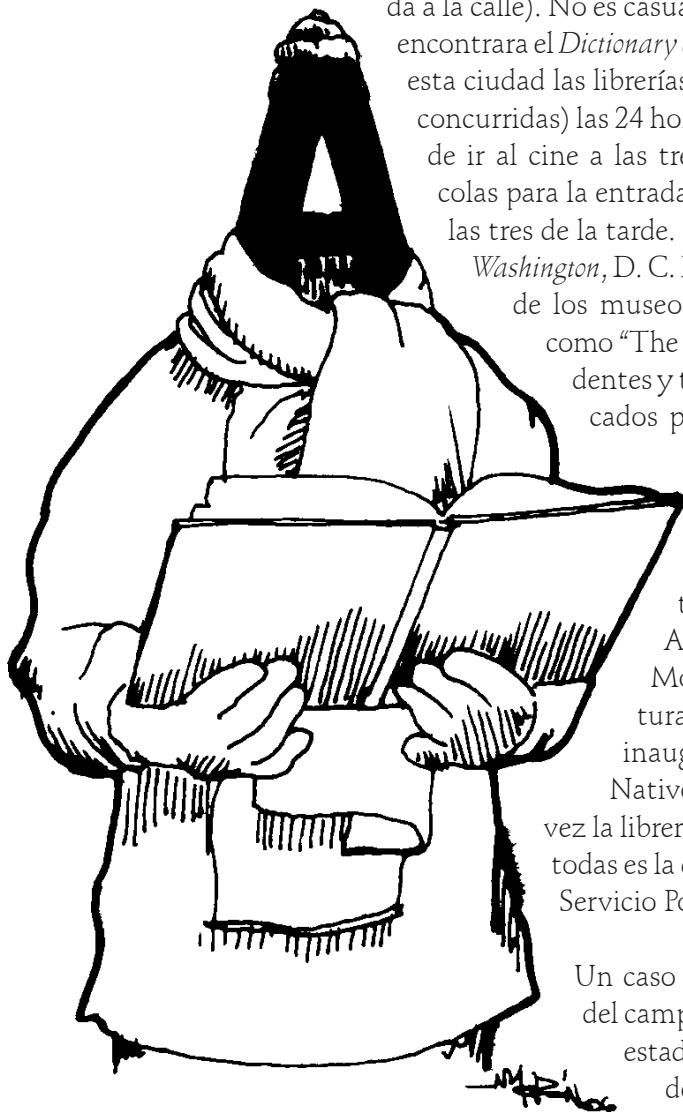
Seattle, Washington. En esta ciudad vivió el personaje en el que se inspiró Nabokov para escribir su novela *Pnin*, sobre un profesor que representa la quintaesencia de la vida universitaria. Tal vez por ello la librería de la

universidad es un espacio atractivo y relajado, que invita al trabajo y a la reflexión. En esta ciudad se encuentra la cadena local de nombre intraducible, Twice Sold Tales [Historias vendidas dos veces], en alusión a Hawthorne.

Vancouver (Canadá). Al recorrer la ciudad en automóvil descubrí una librería muy moderna y luminosa, donde todas las paredes son de cristal (incluida la que da a la calle). No es casual que precisamente ahí encontrara el *Dictionary of Postmodern Culture*. En esta ciudad las librerías están abiertas (y muy concurridas) las 24 horas del día. Aquí se puede ir al cine a las tres de la mañana, y las colas para la entrada son tan largas como a las tres de la tarde.

Washington, D. C. Las librerías de cada uno de los museos de la zona conocida como "The Mall" son muy sorprendentes y tienen materiales publicados por el mismo museo, o acerca de los materiales contenidos en su interior. Éste es el caso de los siempre actualizados museos del Aire y el Espacio; de Arte Moderno; de Historia Natural, y del recientemente inaugurado, dedicado a los Nativos Americanos. Pero tal vez la librería más sorprendente de todas es la del atractivo Museo del Servicio Postal.

Un caso aparte son las librerías del campus de las universidades estadounidenses. Aquí se venden los libros que se es-



tán leyendo obligatoriamente en las universidades, y eso siempre es un indicador de lo que se publica y se discute en numerosas aulas universitarias. Pero, además, siempre tienen un espacio donde se exhibe lo que han publicado los autores que trabajan en la universidad. Estas librerías son un espacio de carácter práctico y funcionan como un termómetro de la temperatura intelectual de la propia institución.

Las que recuerdo con mayor interés, por haber pasado al menos un día entero husmeando en sus anaqueles, son las siguientes: Berkeley (California), Columbia (Nueva York), El Paso (Texas), Eugene (Oregon), Las Cruces (New Mexico), Los Ángeles (California), Nueva York (Nueva York), Penn State y Pensilvania (Pensilvania), Princeton (Nueva Jersey), San Antonio (Texas), Santa Bárbara (California) y Seattle (Washington). Éstas y algunas de las bibliotecas públicas de las grandes y pequeñas ciudades son remansos de tranquilidad en el caos urbano.

Al parecer, la avenida Corrientes de Buenos Aires tiene más librerías que todas las que hay en la ciudad de México. Sin embargo, como no he tenido oportunidad de visitar esta avenida, a continuación presento las notas del turismo bibliográfico realizado en otras ciudades latinoamericanas.

Turismo bibliográfico en Latinoamérica

Antigua (Guatemala). Esta ciudad colonial de pequeñas haciendas conserva en la calle principal el puente que la caracteriza, y precisamente a unos cinco metros de éste se encuentra una pequeña, pero muy interesante librería, de la que me acuerdo muy bien porque, sin esperarlo, encontré algunos de los libros que he escrito sobre teoría literaria. Así que debo decir, sin faltar a la verdad, que es una librería con libros muy selectos.

Bogotá (Colombia). El diseño editorial en Colombia es uno de los más prestigiosos del mundo. Sin embargo, sus libros casi no llegan a México (ni al resto de Latinoamérica). En esta ciudad la enorme cadena de la edi-

El Hombre de la Mancha, en Panamá, es una librería "peligrosa", pues el visitante puede llevarse todo un día en curiosear y terminar llevándose una pila de adquisiciones.

En las librerías latinoamericanas se encuentra una abundante producción bibliográfica que nunca sale de su país de origen.

torial Panamericana tiene librerías que también ofrecen servicio de papelería (en la planta baja). Es ahí donde se encuentran libros de Argentina o de Uruguay que tampoco llegan a México.

Caracas (Venezuela). Estas librerías son similares a las mexicanas, excepto por un detalle: los libros que aquí se encuentran no llegan a México, a pesar del prestigio internacional de proyectos editoriales venezolanos, como la Biblioteca Ayacucho o Monte Ávila. Ambos proyectos, creados y subvencionados por el Estado venezolano, están prácticamente paralizados desde que Hugo Chávez llegó al poder, y han sido sustituidos por proyectos populistas con tirajes de cientos de miles de ejemplares (aunque no circulan más allá de sus fronteras).

Panamá (Panamá). La librería El Hombre de La Mancha es pequeña, pero muy elegante, y en ella se encuentran materiales muy difíciles de conseguir de todo el mundo. Curiosear en esta librería es una actividad riesgosa, pues puede ocupar al menos todo un día, y el turista termina llevándose una pila de succulentas adquisiciones. La combinación de funcionalidad y elegancia cosmopolita ha resultado atractiva para los lectores, pues esta librería ya se expandió a numerosas sucursales en todo el país. Sería genial que esta cadena llegara a un país tan poco afecto a la lectura como México.

Quito (Ecuador). Por supuesto, al visitar cualquier ciudad latinoamericana, el lector mexicano se sorprende al encontrar una abundante producción bibliográfica que nunca sale de su país de origen. En Quito hay una sorprendente producción de libros de gran calidad para niños, publicados por editoriales como Alfaguara, Lumen y otras, en versión local. Y en todas las librerías de la ciudad hay una sección especial dedicada a los libros sobre las islas Galápagos, que incluye crónicas de viaje, teoría de la evolución, poesía, fotografía, historias para niños y un largo y sorprendente etcétera.

Sao Paulo (Brasil). Algo similar ocurre al visitar alguna ciudad brasileña, pero multiplicado, pues nunca llegan a las librerías mexicanas los libros publicados en otros idiomas. Esto puede parecer trivial, pero es una gran tragedia. Al visitar Brasil, el visitante se ve obligado a cargar varias maletas con numerosos libros que con toda certeza sabe que jamás llegarán a su país.

Las librerías más completas que hay en este país todavía están en la ciudad de México, y éstas son las que mejor conozco, pero es necesario señalar la existencia de la cadena Educal, que pertenece al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y que cuenta con 35 sucursales distribuidas en todo el país. De éstas sólo conozco una docena, y por eso en lo que sigue me concentraré en las librerías de la ciudad de México.

El trabajo que realizo requiere conocer los libros más recientes. Por esta razón, no colecciono libros antiguos, sino sólo aquellos que sirven para mis intereses de investigación, y nunca requiero visitar las librerías de viejo.

Recorrer la ciudad de México en busca de novedades bibliográficas significa visitar las cadenas más importantes, como la del Sótano, Coyoacán y el Fondo de Cultura Económica, además de las librerías de la UNAM. Las más importantes entre estas últimas son la Central, la de la Casa Universitaria del Libro, la de Tacuba y la de la Facultad de Filosofía y Letras.

Por último, todo lector conoce las librerías imprescindibles, como El Parnaso (en Coyoacán), El Juglar (en San Ángel), la matriz de Porrúa (detrás de la catedral Metropolitana), Las Sirenas (en la Avenida de La Paz, en el barrio de San Jacinto, especializada en libros importados de arte y literatura) y la de Miguel Ángel Porrúa, también en el barrio de San Jacinto, seguramente la más bella que hay en la ciudad (además de la que está en Casa Lamm).

Por supuesto, hay algunas otras, pero la más importante del país es la librería Gandhi, debido a sus dimensiones

Turismo bibliográfico en la ciudad de México

La cadena Educal, perteneciente al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes cuenta con 35 sucursales distribuidas por todo México.

*La librería Gandhi es
la más importante de
México, tanto por su
tamaño como porque
todas las distribuidoras
las surten antes que a
las demás.*

físicas y al hecho de que todas las distribuidoras importantes (y muchas de las no tan importantes) siempre surten a esta librería antes que a otras. Todo lector asiduo en el país debe visitar, tarde o temprano, la casa matriz, sin contar las seis sucursales que ya tiene en la misma ciudad, y las extensiones en las ciudades de Guadalajara y Monterrey.

La librería Gandhi se inauguró el 18 de junio de 1971. Por supuesto, asistí a la inauguración. Y desde entonces visito esa librería casi todos los días del año como cualquier otro cliente, pues las novedades bibliográficas suelen durar sólo unos días. Y, en algunos casos, sólo unas horas.

El 18 de junio de 2003 la librería cumplió 32 años, y en esa ocasión envié una carta a la dirección electrónica de atención a clientes, misma que reproduzco a continuación, porque da una idea de la importancia que este espacio ha tenido y sigue teniendo para muchos de sus clientes más asiduos.

Junio 18 de 2003

Aniversario # 32 de Librerías Gandhi
Estimado Sr. Achar:

Debo confesar que soy Gandhihólico. Trataré de explicar qué quiero decir con esto.

Soy profesor universitario, y eso significa que los libros que recomiendo son buscados por más de 80 maestros universitarios, pues ese trabajo (ser maestro) es el que realizan mis alumnos en el posgrado de letras de la UNAM. A su vez, cada uno de estos profesores tiene alrededor de 30 estudiantes de literatura en diversas universidades y escuelas en distintas zonas de la ciudad.

Todos los días del año, después de estar inmerso en eso que llamamos vida, llevo a Gandhi a abastecerme de materias primas para mi trabajo cotidiano de docencia y de investigación. También soy autor de 26 libros, y algunos están publicados y en prensa en el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales prestigiosas con distribución internacional. Ya publiqué tres libros en Alfaguara. Mis

*Gandhi se inauguró el
18 de junio de 1971 y a
sus 35 años sigue tan
vital como antaño.*

reuniones de trabajo con colegas y estudiantes de posgrado invariablemente son en Gandhi, que es sin duda el café de los lectores. (Por cierto, convendría cambiar las mesas de Caffè Caffè por otras que sean funcionales, donde los lectores podamos colocar los libros sobre los que conversamos.)

Cuando llego a la librería, la persona que recibe mi auto (que siempre es alguien distinto) amablemente me advierte: “La librería cierra a las 10”. Y alguien más suele decir: “Déjalo pasar. Es el del Tsuru blanco que viene todos los días”.

Las librerías Gandhi son mi vicio. Tengo 144 bolsas de Gandhi. Todos mis ingresos libres como profesor de teoría literaria y análisis cinematográfico son para Gandhi. Estoy convencido de que es la mejor librería del país. Es la única donde es posible encontrar novedades literarias y académicas publicadas en España, que es el país donde se publica lo que un investigador necesita para estar mínimamente actualizado en su campo.

Tengo 48 años, y desde el día de su inauguración voy a Gandhi al menos cuatro veces a la semana. Mi hija más pequeña tiene cuatro años, y siempre me dice: “Papá, vamos a Gandhi”.

En Gandhi conocí a mi compañera. Los 26 libros que he publicado se han vendido en Gandhi. El más reciente (*Elementos del discurso cinematográfico*, UAMX, 2003), obtuvo el Premio al Libro de Texto en la Universidad Metropolitana. Los 20 ejemplares que llegaron en junio a la casa matriz se vendieron en tres días, aunque estaban ocultos en un lugar inaccesible para un comprador casual. En este momento (en dos meses) ya se han vendido en firme más de 850 ejemplares, varios de ellos solicitados en librerías españolas y argentinas.

Cuando un colega extranjero o de provincia visita la ciudad, lo llevo a Gandhi. He llevado a colegas de Japón, Tailandia, Chile, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Croacia, Venezuela, España, Polonia, Hungría y Canadá. Siempre han encontrado algo que les pareció muy valioso.

Mi departamento tiene 27 libreros y una cama. Casi todo lo que poseo lo he comprado en Gandhi (sin contar los libreros y la cama). Desde el año 1976 (cuando tuve mi

Todos mis ingresos como profesor son para Gandhi, donde encuentro los libros que todo investigador necesita.

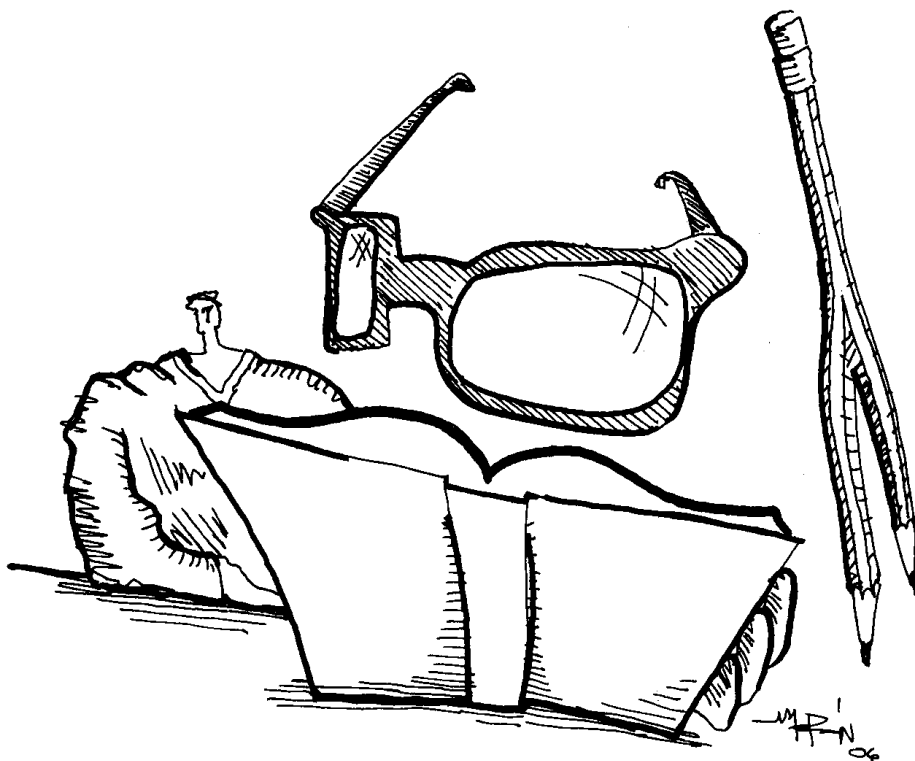
En Gandhi conocí a mi compañera, se venden mis libros, paseo a mis colegas extranjeros y me reúno con mis estudiantes...

primer nombramiento como profesor universitario) tengo un *Diario de Gandhi*, donde anoto autor, título y precio de los libros que compro. Al concluir el mes veo cuántos títulos he comprado y cuánto he gastado. Ya llené cinco cuadernos grandes. A partir del año 2000 también incluyo los videos y discos compactos, pues soy profesor de análisis cinematográfico en la UAM Xochimilco (donde dirijo 24 tesis de licenciatura cada año).

Espero que cuando se inaugure otra nueva instalación de Gandhi (como ocurrió hace poco en la casa matriz) no cierren la librería y me reciban unos guaruras diciendo: “Usted no puede entrar porque esto es sólo para clientes”.

¿Cómo será Gandhi en el futuro? Trato de imaginar lo que sigue:

- Tarjeta de crédito para clientes que gastan más de mil dólares al mes en Gandhi, especialmente desde hace más de 20 años. Gandhi como un negocio competitivo.



- Servicio de correo con las novedades, ofertas especiales, vales de compra y promociones para clientes asiduos y fieles. Gandhi como un espacio del cliente.
- Sección de novedades *académicas* del interior y del extranjero, incluyendo libros y revistas especializadas de las universidades estadounidenses y europeas (especialmente sobre literatura, cine y ciencias sociales, que tienen una clientela que rebasa el terreno de los especialistas). Gandhi como un ámbito de abastecimiento cultural.
- Aunque la masa crítica de compradores de libros en México es muy pequeña, no sobra soñar que algún día tengamos varias librerías como la sucursal Barnes & Noble de la Universidad de Berkeley, en cuanto al tamaño, la belleza, la majestuosidad y la riqueza de los materiales en venta. Gandhi como la catedral de los libros.

Mi familia, mis amigos, mis colegas y sus ex novias envían cordiales saludos.

P. S. Pregunten en las cajas por el cliente de lentes y bigote que todas las noches paga al último.

Lauro Zavala

Investigador titular, UAMX

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Libros publicados por mí en 2003:

Minificción mexicana (México, UNAM)

Elementos del discurso cinematográfico (México, UAM-X)

La minificción en México: 50 textos breves (Colombia, UPNC)

Cómo estudiar el cuento (Guatemala, Palo de Hormigo)

Cartografías del cuento y la minificción (España, Renacimiento)

A continuación reproduzco la respuesta de la librería:

El Cliente Gandhi elcliente@gandhi.com.mx

Lauro Zavala zavala38@hotmail.com

Re: Querido Gandhi

Fri, 29 Aug 2003 13:06:38 -0500

*En Mérida, Yucatán,
encontré los títulos de
una colección acerca de
la cultura maya que no
se distribuyen en ningún
otro lugar y que merecen
hacer el viaje para
adquirirlos.*

Querido Sr. Zavala:

Es un inmenso placer leerlo, y espero tener la oportunidad de conocerlo personalmente. Su relato, además de ser muy divertido (el concepto Gandhihólico debería institucionalizarse), me ha halagado hasta niveles prohibidos por la Organización Mundial de la Salud. Le puedo confesar que es la carta más conmovedora de toda mi trayectoria en Gandhi.

No estoy seguro de ser a mí a quien dirigió su carta. Mi nombre es Emilio Achar. Soy hijo de Mauricio y director general del grupo. De cualquier forma, me pongo a sus órdenes y le reitero que me encantaría conocerlo.

Sinceramente,
Emilio

Pocos meses después de este breve y amistoso intercambio epistolar, falleció Mauricio Achar, el creador del concepto Gandhi. En esa ocasión, sus familiares y amigos tomaron la iniciativa de reunir algunos testimonios acerca de las experiencias personales de algunos de ellos en relación con esta librería. En el momento de escribir estas líneas (diciembre de 2005) todavía no ha salido a la luz pública este libro colectivo, pero los bibliófilos Gandhihólicos lo esperamos con mucho interés.

Quiero concluir esta sección sobre turismo bibliográfico nacional señalando el interés que ha tenido para mí (en mi calidad de bibliófilo chilango) visitar las librerías de Mérida, pues ocurre que sólo en esa ciudad (y en las librerías instaladas en los sitios arqueológicos regionales, como Uxmal y Chichén Itzá) se encuentran los títulos de una colección de instructivos libros (ilustrados en forma de historieta) acerca de la cultura maya. Estos libros no son distribuidos en ningún otro lugar, están traducidos a varios idiomas y merecen hacer el viaje para adquirirlos.

Librerías especializadas en cine

Todo cinéfilo busca las salas de cine, las tiendas de cine y, por supuesto, las librerías especializadas en cine. Entre las más interesantes que he llegado a visitar se encuentran:

Caracas (Venezuela). La Cinemateca Nacional no sólo cuenta con una bien surtida librería especializada, sino que también ha producido una igualmente útil colección de películas del cine universal, además de publicar una excelente revista de investigación, única en el área latinoamericana, *Objeto Visual*.

Madrid (España). Ocho y Medio, la librería dedicada al cine que se encuentra a unos pasos de la Plaza Cervantes, en pleno centro de Madrid, parece ser la única del mundo que vende libros escritos en todos los idiomas de la Comunidad Europea. Todos sabe-



mos que las librerías francesas sólo venden libros escritos en francés, y que las estadounidenses sólo libros escritos en inglés, y Ocho y Medio, además, también cuenta con su propia producción editorial.

Mendocino, California. En la costa norte de California, por la carretera núm. 1, exactamente frente a la playa, se encuentra este pintoresco pueblito con no más de 2 000 habitantes. En su calle principal, de apenas unos 200 metros, hay varias librerías con personalidad propia. Cooper Classics se especializa en libros de viajes. Y las muy concurridas Gallery Bookshop y The Book Loft ofrecen toda clase de *souvenirs* sobre

*La única librería en
México dedicada a
libros sobre cine está
ubicada dentro de la
Cineteca Nacional.*

*La guía Paris cinéophile
registra 25 librerías
especializadas en cine en
la ciudad Luz.*

las películas que han sido filmadas en Mendocino. Entre éstas se encuentran la serie *Murder, She Wrote* y otras clásicas, como alguna de James Dean (*East of Eden*), o románticas, como *Summer of '42*, *Dying Young* y *Forever Young*. Incluso se puede adquirir una curiosidad, como el libro ilustrado *Mendocino and the Movies*, que sólo se vende en este lugar.

México. La única librería que hay en el país dedicada a los libros sobre cine es la que está ubicada dentro de la Cineteca Nacional y pertenece a la cadena Educal, del Conaculta. Al recorrerla, resulta evidente que la cultura cinematográfica del país se nutre casi exclusivamente con los libros editados en Barcelona, Madrid y Valencia. Aunque ven la luz cerca de 35 títulos sobre cine en el país cada año, ocurre que cada uno de estos títulos es publicado, como algo excepcional, por alguna instancia editorial diferente.

París (Francia). Esta ciudad no sólo tiene una docena de librerías dedicadas exclusivamente al cine, sino que ya posee una guía de la ciudad dedicada a todo lo relacionado con el cine, *Paris cinéophile*, que forma parte de una serie de casi 50 títulos diseñados para quienes, aun viviendo en la misma ciudad, practican diversos tipos de turismo interno (ésta es la serie de Editions Parigramme). La guía registra 25 librerías especializadas en cine, lo cual incluye las 12 dedicadas exclusivamente a los libros de cinefilia (Scaramouche, Aux films du temps, Atmosphere, Tekhné, Garnier-Arnoul, Ciné Reflet, Cinedoc, Dixit Librairie, Movie 2000, Les Soeurs Lumière, Contacts y L'Oeil du Silence). También ésta es una de las ciudades que cuenta con varios libros que muestran los lugares donde se han filmado toda clase de películas, como *Ciné Paris* (de Virginie Descure & Christophe Casazza, Éditions Hors Collection, 2003, 168 p.). París es una de las pocas ciudades del mundo (además de Londres) con una muy fuerte editorial dedicada exclusivamente a publicar libros universitarios sobre cine, la casa Nathan.

Santa Monica, California. Una de las más famosas librerías especializadas en cine (Take One!) se ubica en 11516 Santa Monica Boulevard. Es tal vez el único lugar donde se encuentran, de manera permanente, mapas de la zona de San Francisco en que han sido filmadas algunas de las más famosas películas del cine estadounidense, del periodo mudo a lo más reciente, pasando por las imprescindibles del periodo norteamericano de Alfred Hitchcock (especialmente *The Birds* y *Vertigo*). Por supuesto, aquí hay novedades para fans, libros especializados y objetos relacionados con el cine.

Unshelved es el nombre de una historieta dedicada a los bibliotecarios.

Al hablar de las librerías especializadas en cine conviene mencionar las dedicadas a la venta de historietas. Numerosas ciudades de Estados Unidos, Canadá y Europa tienen esta clase de tiendas, que llegan a alcanzar dimensiones pantagruélicas. Éste es el caso de las que hay en Eugene, en Nueva York, en Washington y en París. En México existe la librería Castle's, en el interior de un pequeño centro comercial frente a la estación del metro Zapata.

También hay secciones dedicadas a las novelas gráficas en los cientos de sucursales de las cadenas de Estados Unidos. Una forma de mantenerse actualizado sobre las novedades internacionales en la producción y el estudio de la historieta consiste en consultar semanalmente en línea la columna sobre comics de la revista *Time*.

Y aquí habría que mencionar una serie de historietas dedicada al trabajo de los bibliotecarios, *Unshelved* (que podría traducirse como *Fuera del estante*).

Las librerías virtuales siguen creciendo y desde hace varios años ya venden casi todo lo imaginable (además de libros y películas), pero hay algunas que son imprescindibles para un lector serio. Tan sólo es necesario explorar los sitios disponibles en la red electrónica a través de un buscador (como Google.com) para tener acceso a una información pasmosa.

Librerías virtuales

A continuación menciono algunas de las librerías virtuales que he visitado con mayor asiduidad (además de las ultraconocidas Amazon y Barnes and Noble).

BargainBooks.com

Libros en inglés con descuentos muy notables.

Bfi.org.uk

Este es el sitio del British Film Institute, donde se publica la enorme y prestigiosa serie de libros dedicados a cada una de las películas más importantes del cine clásico y moderno, y de otros libros sobre teoría y análisis de cine.

Frontlist.com

Este sitio está dedicado exclusivamente a los libros académicos, y ofrece el sistema de notificación de novedades por temas según los intereses de investigación de sus lectores.

NationalGeographic.com

Uno de los sitios más sorprendentes, con alcances en permanente ampliación, y uno de cuyos principales atractivos son las espléndidas fotografías, un concepto que ha sido imitado por otras editoriales.

Ochoymedio.com

Esta librería es una de las más grandes entre las dedicadas a libros sobre cine que hay en Europa.

TextBooks.com

Aquí se ofrecen los libros utilizados en los cursos de grado y posgrado en las 2 000 universidades estadounidenses.

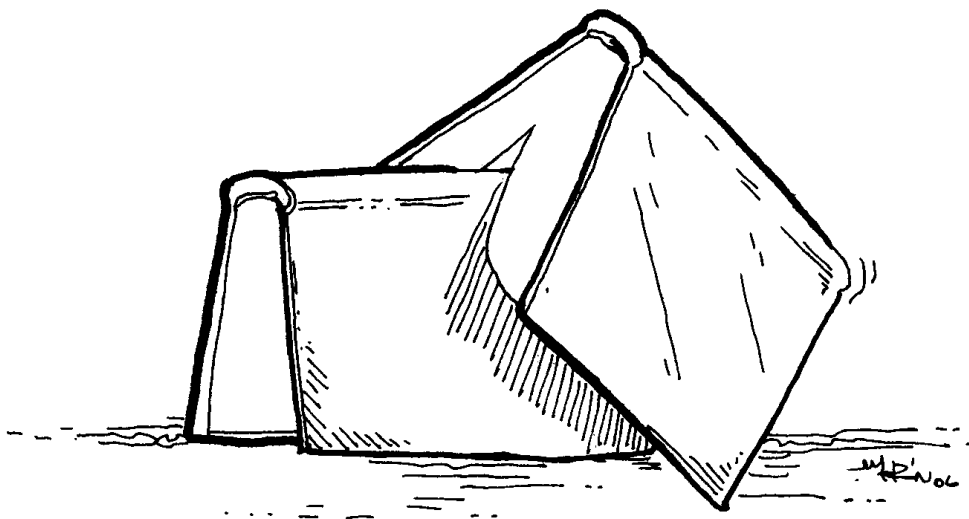
Regreso a casa

La visita a las librerías es una de las actividades más útiles (y placenteras) en la vida de un investigador profesional, y sin duda sigue siendo tan importante como antes de que existieran las redes electrónicas de acceso a la información.

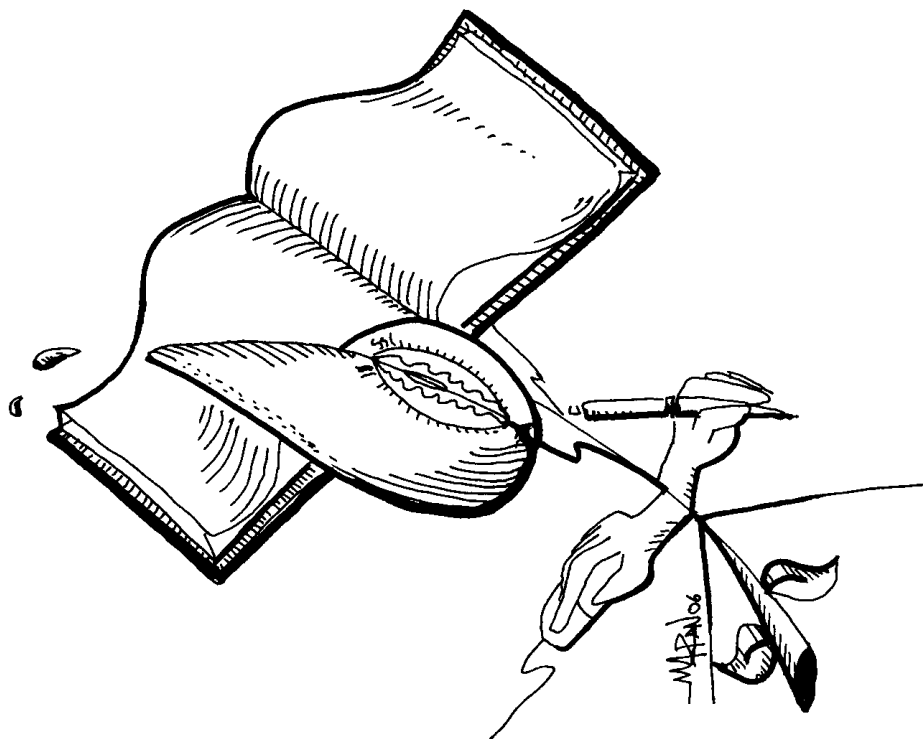
La visita a una ciudad desconocida es una oportunidad para explorar las librerías especializadas y ocasión para

descubrir la personalidad de la ciudad y sus libreros. Por eso, toda nueva librería es una invitación al descubrimiento y la sorpresa. Las librerías son la cifra de nuestra bibliofilia.

Larga vida a las librerías.



Placer no compartido



¿Por qué escribo? Bueno, para empezar, ¿realmente escribo? ¿Qué es escribir? Yo he publicado 30 libros, miles de artículos, cientos de epigramas, docenas de ensayos, un puñado de haikús y tres o cuatro poemas francamente muy malos. ¿Eso me avala como escritor? ¿O solamente me acredita como irresponsable social? ¿Eso me

hace ser más o menos escritor que otros que han publicado tan sólo un par de libros, como Juan Rulfo, o casi mil, como Mary Faulkner? ¿O no es (sólo) cuestión de cantidad? ¿Se es escritor sólo si uno pergeña tomos razonablemente bien encuadernados o si hilvana párrafos más o menos coherentes o si construye al menos una frase de calidad? De calidad, ¿qué es eso, quién lo dictamina?

Acudamos a Borges. Ya se sabe que acudir a una autoridad es la manera más clara de reconocer que uno no tiene ni idea del asunto. Y en materia de literatura (si es que escribir es sinónimo de literatura y al revés), Borges es una autoridad reconocida. Al menos, una de las menos cuestionadas. Aclaremos de entrada que yo admiro a Borges. Mucho. Quizá más que a cualquier otro escritor, aunque eso no quiera decir gran cosa. Creo que es uno de los mejores escritores que ha dado jamás el español. Creo que su volumen de prosas completas sería el único libro que me llevaría a la proverbial isla desierta. Creo que es alado y sagrado (como él decía de Wilde, parafraseando alguna célebre definición de la poesía). Creo que bla, bla, bla, seguramente ya ubicaste mi posición: ante él me quito el sombrero que no uso y justo por eso me permito rascarle aquí las pelotas. Muy respetuosamente, desde luego.

El caso es que citaré a Borges, de memoria, en dos puntos. Uno, cuando insiste en que ser lector es una profesión mucho más civilizada y ardua que ser escritor. Y dos, cuando se refiere al deleite que le produce escribir como “un placer no compartido”. ¡No compartido! ¡Qué cosa: aparte de genial e inmenso conversador, el ídolo se nos muestra ñoño, mojigato y pudibundo fuera de escala! ¡Solitario, menso, *placer solitario*! Ah, no, porque podría evocar, sugerir o de plano equipararse a la masturbación. ¡Coño, pero por supuesto! Solamente alguien como Borges, infinitamente prudente, educado sin fronteras y que nunca se arrejó cabalmente ni siquiera con la Kodama (no por “instintos desviados” ni por carencia de testosterona, entiendo, sino por enredos edípicos y limitaciones económicas pequeñoburguesas), podría amansar tanto la ver-

Admiro a Borges. Creo que es uno de los mejores escritores que ha dado el español, que es alado y sagrado, que blablabla, y justo por eso me permito rascarle las pelotas.

Acudir a una autoridad es la manera de reconocer que uno no tiene ni idea del asunto.

balización de esa puñetota tamaño caguama que es el acto de trazar con tinta, o en el teclado de una PC, lo que hasta el mismo escritor toma por concreción de ocurrencias propias (o incluso ajenas, ¿a quién le preocupa el plagio si nadie puede ya esbozar una letra sin plagiar a alguien en algún aspecto de alguna manera?).

¿Será que precisamente ése es el meollo de escribir: un alarde narcisista, una burbuja vanidosa, un sublimado recurso del autismo? ¿O estoy siendo flagrantemente injusto? ¿Y a mí qué diablos puede importarme eso? Sí, sí, lo sé, este debate es camino ya muy recorrido en la historia de la literatura, mas para mí es (casi) inédito; en todo caso, lo siento menos ocioso en este momento mío que casi cualquier otro tema. Los senderos muy transitados son polvosos. Polvo eres y en polvo te convertirás. Polveémonos, pues.

De alguna manera la posibilidad me conforta: puede que después de todo escribir no sea tanto el pretencioso espejo de Stendhal, como el muy prosaico de la madrastra de Blancanieves. Y como decimos los puristas del idioma, *so what?*

**Más pronto
cae un
hablador**

Apenas el viernes le advertí a Alejandro Zenker, editor de esta revista, que le haría un ensayito muy escueto, sentido más que pensado, breve y sin bibliografía. Hoy es martes y entre estos dos días se me atravesó el duende de los ensayos, como debe ser, y me obligó a hacer lo que dije que no haría. Resulta que un librito que tenía en mi buró casi tres años esperando turno, me llamó a abrirlo una vez más. Varias veces ocurrió lo mismo en el curso de estos últimos 30 meses y por alguna extraña razón ese libro ni lo acababa de leer ni lo apartaba definitivamente (que es el destino binario ineluctable de todo libro en mi buró). Ahora lo tomé otra vez, con esa ligereza casual que es la marca distintiva de lo inapelable. Lo abrí una vez más, con hastío nuevo mezclado con curiosidad vieja, y por fin comenzó a decirme lo que antes no me había dicho, pero que yo (de algún secreto modo) sabía que tenía por decirme.

El libro es *Las malas costumbres*,¹ una novela de mi amigo nayarita Héctor Gamboa. ¿Y qué crees, Zenker diabólico? La novela, tantas veces pospuesta, hoy me atrapó porque “venía al caso”. Qué cosa: también en los sinos hay oportunismos. ¡Y luego criticamos a los políticos!

La notita de contraportada, de Alí Chumacero, no deja duda de la índole del libro. Dice que para el autor, Gamboa: “Escribir no es buscar el sentido de la vida, sino al revés: es indagar dónde nace la vida del sentido”. Y termina sus cinco párrafitos descriptivos con una frase impepinable: “Por algo, escribir siempre ha sido una mala costumbre”. Mala costumbre. Cierto. Costumbre, sin duda. ¿Mala? No, mi querido Alí, el término es eufemístico: pésima se acercaría un poco más, sin ser suficientemente rotunda.

En fin, me detengo en el capítulo 9, que va de la página 72 a la 79. Casi me siento tentado a citarlo entero, pues me parece que Gamboa merece más que yo estar aquí en estos momentos pergeñando estas líneas; lo que dice es en buena medida lo que iba a decir yo. Pero no, ese sería un truco elusivo, admito. Ni modo, daré la cara. Pero me pondré máscara, la máscara de las citas. O sea, la daré sin darla. Cómodo, ¿no?

Dice Gamboa que “no adivinaba, entonces, que la lectura es una calle en una sola dirección”. Y es que mi cuasipaisano (soy de Mazatlán) empezó esta mala costumbre de escribir igual que yo (igual que todos los escritores que en el mundo han sido, sospecho): leyendo. Así somos de limitados: genes replicantes sin la imaginación suficiente para resistir la tentación obvia de empuñar la pluma, en vano y pueril y vulgar remedo mimético. ¿Pero a qué demonios viene esa imitación innecesaria? ¡Si lo que nos causaba deleite era leer! ¡Y nos empeñamos en escribir!

Sigue: “De aquellas lejanas lecturas me ha quedado el pasmo de la portentosa estructura corporal de Sandokan, que en sus combates por los mares de la Malasia, cuando

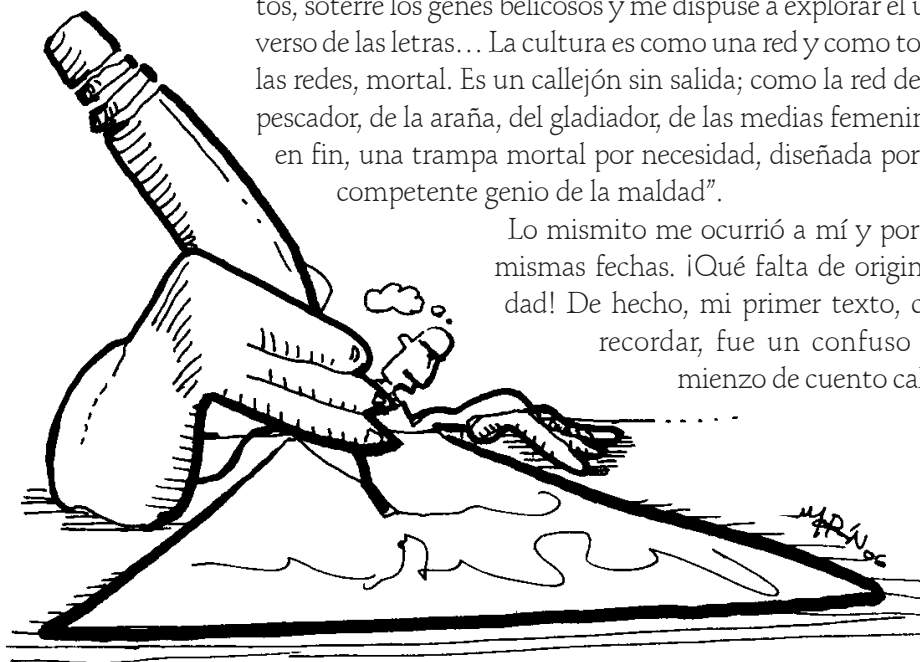
*Alí Chumacero afirma:
“Por algo, escribir
siempre ha sido una
mala costumbre”.*

*La mala costumbre de
escribir, para todos los
escritores que en el mundo
han sido, empezó leyendo.*

¹ Héctor Gamboa, *Las malas costumbres*, Nayarit, La Rosa Blindada, 2002.

su estentórea voz era apagada por la furia del mar, esgrimía una cimitarra en la diestra, portaba una lanza en la siniestra y en la otra (?) tremendo puñal... Ésas son las licencias de que se valen los escritores y poetas para crear la ilusión, nos decía aquel hombre tan erudito como bondadoso". Vaya, por Dios. Gamboa concluye ese pasaje vital: "Inoculado el microbio, declarada la adicción a la lectura, fue imposible su remedio. Este padecimiento compulsivo e irreversible, que produce placer y angustia, marcó mi vida. En plena juventud, al hacer una pausa y sin mirar atrás, por temor a un espíritu incorpóreo que me sigue, lo que al principio estimé como buena suerte, cobró su dimensión real, me había condenado a una morada misteriosa, donde abandoné toda esperanza como lo proponía el poeta a los huéspedes de su particular infierno. Me incubaron las circunstancias y el tiempo. El tiempo y el espacio me tomaron como un devorador de libros y me transformaron; reafirmé la posición erguida, crecieron mis neuronas; frené mis instintos, soterré los genes belicosos y me dispuse a explorar el universo de las letras... La cultura es como una red y como todas las redes, mortal. Es un callejón sin salida; como la red de un pescador, de la araña, del gladiador, de las medias femeninas; en fin, una trampa mortal por necesidad, diseñada por un competente genio de la maldad".

Lo mismito me ocurrió a mí y por las mismas fechas. ¡Qué falta de originalidad! De hecho, mi primer texto, creo recordar, fue un confuso comienzo de cuento calca-



do del estilo y la temática sandokiana. Algo tenían que ver los turcos como villanos, creo. Lo único cierto es que mi protagonista era “un anciano de luenga barba que tenía 50 años” (yo tengo 57 en este momento y no me siento anciano para nada). De manera que la condena es inequívoca: el máximo corruptor de mi generación fue Salgari. A la leña con él. O mejor aún: a la pira del *Fahrenheit 451* del disciplinado Bradbury, que lleva 60 años pariendo un cuento por semana sin fallar jamás ($60 \times 52 = 3\,120$).

*El máximo corruptor de
mi generación fue Salgari.
A la leña con él.*

Aquel sublime ser que se llamó Miguel Manzur Kuri, el mejor maestro de filosofía que ha existido, solía decirnos a los íntimos, con voz pausada, que nadie ha salvado jamás la distancia entre el *on* y el *logos*, entre el pensar y el ser. Don Miguel murió hace años, pero imagino que lo mismo diría del abismo entre leer y escribir: nadie lo ha salvado jamás, aunque por segundos lo intentamos cientos como moscas contra el cristal.

Menciona Gamboa a un condiscípulo suyo, de nombre Gálvez, “que padece ceguera por su obsesión a la lectura, pero aprendió Braille y ahora, ciego, arropado en su cama, con su libro sobre el estómago, acariciándolo con las yemas de los dedos, vive fantásticas aventuras, campeando al lado de héroes legendarios en mundos alucinantes...” No, para nada. Confieso que, si alguna vez estuve cerca de tanto apego, hace tiempo que me liberé de él. De hecho, puedo afirmar que no tengo un libro que me dolería demasiado perder o nunca leer. Y, sin embargo, sigo escribiendo. ¿Por qué? ¿Tengo derecho a hacerlo? ¿O simplemente tengo la necesaria impudicia? ¿Y si me quedara ciego? Pediría que me leyeran, supongo; y en un alarde presuntuoso, tal vez dictaría, aunque lo más probable es que me sintiera extrañamente aliviado (la clásica victimización del incapacitado, que le llaman).

*El abismo entre leer y
escribir nadie lo ha salvado.*

Continúa Gamboa: “Creo que la lectura en mi caso es un oficio. Leer es un arte oscilante entre la memoria y el olvido. Ya vendrá la manía de escribir, devolver digerido lo que se tragó sin medida y sin dieta alguna”. Conuerdo con lo de “manía”; discrepo con lo de “ya vendrá” y sobre

*Puedo afirmar que no
tengo un libro que me
dolería demasiado
perder o nunca leer.*

A estas bajuras de mi vida, puedo imaginarme al mundo sin pájaros, sin música, sin libros, sin agua, sin sol..., pero no sin el prójimo.

Cambiaría la primera edición de Los girondinos de Lamartine por una charla con mis amigos...

todo con lo de “digerido”. ¿Digerido? Sólo en el sentido en que el vómito lo es: mal digerido, a medias digerido, mejor no digerido porque es dañino... En todo caso, lo bien y cabalmente digerido se llama mierda.

Sigamos con Gamboa. Dice: “En un libro sin importancia, aunque todos lo sean, figura un prefacio (que en el lenguaje de los diccionarios quiere decir ‘canto de acción de gracias que introduce a la misa’) hay un texto tan hermoso que una vez leído será innecesaria la misa. Lo copio: ‘...hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar un mundo sin libros”. Y yo recuerdo algún pasaje de *La historia de San Michel*, aquel libro tan famoso hace seis o siete décadas. El autor, Axel Munthe, decía algo parecido, pero lo que él no podía imaginar era un mundo sin música. Bueno, cada quien su inimaginación. Por mi parte, a estas bajuras de mi vida, puedo perfectamente imaginarme al mundo sin pájaros, sin música, sin libros, sin agua, sin sol, sin colores, sin aromas, sin sabores... pero no sin el otro, no sin los demás, sin prójimos (al menos, uno de ellos, cualquiera, de cualquier edad, de cualquier sexo, de cualquier talante, de cualquier talento). ¿Esa confesa antropofilia me redime de mis libros imparables? No lo sé, no me preocupa demasiado. Me quedo con esa frase, que a lo mejor se le escapó: todos los libros carecen de importancia. Vasto consuelo...

En cuanto a la tenencia, la propiedad, la posesión de los libros como objetos, creo recordar algún tiempo en que me importaron, y mucho más que cualquier otro objeto. Ya no, en absoluto, como casi cualquier otro objeto. Puedo extraviar u olvidar cualquiera —cualquier título, cualquier nombre, dedicado o no por el autor, nuevo o viejo, descuadernado o forrado en piel— y ello no me causa sino acaso un latido muy menor. En este sentido Gamboa es mucho más ortodoxo (p. 130): “Mi primera biblioteca se perdió en una inundación también de trágica memoria para el pueblo, en contraste con la segunda, que fue consumida por el fuego. El agua y el fuego son los enemigos mortales de los

libros; pero sin duda, como todos los elementos naturales saben lo que hacen, aunque a veces no saben lo que hace”. Pero ahí mismo, en seguida, corrige y se me vuelve compatriota: “A pesar de todo, cambiaría las ilustraciones de Doré que adornan las ediciones del *El Quijote* y *La divina comedia*, por un atardecer en las playas de mi mar; la primera edición de *Los gironcinos* de Lamartine, por una charla con mis amigos; y *Los miserables*, de Victor Hugo, por la dicha de echarle un vistazo a la morena que, insinuante, al ritmo de sus caderas, me persigue con ronroneos de gata en celo”. ¿Ecos de Octavio Paz que perdió su biblioteca en un incendio en su departamento y que, al parecer, ese incidente menor aceleró su muerte?

*Los libros nos demuestran
que somos memoria, y
buena parte memoria del
olvido, el cual va y viene
como le da su gana.*

Otro aspecto, en la misma página: “Los libros nos demuestran que somos fundamentalmente memoria y buena parte memoria del olvido, el cual va y viene como le da su gana. Y sólo permanece en ella lo que no deja de doler, pues todos los recuerdos duelen, hasta los más dulces, porque no volverán”. ¿Pero qué afán de congelar la vida? Porque eso es lo que hace la maldición, esa llamada memoria, cuando basta una barnizadita de taoísmo, o para el caso cualquier doctrina oriental medianamente mística, para entender que todo fluye y todo es o nada es, da igual, y lo que ha de quedarse ha de quedarse, y lo que ha de esfumarse ha de esfumarse y punto. Incluyendo (quizá encabezando) los libros y, en especial, esa entelequia apodada “cultura”.

Un aspecto que nuestros abuelos freudianos creyeron haber descifrado y que hoy se revela más fantástico que nunca, Gamboa lo enfoca así desde el punto de vista de un escritor (p. 133): “Los lectores de mente dura —los hay— que ven en los sueños simple material de desperdicio, no tienen derecho a despreciar a quienes —como yo— se nutren y se ven violentamente sacudidos por su visita. Cuando Calderón de la Barca dice que los sueños, sueños son, se equivoca, porque como carburantes de las artes, han creado mundos mágicos para que el hombre disfrute la emoción de la belleza, el embeleso de la poesía, la catarsis del teatro, la fuerza de la palabra”.

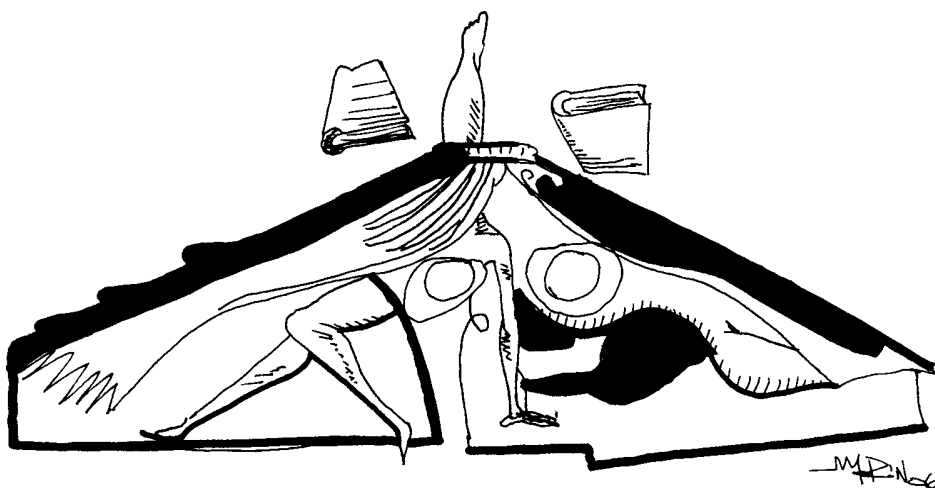
*Los lectores de mente
dura no tienen derecho
a despreciar a quienes
se nutren y se ven
violentamente sacudidos
por los sueños.*

*El buen escritor no espía
la desnudez ajena,
sino la propia.*

Abunda: “No soslayo que, como novelista por mi propio designio, soy también un hombre de oficio escritor; es decir, un pobre diablo y tal vez la última persona de este mundo cuya opinión deba recabarse”. De acuerdo, y quizá precisamente por eso ocurre que a los periodistas (fauna entre la que medro también) les encanta recabar las opiniones de un escritor “célebre” respecto de cualquier noticia. Y, claro, con el resultado predecible: con su pan han de comérselo. Ellos y sus ingenuos lectores.

Esta idea de Gamboa pide cierto comentario: “El buen escritor no espía la desnudez ajena, sino la propia, pero una vez atravesado el purgatorio y depurado en los círculos del silencio y la locura, entonces y sólo entonces, podrá inventar nuevas palabras y llevarlas al papel”. ¿Nuevas palabras, dijo nuevas? Ay, hermano, las de Homero ya eran viejas, viejísimas, todas... Y en lo tocante a la desnudez, el punto ya lo dilucidamos más arriba: el exhibicionismo es consustancial al escritor, puesto que es un ejercicio del autismo y el narcisismo más desfachatados.

El postre, al final, como mandan los cánones, con dedicatoria especial para Zenker, el sibarita. Termina Gamboa ese capítulo: “Pintaré raya a prudente distancia de la pornografía —aunque mi clon del mundo paralelo me aconseje lo contrario—, pasión destinada a languidecer en el boste-



zo y que se esfuerza en fomentar la concupiscencia de la que sabemos con falso pudor que somos sus hijos. Sin embargo, lo erótico elevado a categoría de arte, por propio derecho asomará la nariz en muchos de estos pasajes, eróticos son los cuentos de *Las mil y una noches* y muchos relatos de la Biblia; erótica es una mirada insinuante y perversa; lo es el aliento de una mujer hermosa, el perfume correo alcahuete del recuerdo... Un ejemplo de arte erótico son las imágenes creadas por la mente del que se masturba a pesar de su pringoso desenlace. Ellos suplen con acrobacia imaginativa la realidad de la ausente. Una sindéresis equivocada ha confundido el onanismo con la masturbación... El erotismo es un derecho humano grabado en el código genético, desde el vientre materno hasta la muerte. Está presente en la entrega divina o espléndidamente profana, en el delirio sexual y en la muerte pasajera de la cópula..."

Y evoca una estampa que mucho debe de haberle impresionado: "Recuerdo que en una ocasión, en compañía de mi madre, cuando era apenas un niño, visitábamos un rancho al otro lado del río, donde me sorprendió la misteriosa eyaculación de dos hombres ahorcados. Eran unos infelices que pendían de gruesas cuerdas atadas a sus cuellos, colgados de altísimas higueras y que desparramaban el alma por los genitales. Con su semen, que significa semilla, vida futura, encarnaban una macabra paradoja del que va a morir y emana vida, frente a su suerte inexorable". Y yo recuerdo la única pieza teatral de Maquiavelo, *La mandrágora*, planta de brujería que según la leyenda brotaba del semen de los ahorcados derramado en la tierra.

Más adelante (p. 90), Gamboa insiste en el punto preciso de la relación (¿cómplice, simbiótica?) entre el autor y el lector, ambos *adictos a la letra*: "El uno sin el otro, moriría; vive por el aliento de su contraparte. El autor nunca se encontrará con el más sagaz de sus lectores... El artista elige la palabra, compone y descompone, para ofrecer la otra verdad: la del engaño, fruto a veces amargo, otras sabroso. Pero el lector convertido en interlocutor leerá, tal vez, la última línea". ¿Coincido? Quizá. La verdad, me di-

Lo erótico, elevado a categoría de arte, por propio derecho asomaría la nariz en muchos pasajes.

El erotismo es un derecho humano grabado en el código genético.

*Confieso que contadas
veces pienso en un
eventual lector cuando
escribo.*

*Los escritores somos
médiums que invocamos
a los espíritus para que
nos dicten sus ocurrencias.*

vierte un poco que esto le preocupe. Y sin pena confieso que contadas veces pienso en un eventual lector, ni siquiera en mis amigos o parientes más cercanos, y en tales esporádicos casos, siempre secundarios, me limito a filtrar palabras demasiado “fuertes”, ideas demasiado “osadas”.

Respecto del tema siempre álgido de la libertad, opina (p. 98): “Los escritores somos seres no sometidos a supervisión, pero a cambio tenemos una caterva de censores y jueces que medran en lo íntimo; algunos le llaman autocrítica, otros conciencia”. Y aquí un punto que me parece total, el escritor como actor: “Escribir es, en este sentido, hacerse pasar por otro; descifrar el universo que existe entre la mirada y el espejo, traducirse a sí mismo y convertirse en extranjero, en un extraño”. ¿Y entonces dónde queda ese cacareado apodo del escritor como “creador”, más que como “simple” actor; demiurgo que redacta el papel y también lo personifica (e ilumina el escenario y pone la música y orquesta la coreografía, y coloca la cámara y modula los micrófonos y dirige los movimientos y edita las tomas? Cuánta pretensión, decirse, suponerse, *creerse*, creador. Y aun otro punto-lugar-común: “Un escritor... decía que los escritores somos *médiums* que invocamos a los espíritus para que nos dicten sus ocurrencias”. Esto ya me parece más razonable, pues nos vuelve simples servomecanismos, una especie de traductores. Lo digo porque me consta. Mi novela *A imagen y semejanza*² narra un caso asombrosamente parecido al de Luis Donaldo Colosio en muchos detalles (candidato fabricado mercadotécnicamente de la nada, obseso sexual, esposa enferma, asesinado en público de un balazo por un dizque loco al final de un mitin, etc.). Pero el caso es que yo escribí esa novela en julio de 2000, cuatro años antes de la ejecución de Colosio, y cuando yo aún ni sabía que existía un señor llamado Colosio. ¿De modo que fui médium? La acepto como la única hipótesis medianamente aceptable en ese extraño caso.

² Guillermo Farber, *A imagen y semejanza*, México, Siglo XXI, 2002.

Y vuelta al tema de la memoria, siempre engañosa, siempre innecesaria, siempre redundante (p. 137): “y descubro, atónito, que el escritor es un simple eslabón en la cadena que ata a los muertos y a los vivos; éstos hablan por aquellos y de sus voces recogemos las palabras y frente al papel tratamos de ordenarlas para que nos ayuden a engañar al lector”.

Total, que sigo y me temo que seguiré en las mismas, a pesar de este oficioso y bien intencionado Virgilio nayarita. Analizo la cuestión de “género”, por ejemplo, y no veo correlación alguna con mi desempeño real como escritor. Según esto, valoraba la novela por sobre todos los demás, y sólo dos de mis treinta libros lo son. ¿Y ése considerado por mí “subgénero”, tan despreciado por mí, el de “superación humana”, “autoayuda” y demás clasificaciones imprecisas...? Mira lo que son las cosas: mi segundo libro más vendido ha sido *¡Déjate de pendejadas!*³ (el primero fue *El mexicano: diseñado por el enemigo*),⁴ que vendió 11 ediciones; ese año Luis Spota, Armando Jiménez y yo fuimos los bestsellers de turno).

*El escritor es un simple
eslabón en la cadena
que ata a los muertos
con los vivos.*

Bueno, ya basta de zonceras. Tanto brinco sobre un suelo parejo, y al final me parece que escribo por inercia, por pura y simple inercia... Digo, me parece, pero no estoy seguro... Y no me preocupa demasiado...

³ Guillermo Farber, *Déjate de pendejadas*, México, Excélsior, 2003.

⁴ Guillermo Farber, *El mexicano: diseñado por el enemigo*, México, V Siglos, 1976.

Rizomética, fragmentos de una ética de la lectura y la escritura



Sobre un breve texto de la máquina Deleuze-Guattari, gira este ensayo. El texto sirve como introducción a *Mil mesetas*, aunque aquí me atrevo a convertirlo en la introducción a la filosofía de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Filosofía entendida como una ética de la lectura, la escritura y el pensamiento. Una ética que se transforma en política, porque el pensar nomádico siempre se conecta con un exte-

rior, conexiones y agenciamientos que convierten las tareas del pensamiento en empresa revolucionaria.

Asumo las responsabilidades de una elección que puede parecer en principio arbitraria; intentaré, a lo largo de este ensayo, iluminar los engranajes del texto del que me ocuparé con otros del vasto corpus deleuzeano-guattariano. La escritura será inevitablemente fragmentaria, signada por intuiciones y sorprendivos cambios de rumbo, un intento de mapear el rizoma se convierte en un movimiento rizomático que rompe con las “buenas costumbres” de la argumentación filosófica.

El filósofo se dedica a escribir libros y a crear conceptos; y al igual que el concepto, el libro es múltiple. Su multiplicidad no permite reducir la textualidad al juego especular de un sujeto y un objeto. Entendamos, entonces, al libro como un dispositivo, es decir, un entramado de líneas de distinta naturaleza, una máquina que funciona a diversas velocidades. La filosofía como máquina abstracta produce composiciones maquínicas de distinta naturaleza, las hay lentas y pesadas (vinculadas a procesos de territorialización y sistemas cerrados) y las hay rápidas y livianas (vinculadas a desterritorializaciones y descentramientos). Ahora bien, a las primeras les corresponden las categorías de sujeto y objeto, mientras que las segundas nos remiten a *haecceidades** y acontecimientos. Variables intensivas en lugar de sustancias, un proceso de mapeamiento del libro a través de la cuantificación de la escritura.

El libro como máquina no nos remite ni a lo mecánico ni a lo orgánico como totalidades de sentido, sino a la intensidad de su funcionamiento (máquina de máquina, producción de producción). Preguntarse acerca del funcionamiento de un libro es interrogarse sobre sus conexiones, sus devenires, sus agenciamientos. La máquina de la escritura siempre se conecta con un exterior, lo exterior de la escri-

El libro, el rizoma

* Devenires, afectos, individuaciones sin sujetos.

*El texto no es un espejo
donde se mire el sujeto y
se refleje el objeto.*

ra nos remite a otras máquinas, otros planos a los que el libro se conecta en infinitud de líneas de fuga. Esos planos no son lo “reflejado” por el texto, el texto no es un espejo donde se mire el sujeto y se refleje el objeto, sino, más bien, los pliegues y repliegues de la escritura como producción de intensidades en el exterior de la misma, conexiones que hacen surgir composiciones, planos diversos, multiplicidades como son las de vecindad entre la escritura y su “afuera”.

Esta relación entre la escritura y su exterior resulta fundamental para el mapeo de las tres figuras del libro (aunque cabe mencionar que la mayoría de los libros no nos remiten a una figura sino a la combinatoria de ellas): el árbol-raíz, la raíz-fasciculada y el rizoma.

El libro como árbol-raíz es mimesis, copia del mundo en la lógica binaria del espejo de la representación y del dualismo de las dicotomías idealistas. El pensamiento y la escritura se clausuran en la figura del árbol-raíz; en lugar de creación de conceptos tenemos reflexión dialéctica y división de la unidad en la dualidad, y así sucesivamente, un pensamiento encerrado en la lógica de lo uno y lo múltiple, incapaz de dar cuenta de las multiplicidades.

*En lugar de creación
de conceptos, tenemos
reflexión dialéctica y
división de la unidad
en la dualidad.*

En el caso del libro como raíz-fasciculada, las cosas no mejoran demasiado. La unidad parece perderse en una multiplicidad aparente de bifurcaciones, sin embargo, la unidad primordial se conserva, remitiéndonos a un origen o a un futuro del objeto o a una unidad más íntima en el terreno de la subjetividad, capaz de armar el rompecabezas gracias a una “espiritualidad” sacralizada frente al “desencantamiento” del mundo. Multiplicidades lineales apresadas en estructuras que cuestionan el efecto mimético del libro como árbol-raíz para proponer, finalmente, un regreso al dualismo mediante una subjetividad que recompone la unidad perdida.

La escritura capaz de mapear lo múltiple resulta de naturaleza rizomática. El rizoma se extiende en todas direcciones y no nos remite a unidades o dualismos, por lo que es la figura por excelencia de las multiplicidades intensi-

vas, los devenires y los acontecimientos. El rizoma, functor de la botánica y la zoología, es también concepto a la hora de pensar en nuevas modalidades de lectura, escritura e interpretación.

El libro como multiplicidad, un entramado de líneas. Líneas entendidas como puntos en movimiento a velocidades variables. El entramado textual rizomático permite conectar puntos heterogéneos en un devenir que los vincula. Como los conceptos, los puntos del rizoma se conectan entre sí, pero, a diferencia del árbol-raíz o de la raíz fasciculada, estas conexiones no nos conducen a una unidad original u originaria, sino a la multiplicidad como organización de la escritura y el pensamiento.

El principio de conexión señala la capacidad del pensamiento de eslabonar series heterogéneas que ya no se articulan a partir de procedimientos dicotómicos. En cambio, las conexiones se establecen en varias direcciones a la vez, *Mil mesetas* que se conectan más allá de la ley de lo uno y lo múltiple. Las conexiones se establecen a través de eslabones semióticos que conjugan la multiplicidad en pensamiento y escritura, produciendo series maquínicas a partir de vecindades asignificantes.

El principio de heterogeneidad señala el aspecto micropolítico de lo rizomático, heterogeneidad vinculada a la multiplicidad política, a los regímenes de signos dibujados por los mecanismos de poder. Frente a la homogeneidad como estrategia de poder, el rizoma tiende a lo heterogéneo, a la diversidad del lenguaje como multiplicidad de regímenes dentro del discurso. Es en el terreno de los signos donde se juegan las pequeñas grandes batallas de la micropolítica, el descentramiento de la escritura es un efecto del nomadismo, siendo la búsqueda de una “literatura menor” algo que atañe tanto al escritor como al filósofo (podríamos pensar en una “filosofía menor”).

Las disposiciones colectivas de enunciación (tema ya tratado en el libro sobre Kafka) se retoman aquí para acen-

Principios de conexión y heterogeneidad

*Frente a la homogeneidad
como estrategia de poder,
el rizoma tiende a lo
heterogéneo.*



*El libro se conecta con
un exterior de orden
político, ya que los
discursos se estructuran
en torno al poder.*

tuar el aspecto político y ético del principio de heterogeneidad. El ideal de consenso parece ubicarse en las antípodas de lo heterogéneo, ya que el primero tiende hacia la homogeneidad, mientras que la apuesta deleuziana por lo heterogéneo tiende hacia el disenso, que se expresa en una lucha micropolítica en el terreno de los significantes y los significados, equivocidad del lenguaje como desterritorialización del sentido, conexiones con el entramado de fuerzas que operan sobre el discurso.

Volvemos a una idea manejada anteriormente, el libro se conecta con un exterior de orden político, ya que los discursos se estructuran en torno a aparatos de poder, “parroquias”, “obispados”, “capitales”. En este sentido, la micropolítica rizomática descentra el discurso, el nomadismo se entiende aquí como un tartamudeo en nuestra propia lengua (el discurso filosófico), rompiendo la vieja distinción entre teoría y práctica, los devenires de la escritura hacen máquina con el campo social.

Nuevas dimensiones, nuevos registros, conexiones con puntos heterogéneos, así pueden definirse los principios de la escritura rizomática. Vecindades entre planos heterogéneos que nos llevan a pensar la escritura como práctica política tendiente a la diversidad, al descentramiento de las estructuras de poder.

La filosofía, entendida como máquina abstracta, produce la abolición de los límites entre el discurso y la exterioridad. Las relaciones del pensamiento con lo social se potencian a partir del despliegue de las potencialidades críticas de la escritura: “Una lengua jamás se encierra en sí misma, como no sea en una función de impotencia”.

Principio de multiplicidad

El principio de multiplicidad arremete contra la imagen del libro como totalidad orgánica y como reducción a la totalidad-unidad del sentido. Ni sujeto, ni objeto, sólo mul-

tiplicidades. Los puntos transformándose en líneas que se difractan, combinaciones que producen composiciones de n dimensiones, metamorfoseándose continuamente gracias al aumento progresivo de sus conexiones. De los puntos fijos de la estructura pasamos a la mutabilidad lineal y conectiva del rizoma. Esta multiplicidad de dimensiones es la resultante de puntos en movimiento que se transforman en líneas gracias a sus conexiones heterogéneas.

Multiplicidad de dimensiones que nos permite hablar de un plano de consistencia del rizoma; las multiplicidades ocupan todos los planos de la máquina, sin vacíos ni ausencias. En este sentido, plano de consistencia y plano de inmanencia resultan sinónimos frente a la unidad del árbol-raíz que se inscribe en una dimensión suplementaria y vacía del rizoma (trascendencia); el plano de inmanencia se constituye en los espacios ocupados por las conexiones rizomáticas.

La multiplicidad, en tanto ocupa el plano de inmanencia, manifiesta, en un efecto de superficie, el lugar del acontecimiento. Sin embargo, el plano representa sólo un aspecto de la multiplicidad. Junto al plano, la línea de fuga. Movimientos de reterritorialización y desterritorialización. La desterritorialización se produce a través de la línea de fuga que se conecta con un exterior que llena en su mismo movimiento. Plano de inmanencia del pensamiento, en el sentido de una ausencia de ausencia, donde el concepto deviene multiplicidades mediante un movimiento a velocidad infinita trazado sobre planos diversos. La interioridad constituida por ausencias y límites (el libro-aparato de Estado) es sustituida por los devenires del libro-máquina de guerra, conectado siempre a una exterioridad en un nomadismo del pensamiento.

*La multiplicidad
manifiesta el lugar
del acontecimiento.*

Las líneas de fuga a las que nos referíamos anteriormente explican el principio de ruptura asignificante vinculándolo al principio de multiplicidad. Las líneas de fuga implican devenires del pensamiento y la escritura, movimientos que

**Principio
de ruptura
asignificante**

*Hay que rechazar toda
forma de fascismo,
no sólo el que todos
conocemos, sino aquél
más imperceptible: el que
todos llevamos dentro.*

*El libro está tejido con el
mundo, ambas tramas
se entremezclan.*

descentran el discurso produciendo nuevas configuraciones. En este sentido, podríamos establecer una ecuación entre multiplicidad, ruptura asignificante y desterritorialización. La desterritorialización como efecto nomádico genera rupturas en el rizoma, líneas de segmentariedad blanda opuestas a las líneas de segmentariedad dura, vinculadas estas últimas a estructuras y territorializaciones.

Sin embargo, como señalan Deleuze y Guattari, siempre corremos el riesgo de caer en nuevas totalizaciones, cerramientos, clausuras, tomas de poder de un significante (pensemos en el triángulo edípico freudiano o en la estructura real-imaginario-simbólico de Lacan), es decir, toda desterritorialización está amenazada por nuevas territorializaciones que detienen su devenir.

Creo ver aquí uno de los principios centrales de lo que he dado en llamar *rizomética*. La crítica de la territorialización y la propuesta ético-política de rechazo a toda forma de fascismo. No sólo el fascismo que todos conocemos, el fascismo que se extiende en el tejido social, sino aquél más imperceptible, el microfascismo que todos llevamos dentro.

Para Deleuze y Guattari, el principio de ruptura asignificante parece convertirse en un principio fundante de una especie de estrategia ético-política contra toda forma de totalitarismo; los devenires rompen con el poder para constituir rizomas como sistemas acentrados.

El rizoma, entonces, se establece mediante rupturas asignificantes que producen conexiones entre vecindades heterogéneas (el caso de los devenires de la orquídea y de la avispa), en un juego de desterritorializaciones y reterritorializaciones, en una evolución a-paralela de dos seres o dimensiones diferentes.

Reforzando la distinción manejada al comienzo de este texto, diremos que frente a la mimesis del árbol-raíz, el rizoma se presenta a nuestra mirada constituido por líneas de fuga, devenires. El libro rizomático no es una *imago mundis*; remitiéndonos a la etimología de la palabra *texto* diríamos que el libro está tejido con el mundo, ambas tramas se entremezclan.

Luego de este breve recorrido por los cuatro primeros principios del rizoma, detengámonos en el análisis del mapa y del calco, y veremos cómo la ética de lo rizomático es una ética cartográfica.

La lógica de las dos primeras figuras del libro se explica a partir del principio de calcomanía. El calco es reproducción, eje genético, estructura. La naturaleza referencial del calco es criticada por los filósofos, ya que la representación no es más que mimesis, copia sobrecodificada por estructuras que nos remiten a una unidad de sentido.

El rizoma como mapa se opone al simple calco. El mapa no es reproducción, sino producción. Experimentación y no espejo. El mapeamiento de naturaleza rizomática conjuga todos los principios antes expuestos articulándolos en una estrategia de lectura, escritura y pensamiento. Oigamos a Deleuze y Guattari: “El mapa es abierto, es conectable en todas sus dimensiones, desmontable, re-versible, susceptible de recibir constantemente modificaciones”. Modificaciones entendidas en términos de devenires en el seno de las multiplicidades rizomáticas, en una tarea productiva, constructiva, y no simplemente reproductiva.

Una característica muy importante del mapa es que tiene entradas y salidas múltiples, rupturas asignificantes en el entramado textual rizomático (de nuevo viene a mi memoria el libro sobre Kafka); estamos manejando aquí un modelo de interpretación que no nos remite a modelos dados de antemano, sino a los propios devenires de la interpretación y de lo interpretado. El espacio de creación es el del mapa, mientras que el calco tiene que ver con una especie de “fatalidad calcada” que anula cualquier posibilidad de interpretación.

Los autores advierten la posibilidad de caer en un dualismo maniqueo e idealista al

Principio de cartografía y de calcomanía

El mapa no es reproducción, sino producción; experimentación y no espejo.



*El rizoma tiene entradas
múltiples, y muchas
veces entramos al rizoma
por la puerta del calco.*

*La arborescencia es un
sistema jerárquico y
centrado, el rizoma apunta
al descentramiento del
poder y a la elaboración
de estrategias contra toda
forma de jerarquía.*

oponer, de manera un tanto ingenua, el mapa y el calco. En realidad, ni el calco ni el mapa son de naturaleza pura. El mapa corre el riesgo de estratificarse, de caer en la ilusión de la representación y convertirse en calco; paralelamente, el calco puede desestructurarse, el rizoma tiene entradas múltiples y muchas veces entramos al rizoma por la puerta del calco, siguiendo las líneas de segmentariedad dura.

Principio fundante de la rizomética: “Siempre hay que llevar el calco sobre el mapa”. Es decir, siempre tenemos que llevar las líneas de segmentariedad dura, arborificadas, a los devenires de las líneas de fuga que, en su propio movimiento, mapean las comarcas venideras. A los callejones sin salida del calco oponen los autores las encrucijadas múltiples del rizoma como ética de la lectura-escritura. Una cuantificación de la escritura resulta fundamental a la hora de discernir estratégicamente la naturaleza arborescente o rizomática de un texto, en términos de coeficiente de des-territorialización, en una pragmática de la multiplicidad.

Ahora bien, como se aprecia, las diferencias entre árboles y rizomas no son solamente diferencias de estilo, diferencias retóricas en el sentido más banal de la palabra. Al contrario, lo que está en juego aquí es una micropolítica de la escritura que se vincula a la relación entre los discursos y el poder. La arborescencia es un sistema jerárquico y centrado, el rizoma apunta al descentramiento del poder y a la elaboración de estrategias contra toda forma de jerarquía. El sistema acentrado constituye, así, el espacio para un pensamiento no sometido al peso del poder, un pensamiento nómada que se opone al totalitarismo en todas sus formas. Es posible explicar las virulentas críticas del esquizoanálisis al psicoanálisis en el marco de esta ética rizomática que desconfía de totalizaciones, estructuras fijas y significantes elevados a la categoría de verdades eternas sobre la naturaleza humana.

Ahora bien, para finalizar, quisiera señalar la importancia de esta ética intertextual (intermaquínica sería un término más acorde al espíritu deleuzeano), a partir de la confrontación entre el libro cultural y el libro anticultural.

Mientras el primero sigue aferrado a la noción de autor (sujeto) y a la ilusión de la referencia (mundo-libro), el segundo se desprende de la “cultura” entendida como sedentarismo y se convierte en escritura nómada, máquina de guerra. El libro anticultural es desterritorialización de la cultura, pequeño laboratorio donde experimentamos con los signos y los conceptos.

“No hay muerte del libro, sino otra manera de leer”; asimismo, parafraseando a Deleuze y Guattari, diríamos que no hay muerte del autor, sino otra manera de escribir.

- Deleuze, Gilles y Claire Parnet, *Diálogos*, Valencia, Pre-textos, 1980.
 ——— y Félix Guattari, *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985.
 ———, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pretextos, 1994.
 ———, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1995.
 ———, *Conversaciones*, Valencia, Pretextos, 1996.
 ———, *Crítica y clínica*, Barcelona, Anagrama, 1997.
 ———, *Kafka. Por una literatura menor*, México, Era, 1998.

Bibliografía

Rizoma: en la teoría filosófica de Gilles Deleuze y Félix Guattari, un rizoma es un modelo descriptivo o epistemológico en el que la organización de los elementos no sigue líneas de subordinación jerárquica —con una base o raíz que da origen a múltiples ramas, de acuerdo con el conocido modelo del árbol de Porfirio—, sino que cualquier elemento afecta o incide en cualquier otro.

Esquizoanálisis: [1] [...] tratando el inconsciente como un sistema acentrado (= red maquina de autómatas finitos = rizoma), el esquizoanálisis es capaz de llegar a un estado completamente distinto del inconsciente; lo importante no es traducir, interpretar, reducir, el inconsciente, sino producirlo, y con nuevos enunciados, otros deseos, eso es rizoma.

Desterritorialización: en un sentido laxo, es una operación de extracción de fragmentos de un medio previo para insertarlo en un territorio asociado a lo humano y donde se supone que contribuye a su construcción como tal territorio.

Significado: es el concepto o pensamiento representado por una palabra o grupo de palabras. El significado es una unidad que pertenece a la definición de lo que se habla.

Glosario

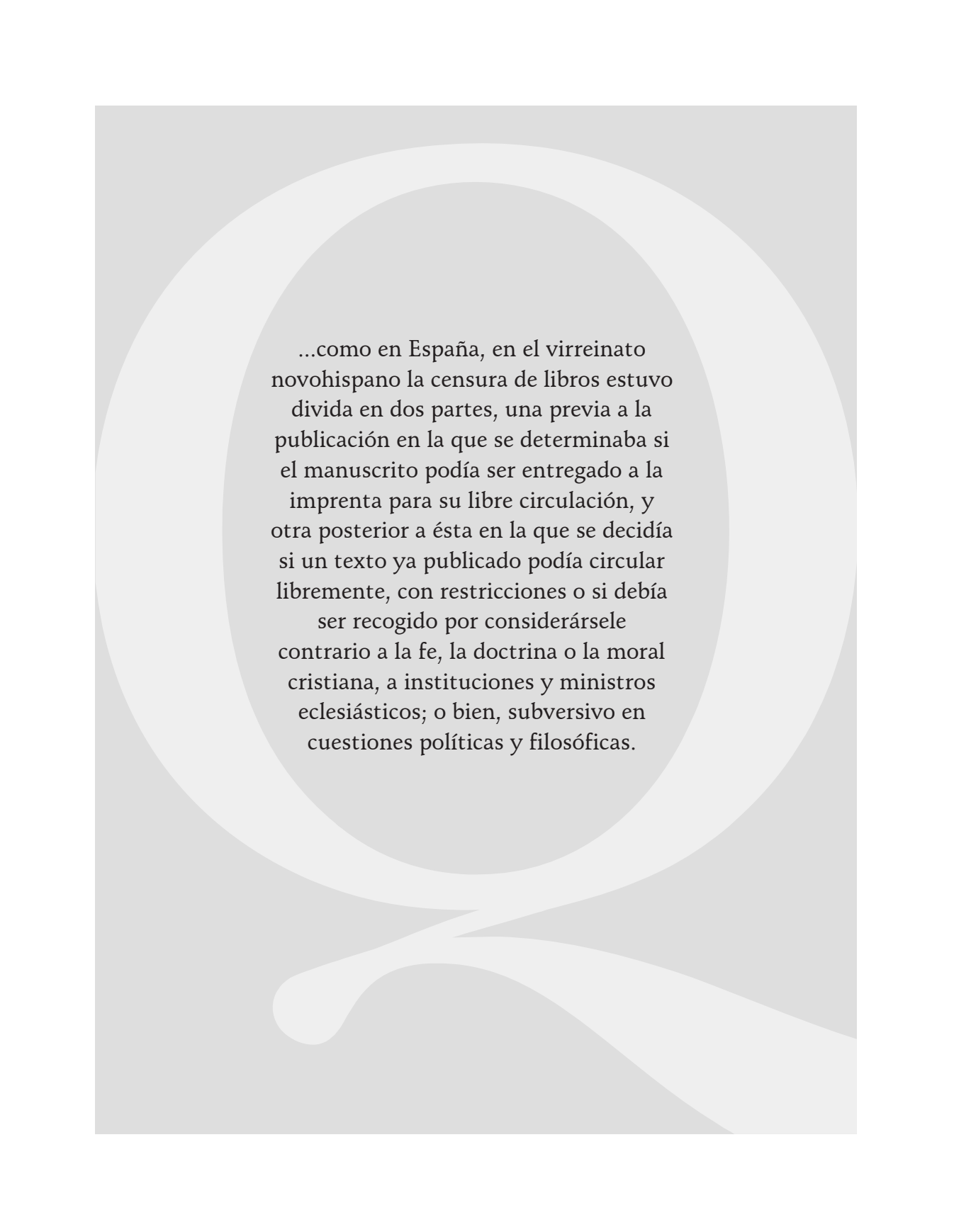
Significante: que significa. Serie de caracteres que constituye el soporte material de un significado. Éste se identifica como lo exterior del contenido significativo (o significado) que constituyen al signo lingüístico.

Signo: es cualquier cosa que pueda considerarse como sustituto significativo de cualquier otra cosa. (Eco) Todo aquello, de carácter visual o auditivo, que representa o evoca otra cosa, algo distinto de sí mismo que represente un concepto o cosa, esto es, algo que tenga significado para un emisor y un receptor; en suma, algo que ocupa el lugar de otra cosa. Por ejemplo, las señales de tráfico, las palabras, la danza de las abejas, el humo, las representaciones de figuras geométricas, las notas musicales, etc., son signos. La anterior definición del signo, así como su clasificación en iconos, índices y símbolos, ha sido una de las contribuciones semióticas más importantes de Charles S. Peirce. Los signos pueden ser verbales o lingüísticos y no verbales.

Texto: es cualquier comunicación efectuada en un determinado sistema signico (Lotman). Es la materialización lingüística del discurso: sinónimo de enunciado (T. Cabré).

Discurso: en su primera acepción, objeto de estudio de la pragmática, es decir, lenguaje en acción, ya oral, ya escrito (Myers, 1979), usado en la interacción verbal para producir un efecto en el destinatario. Con este significado, discurso es equivalente a texto, aunque se prefiere el término *discurso* siempre que se pongan de relieve las bases o metas sociológicas, funcionales o significativas del lenguaje, y texto se emplea para resaltar los aspectos formales materiales y estructurales (Kress, 1985). También se emplea el término discurso para aludir exclusivamente al lenguaje oral, debidamente contextualizado, que se emplea en la comunicación social, es decir, al significado que se encuentra en la expresión “análisis del discurso”; en esta acepción, discurso o lenguaje oral se opone a texto o lenguaje escrito. Con este término Michel Foucault denominó a todas las formas y categorías de la vida cultural.

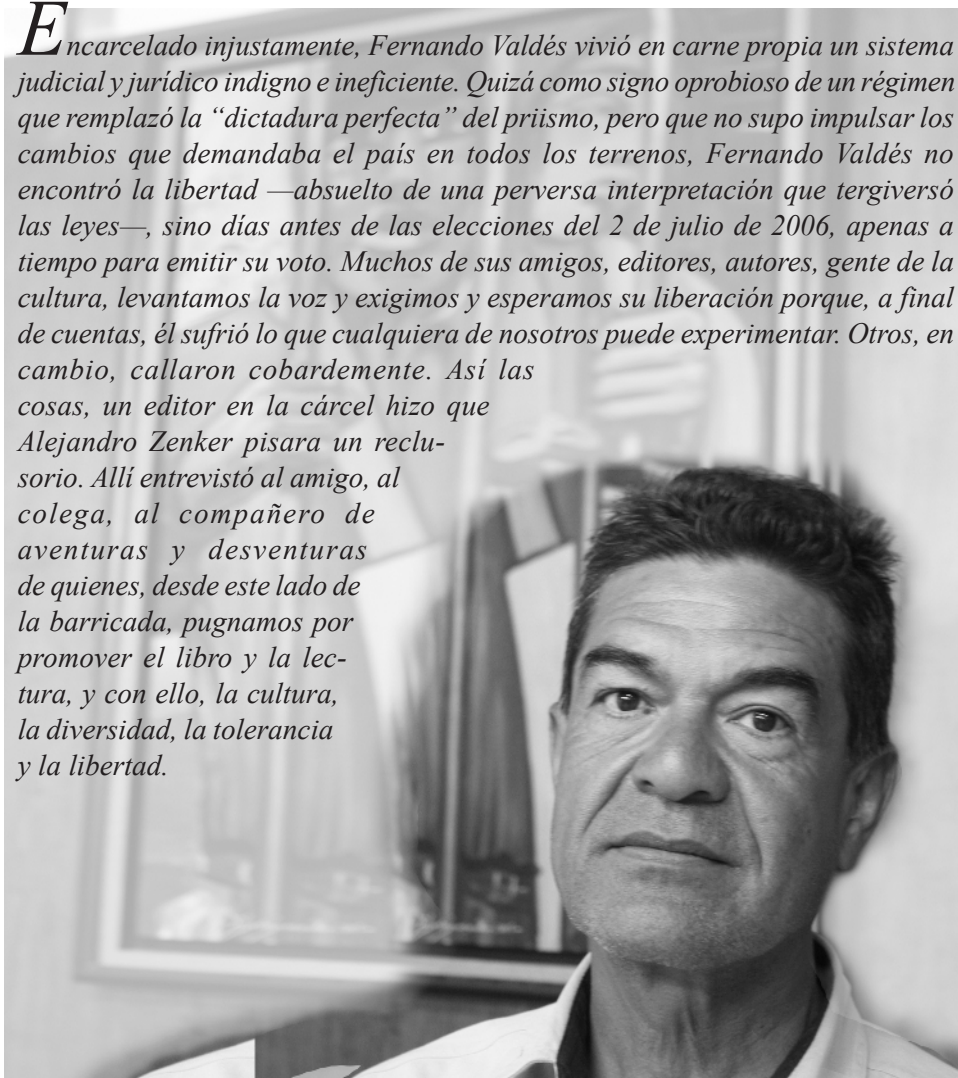




...como en España, en el virreinato novohispano la censura de libros estuvo dividida en dos partes, una previa a la publicación en la que se determinaba si el manuscrito podía ser entregado a la imprenta para su libre circulación, y otra posterior a ésta en la que se decidía si un texto ya publicado podía circular libremente, con restricciones o si debía ser recogido por considerársele contrario a la fe, la doctrina o la moral cristiana, a instituciones y ministros eclesiásticos; o bien, subversivo en cuestiones políticas y filosóficas.

La libertad de la ignorancia que encarcela al libro

*E*ncarcelado injustamente, Fernando Valdés vivió en carne propia un sistema judicial y jurídico indigno e ineficiente. Quizá como signo oprobioso de un régimen que remplazó la “dictadura perfecta” del priismo, pero que no supo impulsar los cambios que demandaba el país en todos los terrenos, Fernando Valdés no encontró la libertad —absuelto de una perversa interpretación que tergiversó las leyes—, sino días antes de las elecciones del 2 de julio de 2006, apenas a tiempo para emitir su voto. Muchos de sus amigos, editores, autores, gente de la cultura, levantamos la voz y exigimos y esperamos su liberación porque, a final de cuentas, él sufrió lo que cualquiera de nosotros puede experimentar. Otros, en cambio, callaron cobardemente. Así las cosas, un editor en la cárcel hizo que Alejandro Zenker pisara un reclusorio. Allí entrevistó al amigo, al colega, al compañero de aventuras y desventuras de quienes, desde este lado de la barricada, pugnamos por promover el libro y la lectura, y con ello, la cultura, la diversidad, la tolerancia y la libertad.



ALEJANDRO ZENKER: *Quehacer Editorial es una revista dirigida a los profesionales del libro, por lo que me gustaría abordar esta plática desde ese punto de vista, es decir, que entablemos una conversación con ese gremio que, en parte, te ha dado la espalda y te ha dejado abandonado a tu suerte, pero que en otra se ha mostrado solidario y ha sido partícipe de tu infortunio, que es crónica de una desventura anunciada para los editores, si la acusación en tu contra prospera. ¿Cómo explicas que esta conversación entre colegas se lleve a cabo en un reclusorio y no allá afuera, al calor de unos tequilas, después de un ajetreado día en la Feria del Palacio de Minería, que transcurre mientras conversamos? ¿Qué falló en tu relación con quienes te acusan? ¿Ya no hay esa sociedad armoniosa, esa complicidad entre autor y editor?*

FERNANDO VALDÉS: La complicidad autor-editor prevalecerá entre editores del género de libros que tú y yo publicamos; los hijos del autor que me acusaron no tienen idea de lo que hacen, ellos heredaron los derechos, es decir, no son creadores.

Con los años el empresario-editor ha venido a menos; no hay unión entre editores, trabajadores sociales siempre inconformes que no hemos sabido canalizar nuestras diferencias para concretar un gremio editor fuerte.

Yo renuncié en 1992 a la Caniem porque no me apoyó en un conflicto que tuve con Ernesto Zedillo. Propuse mejorar los libros de texto mediante una convocatoria que di a conocer en los medios de comunicación y que la Secretaría de Educación Pública, como sinodal, calificaría si ameritaba ser editado. Esto disgustó al secretario de Educación y originó uno de mis problemas con el Estado.

De los años setenta a estos días, los editores han ido cerrando sus puertas. Había más de 1 300 editoriales y ahora tenemos unas 300, eso habla mal del destino de la industria. Las multinacionales cubren los espacios de las que cierran, y reducen a 10% la oferta cultural de nuestro país. Las obras de Daniel Cosío Villegas que publicó Joaquín Mortiz, hoy en manos de una gran multinacional, las tuvo que rescatar el Fondo de Cultura Económica. La literatura de los mayas, de los aztecas, de los guaraníes, ¡vamos!, el proyecto editorial nacional editor-autor desaparece del mer-



cado de libros. Obras que no les reportan beneficio económico, dejan de publicarse. La poesía, a la que nos interesa darle importancia, otros la ignoran. Las obras completas de Octavio Paz, de Jaime Sabines y otros, las publican hasta que son autores consagrados. Hay poetas noveles que se pierden. Surgen editoriales independientes que hacen un esfuerzo, pero el destino las lleva a situaciones extraordinarias, como la mía en este sexenio. Desde que empezó le ha ido mal a la industria editorial, el 50% que teníamos de apoyo fiscal, del impuesto sobre la renta, nos lo fueron quitando, 10% cada año, y quisieron imponer el IVA a los libros. No se concretó la ley del libro,* que hemos venido promoviendo por años tratando de que se democratice. Al parecer, la suerte está echada en contra del editor mexicano. La Conaliteg le compra más de 70% de los libros a editores extranjeros en lugar de apoyar a los editores mexicanos. Nosotros podemos publicar los clásicos, como el Quijote que sacó Santillana, pero se apoya a otros sectores y no al editor mexicano. Parece una maldición para los que trabajamos en este ámbito en nuestro país. Y la Ley Televisa acabará con las estaciones de radio y televisión que apoyan a las editoriales culturales. Una de las cosas que nos ayudará a salir adelante como gremio que está consciente, que trabaja con los autores cómplices de una propuesta literaria y cultural independiente, es la solidaridad con la cultura. En nuestra contra están los editores que nos comparan con un negocio cualquiera.



* Esta entrevista se realizó antes de la aprobación de la Ley para el Fomento del Libro y la Lectura por la Cámara de Diputados.

Estás dando un panorama de la situación que vivimos como editores, pero... ¿qué ha fallado? Normalmente establecemos una relación de confianza con el autor, incluso de complicidad o amistad que, en este caso, parece haberse roto. Sé que no es propiamente el autor quien te está demandando, sin embargo, pareciera que estamos en los inicios del resquebrajamiento de un convenio social.

El maleficio...

Así es, ¿el maleficio nos estará cayendo encima?

Siento que, por parte de los autores, no existe ese rompimiento. Tengo autores —más de mil—, y algunos nos han regalado sus derechos. Conocen el problema real que tenemos al invertir en este negocio. En mi caso, los autores no están rompiendo con el editor. Los demandantes no pertenecen al círculo intelectual, cultural o académico del fondo editorial que publica Plaza y Valdés; ellos han heredado de papá, un excelente autor, don Valentín Rincón, el proyecto Gader de libros de texto para primaria que no saben explotar. No se han integrado a ese trabajo; el profesor Rincón puso los textos, los hijos ponen la mano. Al ver que no hay más herencia, quieren recibir dinero con este chantaje. El peligro que veo es que algunos políticos aprovechen esta situación para aplicar el artículo 424 *bis* a los editores; si lo aplican a Plaza y Valdés, la agresión resulta peligrosa si se impone. No debo salir de la cárcel por las



irregularidades del proceso o por los testigos o por las falsedades. Tengo que salir porque no procede que se castigue a quien hizo libros mediante contrato aplicándole un artículo que se elaboró y legisló en la Cámara expresamente para castigar a quien produzca piratería. Hay una mala intención, premeditación y manipulación de este uso para sancionar a otros editores después, si se confirma con esta sentencia la supuesta piratería. Los demandantes pedían 3 500 000 pesos, ya le bajaron a 2 900 000; no tienen sentido de lo que hacen. Me opongo a salir, si no me exoneran del cargo por el artículo 424 *bis*, porque está de por medio la honorabilidad de los editores.



Estamos conscientes de eso.

No son los autores. He recibido el apoyo de los escritores de manera extraordinaria; nunca pensé vivir esta experiencia. Hay autores que se disgustan por cuestiones de distribución, por ejemplo. En mis 30 años como editor no hay un antecedente real en mi contra; todos están a mi favor, son mis “cuadernos”, como dice Ricardo Rocha.

Decidí dejar de publicar en 2002 los *Cuadernos Gader* porque había mucho conflicto con los hijos de don Valentín Rincón. El problema surgió cuando tuvieron que dar recibos fiscales. Me retiré de este género de libros porque, a pesar de ser un buen negocio, había que actualizarlo, hoy son libros obsoletos. En 1992 dejé de publicar libros de autoayuda y motivación para acercarme más al trabajo académico. Los autores de autoayuda no dijeron nada, se repartieron en otras editoriales.

Hasta hace poco, los editores nos sentíamos inmunes ante el tipo de acciones que ahora te tienen en esta situación. ¿Es el tuyo un accidente o está cambiando algo en el país?

El país camina hacia el alejamiento de la sociedad respecto de la cultura. A partir del neoliberalismo de Miguel de la

Madrid, que sale de la Presidencia y entra al Fondo de Cultura Económica, se olvida a la academia y empiezan a hacer libros para niños. Se aleja de los centros de estudios superiores para conquistar una sociedad de consumo con otros títulos. Uno de los bastiones culturales de México, el Fondo, cambia su rumbo. Tengo quejas de Italia, de la Universidad de estudios para la historia patria en Sicilia, de académicos como Massimo Ganci, Giuseppe Tricoli, Calogero Messina, que se quejan, en aquellos años, de ese problema con el Fondo de Cultura, pues sus obras fueron olvidadas. En el gobierno de Salinas de Gortari se promueve que la gente aprenda inglés. (Por cierto, nosotros hicimos una campaña para invitar a aprender náhuatl, con unos letreros muy románticos: “—¿Está aprendiendo inglés? —No, estoy aprendiendo náhuatl.” Curso de 15 fascículos, igual que los cursos de inglés.) En aquel entonces tratamos de acompañar su campaña *Di no a las drogas* con otra de *Di sí a la lectura*; asesorado por Edmundo Valadés publiqué a los mejores escritores: Rulfo, José de la Colina, José Agustín, Octavio Paz. Instituciones como el Canal 13 se comprometieron a apoyarme y luego se echaron para atrás. Para el neoliberalismo el libro es un enemigo del consumo. Hoy vemos la ciudad llena de grandes anuncios; la lectura y el libro no gustan. El atraso de no haber logrado que se democratizara el libro mediante una ley, ha sido fracaso de la Caniem. Con Zedillo nos presentaron una propuesta de ley del libro que no tenía nada que ver con la que propusimos. Fue letra muerta, no la defendió la Cámara y fuimos pasivos ante esas situaciones; nunca hubo una defensa contundente, como en la compra de libros de Conaliteg a empresas extranjeras. Hay falta de apoyo a iniciativas de la industria editorial en México; nos vemos reducidos a participar en la FIL de Guadalajara o en cualquier feria de libros, aunque resulta caro para editoriales pequeñas. En los países del primer mundo, en Europa, las apoyan con dos partes del costo total y la otra la pone el editor.

En México ¿el editor es una clase devaluada?

Sí, y dentro de unos años, pieza de museo, para allá vamos. No hay interés en él; ni la SEP ni Conaculta toman en cuenta propuestas importantes de autores y editores; somos personajes incómodos para una sociedad de consumo. El libro hace que la gente reflexione y piense; la gente que lee tiene otro concepto de la vida, otra visión para decidir sus cosas. Contamos en México con sólo 500 000 consumidores de libros y cada vez son menos; crece la población y decrece el número de librerías, de lectores y compradores de libros.

Por cierto, un lunes vi un anuncio de un libro de poesía publicado por Plaza y Valdés, de una plana completa, en el periódico *Reforma*, de esos que cuestan más de 100 000 pesos y que yo no pagué. En qué mundo tan raro vivimos.



Hasta cierto punto, quizá, los propios editores nos hayamos devaluado. Antes, el editor tenía un estrato cultural elevado, hoy tal vez se está convirtiendo en un simple eslabón más, igual que el vendedor de zapatos, de clavos...

En el actual sexenio hay un desprecio hacia el editor que se manifiesta al pagarle mal su trabajo. Escribir sin recibir el sustento para vivir, publicar con el riesgo de no vender, pagar impuestos como si hubieras fabricado zapatos, o que te demanden y te metan a la cárcel. Según Fox, Chente, “su gobierno vomita el populismo”, y tiene razón, pues de sus entrañas sale el populismo en forma de país de changarros, de gente buscando chamba en Estados Unidos o Canadá. No es posible que no entendamos lo que este señor está diciendo con eso de “que vomita el populismo”, frase en-

tre todas las de este sexenio que pinta a un analfabeta funcional cruel: Vicente Fox Quesada.

Platicando sobre tu situación con José María Espinasa, me planteaba una pregunta: suponiendo que existiera delito, ¿no es totalmente desproporcionada la pena? ¿Cómo explicar la celeridad con que fuiste confinado a prisión? Lo que más llama la atención es la manera violenta en que fuiste remitido; esto no procede, no es civilizado, ¿a qué lo atribuyes?

El problema es el Estado; la participación de la Procuraduría (PGR) sin independencia del Estado es usada para fines y caprichos políticos. Se ha retomado esta actitud de venganza de sexenios anteriores que parecía eliminada y la han implementado en nuestro sector editorial conmigo, con Lydia Cacho, detenida también arbitrariamente, con la demanda presidencial a la autora argentina Wornat, a *Proceso* y a la editorial Random House Mondadori.



Pude constatar que querían tenerme en la cárcel —tres meses y medio sin declarar— y las promociones que hemos hecho para mi libertad han sido denegadas. Esperamos la sentencia, quiero mantener mi fortaleza porque alguien tiene que encarar a esta gente. No es posible una irregularidad de tal tamaño, vamos para atrás. Nuevamente aparecen barruntos fascistas en esta relación con el Estado. Por otro camino, también con baches, las editoriales quiebran y las absorben multinacionales que están acabando con el proyecto editorial mexicano. Posiblemente la reserva federal de EUA impulsó a estas multinacionales para adquirir o absorber a las editoras nacionales de cada país, especialmente las que culturalmente son una amenaza para su hegemonía. Si observas cómo da vuelta el mundo, parece que todo está contra el sector cultural y a favor del alejamiento de la humanidad de las expresiones artísticas.

¿Crees que tu caso es una venganza política?

Mi caso es una venganza. Aprovechando una demanda particular, la Procuraduría no fue convencida por un particular para que me detuvieran de esta manera, la PGR tomó la decisión cuando un juez ya había rechazado la querrela en sus 12 puntos, para implementarla con otro juez tres meses después.

Pero no es la única irregularidad. La PGR sabía que los libros no eran piratas desde el 29 de marzo. Cuatro meses antes de mi detención, dos peritos de la PGR informaron que los libros eran legales, y el mismo día que me detuvieron, el 6 de agosto, otros dos peritos declararon lo mismo. El 9 de agosto la PGR dio por consumado el delito de piratearía. Además, la Procuraduría actuaba asesorada por seis Ministerios Públicos que participaron en el cateo y manipulación del expediente. Tengo libros publicados contra pederastas y libros sobre el Ejército mexicano, *Los malos pasos de Luis Pazos* y sobre el gobierno panista, en contra de la privatización y el Fobaproa, Pemex para los mexicanos, y las cartas que le escribí a Vicente Fox.

En México se ve a la Caniem como la entidad que representa a los editores, aunque sabemos que no nos representa adecuadamente a todos. Sin embargo, en tu caso ha tenido, por decir lo menos, una actitud evasiva y cobarde. Sé que no perteneces a la Cámara, y sin embargo lo que hace o deshace te afecta a ti como nos afecta a todos los editores, ¿qué opinas de su labor y de su falta de solidaridad contigo?

Pienso que los editores me apoyan. Cuando hablo con Consuelo Sáizar, Jaime Labastida, Neus Espresate, Chema Espinasa y otros editores, me expresan solidaridad, pero si lo veo en el contexto general de la relación Estado-Canien, Estado-empresa editorial, me doy cuenta de la falta de sensibilidad del presidente de la Cámara, José Ángel Quintanilla, que parece cómplice del Estado que me tiene



encarcelado; ignora el suceso, como si no estuviera informado. No se da cuenta de que le puede afectar en lo personal y en la honorabilidad del editor.

¿Crees que es cosa de la Cámara?

Creo que es algún componente de la Cámara que tiene compromisos con la SEP. Algunos editores me han reclamado mi actividad en el exterior, porque participo en foros internacionales donde critico a las multinacionales, a los editores de libros de autoayuda y esotéricos, así como su falta de participación social; son mediocridades, envidias. Pude abrir Plaza y Valdés en España y soy de los pocos que han brincado el charco al revés; soy editor de la Complutense de Madrid, participo en el Forum de publicaciones de la Comunidad Europea, única editorial en español que por tercer año consecutivo aparece en el catálogo de los 25 países de la Unión Europea; si detrás de esto hay envidia, quiero decir que hay demasiada mediocridad.

Me inquieta la Caniem, que como representante de los editores no puede permanecer callada. Cómo es posible que ante una situación como ésta, y por la gravedad del asunto, participe con atraso de seis meses. Tuvieron que transcurrir seis meses para aceptar una entrevista y hablar de mi inocencia. Les he escrito pidiendo que se pronuncien en la corte, tienen que cuidar aspectos legales que son fundamentales para nuestra actividad empresarial. Todos tenemos en almacén libros cuyo contrato está vencido y que vendemos con el derecho de haberlo elaborado durante la vigencia del contrato.

Me detuvieron con más 3 000 libros que hice bajo contrato. La relación que hay entre el Estado y las cámaras es nefasta por servil, pierden su independencia al actuar. Funge como dependencia de la SEP a cambio del beneficio de la Conaliteg. La Caniem ha sido manejada por gerentes mexicanos con fondos extranjeros. ¿Cuántos editores con fondos mexicanos la han dirigido? Se cuentan con los dedos;





la mayoría han sido extranjeros o empleados de multinacionales; los editores de revistas la han dirigido hasta en dos ocasiones. Todo camina a proteger intereses que a la Cámara le dan “vida”, entre comillas. ¿Cómo impulsa la Cámara el desarrollo editorial? No ha defendido la Ley del libro para democratizarlo y perdimos 50% del impuesto sobre la renta. La SEP compra a editores extranjeros más de 70% y arremete contra los editores mexicanos que, en 30 años, han debido cerrar más de mil empresas.

La controversia que han desatado tus acusadores tiene muchas facetas. Por un lado está el tema de los derechos de autor, por el otro el de la piratería. Pero también se asoma una controversia en torno al uso de las nuevas tecnologías. La impresión digital permite producir, como sabes, libros en tirajes cortos. La tendencia tecnológica y las necesidades del mercado nos llevan a producir no en función de la especulación de lo que el mercado consumirá en un momento determinado, sino de la lenta búsqueda de los lectores mediante tirajes cortos, recurso del que cada vez más editoriales, grandes y

pequeñas, hacen uso. ¿No estamos ante una disputa que puede conducir a que se impida el uso de las nuevas tecnologías?



No lo había pensado. En la situación que vivimos se me hace una actividad bárbara en nuestra contra. Y ¿qué se puede hacer? Observemos nuestra relación con el mercado en el tiempo, hasta la tecnología digital que puede producir sobre demanda. En 1964 los libros de texto los empieza a producir el Estado sin el concurso de los editores; en esa época había poco menos de 1 400 editoriales y hoy un poco más de 300. Cada año desaparecen una o dos librerías importantes, dejando al Paseo de la Reforma, nuestra calle principal, sin sus ocho librerías. En este sexenio nos quitan el único apoyo a la industria, el ISR (50%) e intentan imponer el IVA a los libros; no concretamos la Ley del libro, y como el destino nos alcanzó, los legisladores mexicanos cierran las televisoras y la radio cultural, y legislarán la prohibición del sistema digital para los editores pequeños. Y ahora, si nos aplican a todos el artículo 424 *bis*, por piratas *on demand*, aquí los espero.

Hasta cierto punto, lo que se está manejando desde otro punto de vista se puede aplicar a eso: imposibilitaría la producción de libros sobre demanda.

Sí legalmente, tendríamos que exigir que legislaran para que cada edición fuera numerada. No queremos evitar el pago de derechos de autor, luchamos por sobrevivir. La complicidad autor-editor es real. El peligroso es el editor falso, que produce y producirá libros en cualquier sistema, y que no está en la cárcel por su complicidad con la PGR. Los editores legales corremos un riesgo enorme, pienso que hay que rechazar esta situación, tal vez la tendencia vaya por ahí, que no publiquemos obra digital. Aceptamos las disposiciones que marque el poder legislativo, pero que se discutan. Hay que empezar a contrarrestar esa situación que nos afecta.

En el Congreso internacional de editores independientes en Guadalajara, el tema giró en torno a diversidad, a la necesidad de propiciar condiciones para que se publiquen muchos títulos en tirajes medianos y no pocos títulos en tirajes grandes. Se habló de la dicotomía entre best-seller y lo que nosotros proponemos, el long-seller, paradigma que nos permite vincular las nuevas tecnologías; sin embargo, esto que están haciendo lo destaco porque es otra de las aristas importantes de tu juicio. Si te declaran culpable, entraríamos en un contrasentido con la evolución tecnológica y la nueva forma de producir el libro.

No había observado esto que dices: el riesgo de que sea declarado culpable y que, además, esa culpabilidad justifique considerar las nuevas tecnologías como un peligro para la sociedad y para los editores. Porque podríamos utilizarla para generar una sociedad pensante y aniquilar el Estado de hipócritas y corruptos que nos dirige. No lo había pensado así, y qué grave que hayamos llegado a esta situación; destrucción del Estado maquiavélico que no salvará ni el Montesquieu colorado.

Debemos analizar muy seriamente el tema, hasta parece que hay un malvado organizando todo. Tenemos un gobierno con un plan para terminar con la industria editorial, como sucedió con Menem y Pinochet. En Argentina y Chile pareció haber premeditación para acabar con esta industria, porque genera una sociedad con conciencia. Ahora bien, está la otra tecnología, la de empresas que pueden vender tus libros por internet, como Google, Masson, Librisite, etc., y que también pueden piratearnos a nosotros.

Más bien al contrario, estas nuevas tecnologías difunden los libros.

¿Pero eso nos ayudará? Por un lado parece haber una constante agresión para eliminar esta actividad, pero por otro tenemos estas alternativas que hay que aprovechar. Google o Esmas pueden servir si se legisla para implementar una primera ley del libro que lo democratice para todos los estratos sociales.



Creo que la industria está sufriendo transformaciones muy fuertes, pero también que esta controversia puede llevar al absurdo de tener leyes que impidan la única esperanza de lograr esa bibliodiversidad.



Hemos ido caminando en contra de muchas cosas, la industria editorial no ha crecido, ha ido disminuyendo con los años; hemos caído en manos de multinacionales y los editores mexicanos son aniquilados por éstas. El hecho de que ahora haya la posibilidad de producir libros electrónicamente y con el sistema digital, y de que no se legisle para controlarlo, será pretexto para cancelar la oportunidad de aprovechar esta tecnología y actuará en contra de los pequeños editores, como ya se ha vuelto una triste costumbre.

También los grandes están recurriendo al uso de esta tecnología...

También ellos, pero creo que acudirán en menor proporción porque sus tirajes son grandes. Los editores pequeños proponemos obras, rescatamos estudios y actividades culturales. Hay que exigir que nos pongan un caparazón que nos defienda. ¡Me llevaste a pensar que Batman y Robin tendrían que ayudarnos!

Hay que reflexionar y analizar con detenimiento el asunto. La industria editorial no se está dando cuenta; se está legislando sin ver las implicaciones que tienen esas leyes en un contexto de cambio tecnológico en enorme transformación.

Los grandes empresarios no acudirán. Producen títulos de consumo temporal, con muy poca vida, libros del momento

y grandes tirajes. No tienen la necesidad de los pequeños empresarios que descubren, rescatan, proponen y conservan nuestra cultura literaria y académica del uso de estas tecnologías.

Pero en cambio pueden encarcelarnos a todos los pequeños.

Es el momento de exigir una discusión en la Cámara de Diputados, y especialmente en el sector cultural, en respuesta a este flagelo. Hay que pedir que se legisle y que no se aplique esta sumisión perjudicial para nuestro país. No es posible que no podamos publicar digitalmente lo que surge en nuestros centros de estudios superiores, los usos y costumbres de nuestras comunidades, por ejemplo, porque son títulos dirigidos a círculos minoritarios y de los que tal vez sólo se requieran 200 ejemplares. Con esto no corren riesgo los grandes empresarios, a ellos no les interesa esa clase de negocio, pero los pequeños, que proponemos el rescate de la cultura nacional, estamos en peligro de caer en un problema gravísimo con esta nueva Ley de fomento a la lectura y al libro, que no tiene nada de democratizadora y, en cambio, hace al libro más elitista y apoya a los grandes consorcios multinacionales.

Por una mala legislación; no se están percatando de las implicaciones por ignorancia.

No se percatan y éste es el género de empresas del que la Cámara de Diputados no está enterada ni sensibilizada para entender su labor. Con el nivel cultural de estos diputados (hay que oír el discurso del panista o del Verde Ecologista sobre la defensa de los hijos de Marta Sahagún o de la Ley Televisa) y su afán de proteger sus cotos de corrupción, no se legislará en favor del desarrollo cultural de nuestro país. La persona en quien confiamos pone una gran biblioteca para deslumbrar, en lugar de hacer una cam-





paña de alfabetización nacional que es lo que hace falta. Exigimos que estas propuestas y gastos extraordinarios lo inviertan en una campaña nacional de alfabetización para que los editores nos veamos favorecidos con una gran demanda a largo plazo, pero eso no lo van a hacer porque no les interesa, les interesa perseguirnos. Hay una agresión constante y con la Megabiblioteca, falsa muestra de nuestra realidad cultural, este sexenio ha sido el peor de todos, porque quitaron los pocos beneficios que tenía la industria editorial.

Has hablado de llevar la editorial a la cárcel. Sin embargo, la lectura, la cultura, ha estado "encarcelada" en ese reducido marco social de quienes compran libros por la falta de hábitos de lectura y por la estrechez del mercado en el que nos movemos. ¿Significa esto un doble encarcelamiento?

No todos están enterados de que la cultura, y especialmente la lectura, han estado encarceladas, y si se logra, por medio de una protesta permanente, divulgar que hay un encarcelamiento del desarrollo cultural de las ciencias y las artes, despertaremos conciencias. Estoy invitando a la cárcel a todos los autores de Plaza y Valdés, pretende ser una protesta para cambiar esta agresión continua en contra de la cultura en nuestro país. Han alejado a la sociedad de la educación a partir de que el Estado se hizo dueño de los libros de texto en 1964 con Adolfo López Mateos. Limitaron la participación de los editores en la educación, no los invitaron a un concurso, el Estado se hizo dueño de la educación. Después de 30 o 40 años, la SEP empieza a hablar de un atraso en la educación de 30 años. Quitaron el civismo, las actividades artísticas en la escuela primaria y secundaria, y están pensando en quitar la historia como materia

obligatoria. Lo que están haciendo es alejar las artes y la belleza, actividades que nos relacionan con la cultura. Entonces, si me han dado la oportunidad de hacer esta protesta, espero que pronto haya una respuesta de las autoridades. Es simbólico, es una protesta permanente por cómo han encarcelado a los hacedores de cultura. Somos criminales en potencia, y desde aquí vamos a promover una invitación a Noam Chomsky, porque es un visionario de esto, y a otros pensadores importantes. Además, aquí ocurren otras barbaridades, porque 40% de los que estamos somos inocentes; en cambio, los delincuentes salen y entran porque ya conocen el sistema, tienen experiencia en entrar y salir de la cárcel, mientras que los otros, que nunca habíamos sido detenidos, sufrimos las consecuencias.

Cuando oí tu declaración de llevar los libros a la cárcel, me acordé de mi padre, un militante político de toda la vida en Alemania. Nació el siglo antepasado, perteneció al Partido Comunista y pasó parte de su vida en la cárcel, donde aprendió a encuadernar. Llegó a México en 1942, huyendo de la persecución nazi y ejerció el oficio de encuadernador, así que no me parece descabellada tu declaración. Quizá deberíamos impulsar en las cárceles, como un proyecto de editores, que los internos aprendan algo totalmente distinto, crear un taller donde se hagan libros.

Me he encontrado varias cosas y hasta me he metido en las vísceras de este fenómeno social. Mi propuesta inicial es de protesta, pero he reflexionado al respecto, que la cárcel se construya desde aquí adentro, que los reos aprendan algo totalmente distinto, trabajar con ellos, y esto me ha llevado a tratar con delincuentes y criminales de alto rango. Han recibido un golpe que los sensibiliza, escuchan mis clases y empiezan a entender la poesía, ¡qué trabajo editorial se puede hacer dentro! La cárcel tiene enseñanzas importantes y hacer libros desde la cárcel, escribir la cárcel desde la cárcel, nos ayudará a contradecir a los que construyeron desde afuera, sin la experiencia de vivirla, de conocerla. Veremos qué registro hay desde la cárcel, porque lo peor que le puede ocurrir a una persona es caer en la cárcel, con la sataniza-





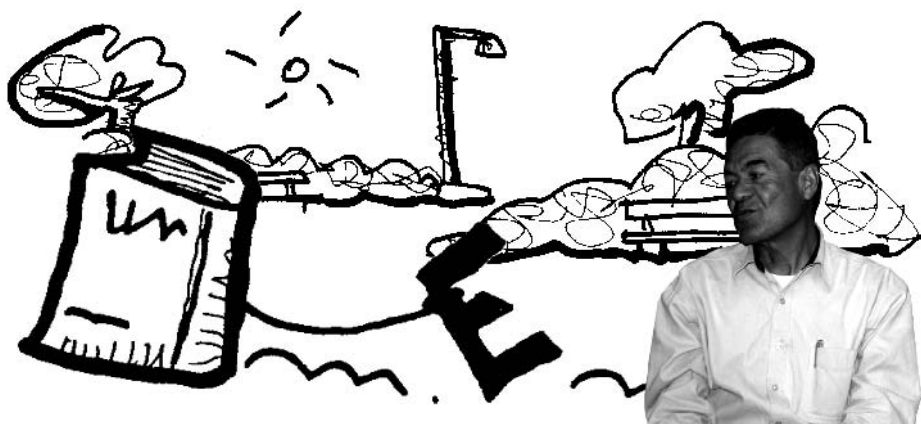
ción de los que están afuera de lo que es el delincuente. Hay quienes me dejaron de hablar, “amigos”. No me da pena, siento que éste es el título que me hacía falta. Aquí se concentran todos los males de la sociedad, se destruyen familias, matrimonios, especialmente de los inocentes, y se forman delincuentes. Hay un fenómeno social no estudiado, y es que a partir de aquí podríamos arreglar a los de afuera, que son los delincuentes mayores. Me he ganado el respeto de los delincuentes de la cárcel, de los que no lo tengo es de quienes me metieron aquí. Y lo sufro. De 100% de los inocentes que están en la cárcel, 90% son chantajeados y extorsionados por delincuentes. A mi familia no la han llamado para extorsionarme. La relación con los delincuentes es la misma afuera que adentro.

Como sabes, tengo una visión peculiar del futuro del libro. Si bien soy bibliófilo, no creo que el libro con soporte en papel perdure en términos históricos. ¿Tú cómo concibes el futuro del libro y de la lectura?

Soy de los que están seguros de que el libro como objeto no desaparecerá porque la lectura nos alimenta de muchas maneras, entre ellas, hace trabajar a tu cerebro y de manera extraordinaria. No sé si soy el único que se siente mal cuando tiene que leer un texto en la pantalla, prefiero imprimirlo y leerlo, aquello me choca y no lo acepto. En el papel impreso puedes regresar las páginas cómodamente al lugar que quieras, la imaginación vuela de otra manera con un

libro y la reflexión es otra ante una computadora. La pantalla molesta. Creo que muchos lectores seguirán prefiriéndolo por años y que el libro en papel florecerá, y así lo seguiré creyendo, también que el libro de poesía se venderá.

Hay corrientes que surgen para pugnar por leer libros en papel, papeles modernos que se puedan meter al agua y leer bajo el agua, por ejemplo. Tengo la esperanza total de que un día el libro volverá a ser parte de nuestras manos, del libro como ejercicio de nuestra reflexión y razonamiento. Es una vergüenza que *El capital* de Marx quede en el olvido, no te vas a poner a leerlo en pantalla, se requiere estudiarlo en papel. Es una vergüenza para la humanidad que quede en el olvido. Marx ya pronosticaba este desastre económico en el mundo, una propuesta económica política y social diferente a la que estamos alcanzando y que hay que rescatar. Si llegamos a la implementación de la lectura por medios electrónicos, quedarían olvidadas las obras de grandes antropólogos sociales que no se entenderán igual. Me imagino la lectura en pantalla de *En busca del tiempo perdido* de Proust, *El siglo de las luces* de Carpentier o el *Gran Sertón: Veredas* de Joao Guimaraes Rosa. Las obras completas de Trotsky, por ejemplo, desaparecerían, la gente se iría por el consumo fácil, el libro de unas cuantas páginas, de autoayuda y esoterismo, para leerlos en la computadora. No se piensa en la comodidad del ser humano y se fomenta el consumo.

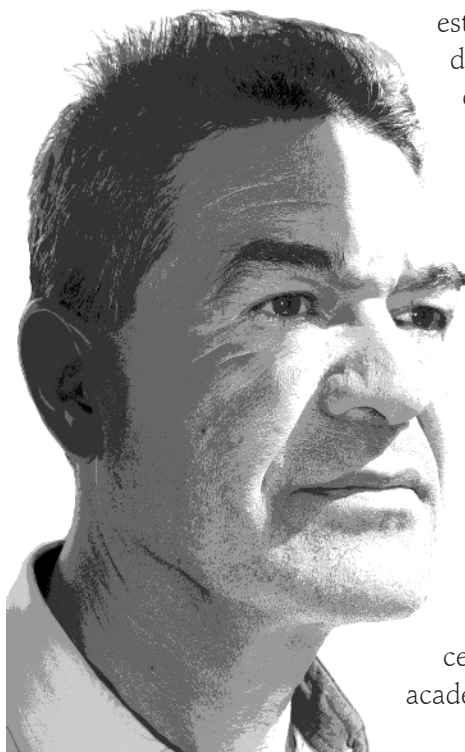


Hablando de futuro, una vez superada la situación en que te encuentras y recuperada tu libertad, que espero sea muy pronto, ¿por qué derroteros llevarás tu editorial? ¿Harás cambios?

Tengo definido lo que quiero hacer en mi editorial: que sirva a la academia. En lo personal, cambiar mi comportamiento. Yo no era malicioso, perdí dinero por no entender la malicia de nuestras autoridades, aquí hay dos cosas que he aprendido de los delincuentes y ojalá las pueda practicar correctamente en algunas decisiones: la malicia y la frialdad. Invito a los demás editores a que aprendamos a defendernos; primero se visten de cultura y luego nos utilizan; así te llevas tropiezos extraordinarios. No dejaré de publicar títulos de denuncia, y la malicia que he aprendido me llevará a publicar obras de mayor interés social, aunque afecten intereses particulares, vamos a tratar de convencer a los demás de comprar los libros que publico. Concretaré la divulgación

de las obras que surgen en nuestros centros de estudio con frialdad. En Frankfurt me enteré de que la tecnología, la información sobre ciencias sociales, humanidades y cuestiones de desarrollo llegan en 93% a los países de primer mundo y en 7% a los países del tercer mundo. ¿Por qué?

Porque no se divulga lo que producen nuestros centros de estudio, en eso estoy trabajando ahora, en elaborar un manual que resuelva la divulgación de estas obras que se quedan en pequeños nichos de estudiosos y que no llegan a sectores más amplios, al grado de que nos envían de Europa a investigadores connotados para hacer trabajos académicos sobre diferentes temas, cuando aquí, en la universidad, ya se hizo ese trabajo. Parecemos conejillos de Indias, envían a sus académicos, les pagan grandes cantidades de dinero, cuando en América nuestros inves-



tigadores ya hicieron ese trabajo con salarios de hambre, pero no se ha divulgado en Europa.

Tu familia ha demostrado gran entereza, ha estado al frente de tu defensa y te ha representado públicamente; también ha participado en la empresa. ¿Qué me dices de esos lazos que has forjado?

Me siento orgulloso de la reacción de mi familia ante esta situación tan bárbara, trasciende hasta con amigos. Siento que he concretado algo que no esperaba de esta manera; es más, les he pedido a mis hijos que se encarguen de la editorial en renglones vitales. Me voy a encargar de la edición y de actividades muy específicas de promoción académica.

Mi hijo Fernando se hará cargo de la administración. Nuestros títulos tienen cualidades muy especiales para la venta y requieren de gran responsabilidad y compromiso con los centros de estudios superiores.

Mi hija Claudia es una mujer con un carácter mejor que el mío y ella será la editora con el tiempo. Vivió en Israel cinco años con su compañero judío y presencié la violencia y la injusticia contra de los palestinos, vivió de cerca una de las barbaridades que el mundo acepta. Está consciente de las injusticias en México y tiene una visión de luchadora social.

Mi esposa ha sufrido las consecuencias de otra manera; se dedicaba a otras cosas y las ha dejado. No falta un día, viene todos los días de visita, martes, jueves, sábado y domingo; no viene a la íntima porque no lo merecemos en la cárcel. Creo que es lo más grande que pudo haberme pasado, ya que no he sido el hombre perfecto para ella. He vivido de otra forma la libertad y el conocimiento, mi actividad me lleva a mundos extraordinarios que quiero vivir. Mi relación familiar se fortaleció mucho, así como mi pensamiento social. Pensaba que lo publicado era importante, pero no para que me encarcelen. Lo sucedido me ha hecho despertar con más coraje a la injusticia. No sabía que había generado tanta, tanta amistad. Tengo un compromiso,

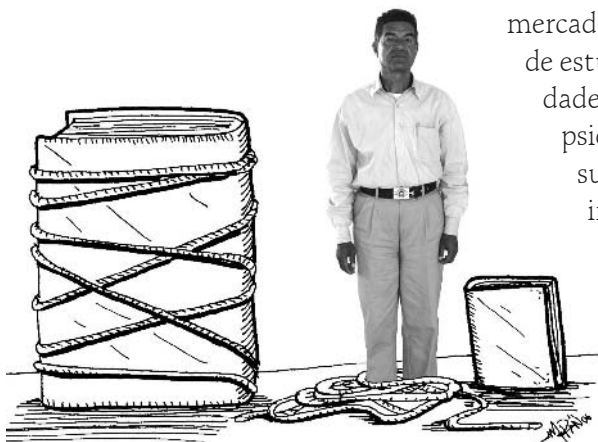
ahora no puedo salir con ninguna tarugada, hubiera querido seguir siendo anónimo.

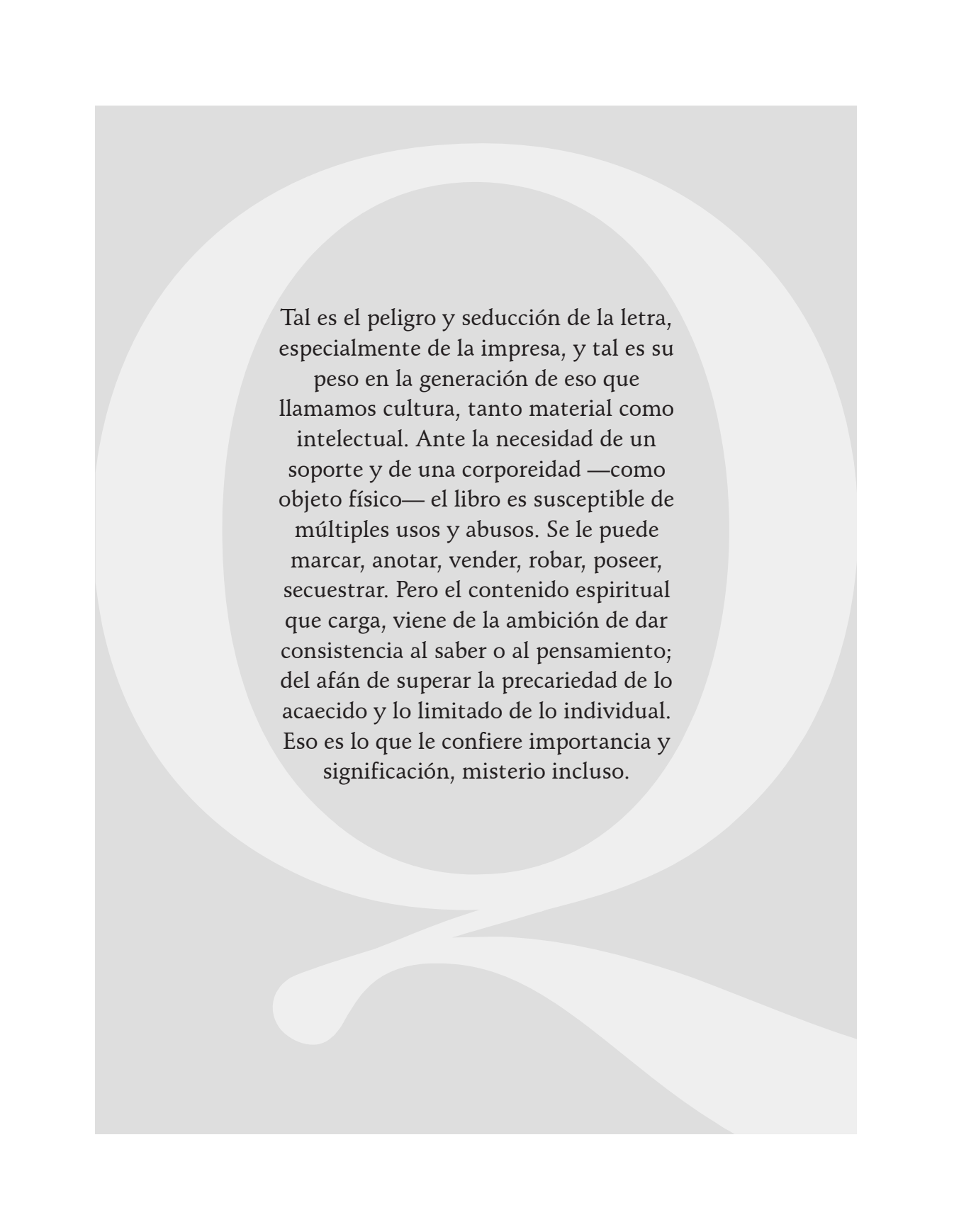
Para terminar, desde el lugar en que estás y la situación injusta en que te encuentras, ¿qué le dirías al medio editorial, a tus colegas?

Que hay un trabajo que todavía no se ha hecho en México. Estamos tocando fondo como empresarios y trabajadores de la cultura. Tenemos que ubicarnos, ante ese consumo tan escaso de cultura y del libro hay que plantear proyectos para que aumente la demanda de conocimiento y el nuestro llegue a ser un gran negocio.

También les diría que vengan y vivan la experiencia desde dentro, para que vean que hay que trabajar en esto. Hay un campo que no cubrimos, no sólo en libros de lectura o en fomentar el narcisismo de los autores, apoyemos el desarrollo del cuento, la novela, la poesía. Hay que quitarnos esa extravagancia que tanto utilizan las multinacionales de volver vedettes a los autores, porque ¿dónde queda el trabajo cultural y la novela? Nuestros centros de estudios superiores necesitan a los editores colaborando con ellos. Si los demás no participan en la coedición con estos centros, puedo llegar al monopolio del libro académico; necesitan participar más abaratando los costos. He

elaborado un manual que nos dará el mercado de consumo de cada género de estudio en las diferentes universidades. Si necesitamos un libro de psicología, sabremos quien lo consumirá y qué otro sector estará interesado. Por otro lado, hay que luchar porque se quiten los impuestos a los editores y por un proyecto de alfabetización nacional que conduzca a una mayor demanda de nuestros productos.





Tal es el peligro y seducción de la letra, especialmente de la impresa, y tal es su peso en la generación de eso que llamamos cultura, tanto material como intelectual. Ante la necesidad de un soporte y de una corporeidad —como objeto físico— el libro es susceptible de múltiples usos y abusos. Se le puede marcar, anotar, vender, robar, poseer, secuestrar. Pero el contenido espiritual que carga, viene de la ambición de dar consistencia al saber o al pensamiento; del afán de superar la precariedad de lo acaecido y lo limitado de lo individual. Eso es lo que le confiere importancia y significación, misterio incluso.

De cómo ser un editor independiente y no morir en el intento

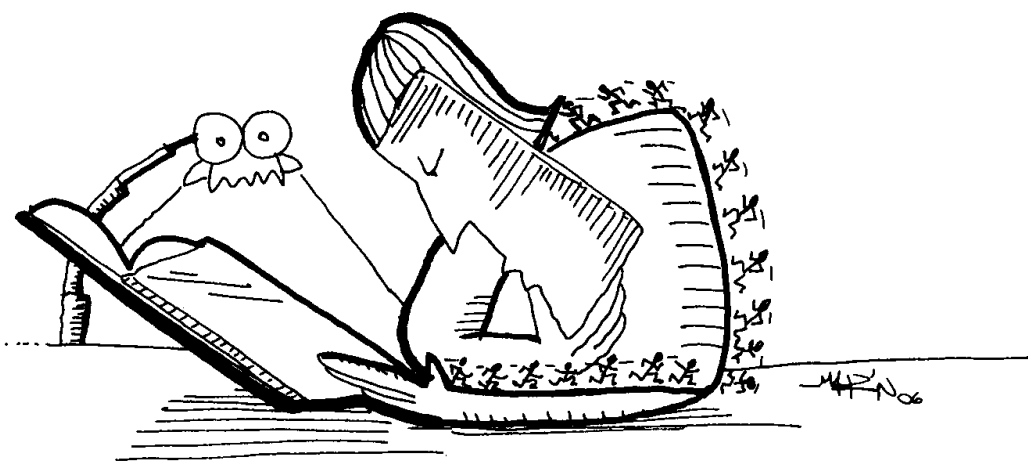
En principio, al adjetivo *independiente* hay que agregarle pequeño, sin recursos económicos, idealista, poco práctico, etc. Uno no elige ser en la vida editor independiente; al soñar, el niño no dice: cuando yo sea grande quiero ser editor independiente. Pero ahí está la paradoja, porque ya de grande, pese a los ruegos amorosos de la familia: “No, hijo, vas de cabeza a la indigencia”, el editor independiente —todavía en potencia— decide un día: Voy a ser editor. El “independiente” se lo van poniendo sus amigos o



*No hermano,
sin contrato,
que para eso somos
cuates.*

el autor —siempre hay uno— que, sin saber por qué, cree en él y le entrega su primer manuscrito junto con la mitad del costo de la edición, porque el primer libro se hace, casi siempre, sin un centavo por parte del editor. Así, hay que sumar confianza: “No, hermano, sin contrato, que para eso somos cuates”, buena voluntad, pasión, fe enorme en que ese primer autor se convertirá en la gloria nacional de la literatura, si no, qué chiste.

¿Y cómo se comienza a ser editor independiente? Ah, se descubre un sinfín de cosas: que hay que leer completito el texto, corregirle sus errores ortográficos, sintácticos; que haya coherencia, que tenga calidad literaria —en el caso de los que hacen libros de literatura, o sea todos los editores independientes, porque ¿cuándo ha oído usted hablar de un editor independiente de libros de texto o de libros de autoayuda?—; que esté bien redactado, que esté acorde con la “política editorial”. Oiga usted bien esto: la política editorial —suena impresionante, ¿no?— es aquel conjunto de “normas” que el editor independiente va creando en el camino y que está basada en lo que a él personalmente le gusta —no digo a “ellos”, porque cualquier editor independiente que se precie de serlo es solo en el mundo, hijo único, pues, sin socios—. Por ejemplo, si es muy mocho no admitirá textos que traten de sexo, erotismo y peladeces



por el estilo. Si su formación literaria se quedó en la primera década del siglo XX, querrá poesía rimadita, cuentos que ensalcen a la provincia y a las buenas costumbres, etc. En resumen: política editorial quiere decir, las más de las veces, conjunto de reglas morales, y los textos que no encajen en ese marco de normas corren el riesgo de ser tratados como textos políticos, donde ya no se califica o descalifica al texto por sí mismo, sino al autor, por sus ideas, costumbres, tendencias, etcétera.

Luego viene el asunto técnico: el programa que se usará, el tamaño del libro, el tipo de letra, aprender lo que es una página legal, una portadilla, un colofón, un ISBN, etc., etc. Y como el editor independiente sigue solo en el mundo, le tocará, muchas veces, teclear todo el texto. Sí, sí, letra por letra, palabra por palabra, porque el autor es un desconsiderado que no sabe que existen la computadora ni internet, o de pérdida los CD, y le da el texto escrito a mano o tecleado en una Olivetti manual, de las que admiten —todavía— seis copias al carbón.

Y ya que se diseñó la portada y el libro, que se tecleó, se paginó, se utilizó, pues, la última versión conocida de *page maker*, el editor independiente le entrega la primera prueba al autor, quien decide, porque para eso es el autor, cambiar párrafos completos: “Es que se me acaba de ocurrir que esto quedaría muy padre”. Se hacen los cambios, el autor los autoriza, y cuando ya se cree que el libro está listo para conocer el beso de la tinta impresa, el autor llama una noche, como a las tres de la madrugada —que para eso es cuate—: “Mira, en la página 75, en el renglón 14 del párrafo dos, quisiera poner en vez de *imbécil* la palabra *tarado*; ¿no hay problema, verdad?”

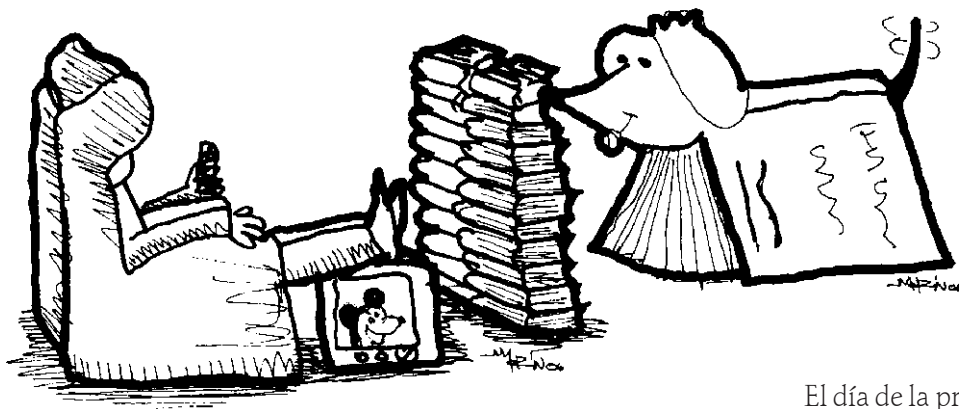
Ya hechos los últimos ajustes, el editor independiente comienza a buscar un impresor que sea honesto, que ame los libros, que casi casi coedite con él para abaratar costos; que además sea cumplido y bien hecho. Y como cartita de Navidad bien atendida, cree haberlo encontrado.

Y aquí comienza un proceso que suele causar, antes de que el libro vea la luz, gastritis, colitis e incontinencia,

Cuando el editor independiente está solo, le tocará desde teclear el texto, diseñar el libro hacer correcciones, buscar impresor, revisar pruebas, presentar el libro...

Hay autores que aún no saben que existe la computadora ni internet, o de pérdida los CD, y entregan el texto escrito a mano.

no solamente verbal. Entre “el lunes sin falta están las pruebas finas” y “fíjate que se me enfermó mi asistente”, el tiempo se acorta y se acerca la fecha en que se acordó la presentación del libro, para la cual ya se han corrido invitaciones y muchos telefonazos y correos. Por fin se van a buscar las pruebas, se revisa el libro y, oh, sorpresa, resulta que falta un acento en la portada, en el título del libro. Al editor independiente casi le da un infarto, pero el impresor tranquilamente le dice: “No te preocupes, volvemos a tirarlas” —no es eufemismo, porque en verdad hay que tirar a la basura mil portadas para volver a “tirar” las nuevas—.



El día de la presentación el impresor te llama y te dice que sólo estarán terminados cinco ejemplares. Y el editor independiente hace su presentación con cinco ejemplares mal armados, pide disculpas a todo el mundo, sobre todo al autor, que está francamente enojado.

Quince días después, y luego de trescientas llamadas y corajes, por fin llegan los mil ejemplares. El editor independiente comienza a pensar entonces en lo que hará con tantos libros. El autor le pide que distribuya su parte y alguien le dice que conoce a un distribuidor fabuloso, que solamente cobra el sesenta por ciento del precio al público del libro, pero que, eso sí, los distribuirá por todo el país. Se

hace el contrato, se entregan los libros al distribuidor y, a partir de ese momento, se vuelve ojo de hormiga. El autor, ya no sólo enojado, sino con visos de desconfianza, pregunta: “¿Cuándo voy a recuperar mi inversión? ¿No me estarás transando?” Año y medio después, y luego de hacer pasar a un amigo por abogado, el distribuidor le regresa los libros, evidentemente maltratados; además, falta como el veinte por ciento —“quién sabe dónde quedaron”—, pero con tal de que el asunto no sea pérdida total, el editor independiente los recibe como al hijo pródigo.

Entonces, henchido de buenos propósitos, el editor independiente le dice al autor: “Mira, ‘mi negocio’ es promover a los buenos escritores que nadie conoce, así que más te vale que dones tus libros y yo los míos para darte a conocer. Es probable que vendamos uno por cada nueve que regalemos”. El autor acepta a regañadientes, y el libro, ya un tanto viejo —han pasado dos años—, comienza a circular. Se envía a los críticos, a los reseñadores. Y ni una nota, ni un comentario en la prensa o en las revistas especializadas; todo el mundo ignora olímpicamente tanto al nuevo autor como al nuevo editor independiente.

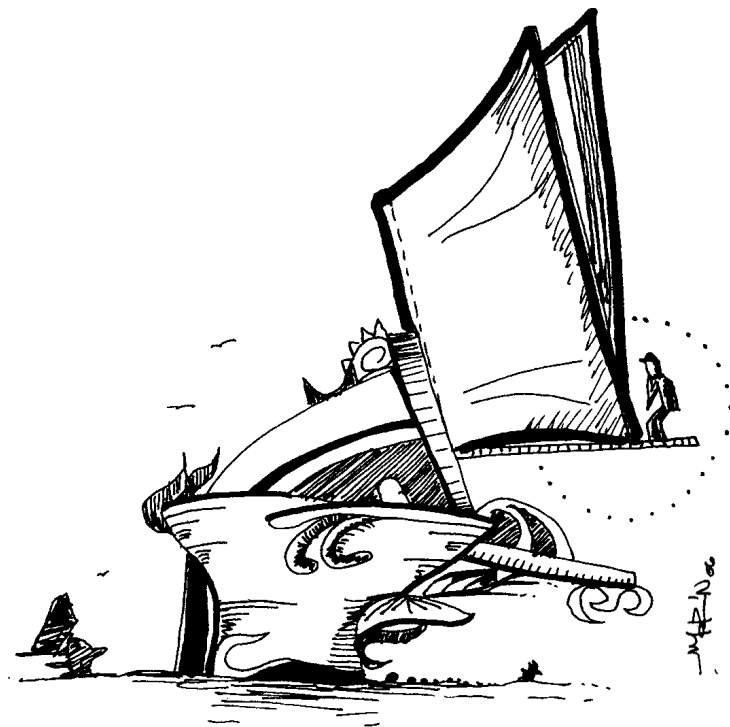
Pero déjeme decirle que a estas alturas el editor independiente ya lleva editados como cinco o seis títulos más, con iguales o similares características, porque en el fondo de cada editor independiente hay un corazón de santo, es decir, una tendencia natural a sufrir.

Aquí cabría una reflexión profunda sobre el costo de ser editor independiente, atenido a las propias fuerzas, a veces con nexos institucionales para sobrevivir sin comprometer la dignidad. Sin embargo, pese a los avatares, ser editor independiente, dicen, es una verdadera delicia, un placer malsano: ver el libro terminado, ver al autor hacer sus pinitos, sentir que la vida está otorgando razones para continuar y que el negocio, finalmente, nunca —o casi nunca— tendrá que ver con el asunto económico, sino con el estipendio de un orden misterioso que solamente los editores independientes entendemos.

Ser editor independiente, dicen, es una verdadera delicia, un placer malsano.

Luis Armenta Malpica
Editor

El juego que pocos jugamos



a Francisco Magaña

La poesía es un melodioso ajedrez
que jugamos con Dios en solitario.

Eugenio Montejo

La última religión que me queda es la edición de libros.
Una especie de prolongación de mi actividad creadora

en la que soy autor de muchos libros que, de otra forma, nunca podría escribir ni llevar a buen término. Y si Dios sólo existe mientras dura la oración, lo que hago con cada libro es poner otra pieza en el tablero de lo que llamo vida.

Como el lenguaje nos determina más que cualquiera de los sentidos, quiero leer esos poemas míos que no he escrito, que no estoy seguro de escribir algún día, pero que ya han partido de las manos de un viajero que cruza el mismo océano que mis barcos anteriores. Haya zarpado o no, cada libro añade a mi bitácora una manera de recorrer el mundo de las horas, los meses y los diez años que llevo de editor y de naviero. No es un naufragio constante la edición, sino un anclaje cada vez más profundo en otras, siempre reconocidas, aguas de la literatura.

La edición no es un naufragio constante, sino un anclaje cada vez más profundo en otras aguas de la literatura.

Empecé en la cubierta. Así empiezan los libros: hay un hueco que me permite ver (y no del todo) lo que oculta la voz de los que escriben. Una mirilla cómplice de lo que no sucede si no abrimos la página, si no embarcamos junto con nuestros ojos las manos, los enseres, los víveres de un viaje que apenas y comienza y nos marea, sacude y modifica hasta hacernos verter en otras páginas un poco de nosotros, del agua de nosotros, de la sal de la piel y que a cada tumbo del viento altera toda brújula.

De inmediato, saltada ya una página, el animal que soy: la mantis religiosa en posición de ataque. Verde espi-ga que se alza contra la intolerancia y la pereza, contra la mezquindad y la falta de credo en otras vidas. Muerte también cuando ama, pero una muerte dulce entre sus brazos. Nacida de un taller (no el blanco de Montejo) que se ha desmoronado en sus migajas, aunque con levadura para oponerse al pan que es ácimo o es duro (el que reina en la harina, pero deshace el agua).

Un editor jamás será una dama. Es el diablo del diablo.

Y de pronto el autor: el dios protagonista de Mantis editores, a quien siempre agradezco su confianza y el creer que un editor no es el diseñador de bellos libros ni el tenaz impresor de sus memorias, sino su contrincante: abogado del diablo de su ángel de la guarda. Quien desarma los libros para encontrar la pieza que le sobra, el naipe que des-

truye su castillo, el alfil que no ataca, el peón que se demora en convertirse en rey, la torre ya derruida, el caballo que niega al pura sangre. Un editor jamás será una dama, lo repito: es el diablo del diablo.

Y del autor, sus obras. Dice el poeta rumano Lucian Blaga que la raíz posee una apariencia demoniaca y el resto de la planta una visión más plácida porque la tensión



está justamente en la raíz. Yo busco a los autores por su lado raigal: apostamos en Mantis por la literatura menos complaciente y amistosa. Lejos de las capillas, del centralis-

mo, de la notoriedad de los aparadores. Cerca, muy cerca, sí, del altar donde se oficia el juego que muy pocos jugamos; donde las apuestas llegan hasta la vida, a la muerte, a quedarse uno solo repitiendo, brazada tras brazada, que lo único importante era lanzarse al viaje y no los grandes barcos, el rito de la botella rota de champaña ni las banderas que dan la bienvenida en los puertos de lujo. El viaje según dijo Cavafis.

De colofón puedo decir que nunca he estado solo: Luis Alfonso Higareda forjó en los costillares de su espíritu la madera inicial. Con Miguel García Ascencio y con Gabriel Martín proseguimos la ruta con más de ochenta velas en todas direcciones. Suben al barco Claudia Barreda Gaxiola y Ricardo Quijano. En el timón, Alejandro Silva Márquez dirige mis olvidos hacia puerto seguro. El, sí, una puerta amorosa y siempre abierta, el aliento de Dios que me hace renacer de las migajas y comenzar el juego contra ese mismo Dios que son los libros; ahora casi cien dioses que pueden convivir en el cielo más líquido del hombre que apenas si comienza la partida.

*Lo único importante
es lanzarse al viaje
y no los grandes barcos.*

Algunos lugares comunes de la industria editorial

A Fernando Valdés, con mi solidaridad



La relación de los libros con los lectores está, como todo, contaminada por una serie de lugares comunes que se instalan en el imaginario colectivo, y acaban por volverse verdades inamovibles, obstáculos para un buen funcionamiento de esa relación. Todo lugar común tiene sus razones para volverse tal, pero hay que estar siempre defendiéndose de su funcionamiento nocivo en el cuerpo de una industria cultural como es la editorial.

Los textos siguientes quieren contribuir a ello pensando de nuevo lo que ya nadie pone en duda y apunta algunas estrategias para volver más sana dicha relación.

El libro es caro

Se ha dicho siempre que los libros son muy caros y que eso incide notablemente en el mercado y provoca el bajo número de lectores. Una y otra vez oímos decir: los libros son muy caros. Al grado de que se ha vuelto un lugar común que ya ni siquiera trae consigo la menor reflexión sobre lo que significa, nadie cuestiona que esa persona que dice que el libro es muy caro no se inmuta al pagar en un restaurante una comida de 400 pesos, que bien le alcanzarían para varios libros. Los editores suelen explicar que no son caros, que se trata de un precio real y que, en otras épocas, sobre todo por razones tecnológicas, el libro fue más caro y se vendía más, tanto en términos netos como en relación con los potenciales lectores. Cuando señalan esto, muestran que si bien toman en serio el asunto del precio, no comprenden lo que significa el reclamo.

Hay que ir por partes: se dice que el libro es caro en buena medida porque se considera un instrumento esencial del progreso y de la divulgación de la cultura, y la inferencia directa —sobre todo en un país como el nuestro, tan dado a la demagogia— es que tiene que ser no sólo barato sino gratuito, como el libro de texto.

Todos conocemos la importancia de los programas de alfabetización; está en nuestra memoria, aunque no lo hayamos vivido, el efecto, benéfico sin duda, de los clásicos de Vasconcelos. También sabemos lo distinto que es el México actual del de la segunda década del siglo xx, que el libro es fruto de un trabajo (del escritor, del impresor, del editor, del distribuidor, del librero) y que sus productores tienen que vivir de él, de la misma manera que ocurre con otras mercancías (zapatos, camisas, el alimento ofrecido en un restaurante).

Nadie se extraña de que una fábrica, un taller o una empresa le dé a sus trabajadores un uniforme —aparentemente gratis, pero que acaba cobrando de otra manera— y que ese obrero o ejecutivo compre después una camisa que incluso puede ser muy cara. Esto es normal en una economía de mercado y también en las otras economías:

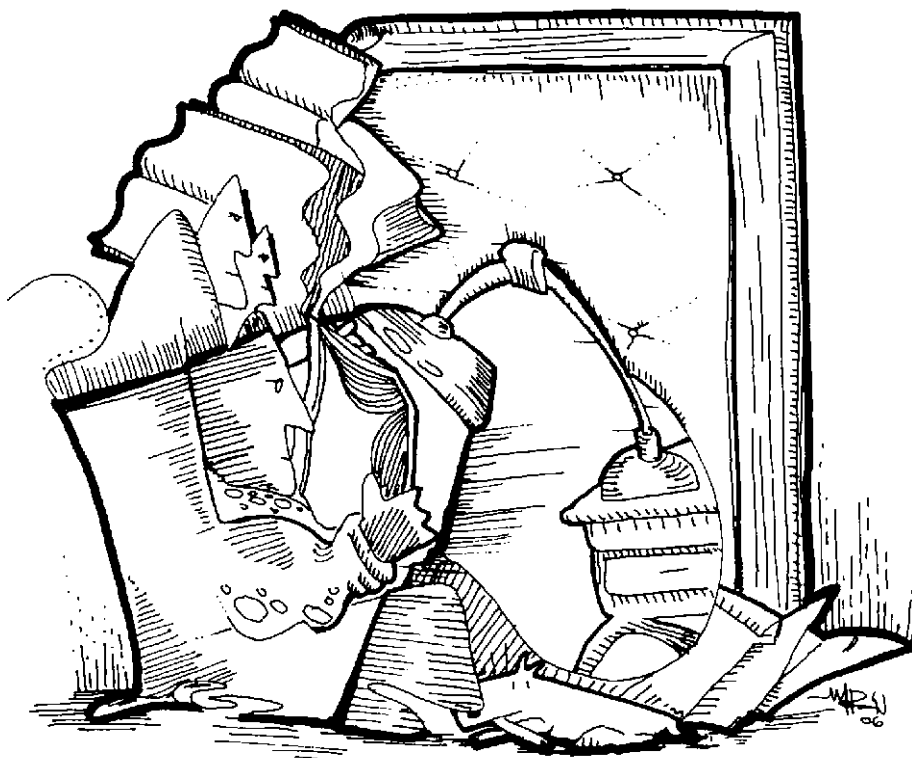
**Lugares
comunes sobre
el mercado
del libro**

*Sabemos que el libro
es fruto de un trabajo
colectivo y que sus
productores tienen
que vivir de él.*

los obreros cubanos vendían a su madre por una camisa de marca. El libro, sin embargo, no entra en esa normalidad: pertenece a una canasta básica espiritual.

Los distintos eslabones de la cadena productiva del libro han tomado en serio el asunto: se desarrollan tecnologías para abaratar los costos, se diseñan estrategias de comercialización y economías en escala, se desata incluso una lucha entre los distintos sectores —los libreros sobre todo— que incluye una política de descuentos, muy efectiva hace 30 años y totalmente nociva actualmente, que termina por volver la novedad saldo instantáneo, todo en nombre de un abaratamiento del producto ante el comprador. Consecuencia: disminuye la calidad del objeto, pero no aumenta el número de lectores.

Lo peor entre lo muy malo de este asunto es que el lector adquiere actitudes que se alojan en su imaginario y



lo vuelven cómplice de aquello que lo perjudica —el alto precio del libro, sí, pero también del decreciente número de compradores y la pérdida cultural que conlleva—. Lo vemos, por ejemplo, en las ferias de saldos, donde los libros se venden a peso, en los remates, ocupando la mayoría de la superficie de exhibición de las grandes librerías (Ghandi, Sótano) y en la proliferación de librerías de usado. Las ventas nocturnas del Fondo de Cultura Económica son, sin duda, un éxito económico y la gente que circula en esa fecha es literalmente abrumadora. Se hacen colas de dos horas para comprar un paquete de libros, por la pura razón de que están en oferta, con descuentos de 10, 20, 30% o más. La idea que queda en el lector es: el libro es caro, hay que esperar los saldos para comprarlo.

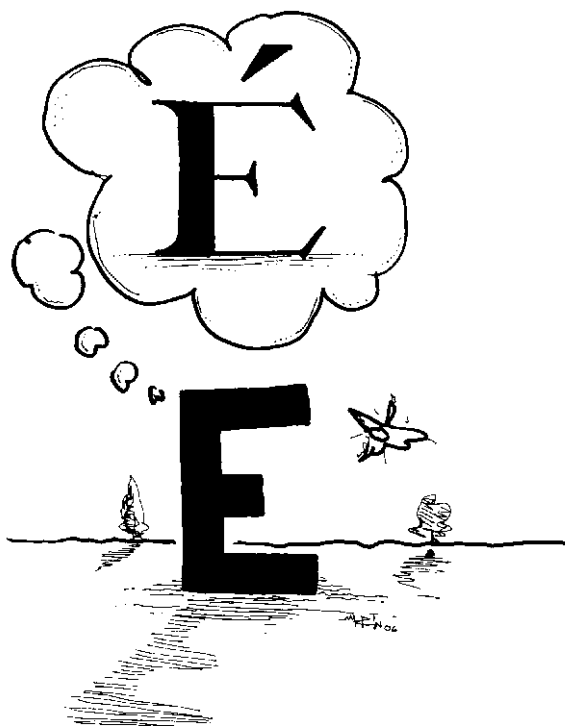
Hay que volver entonces al principio: el libro es caro. ¿Realmente es cierto? Soy de los que piensan que no. Repetir y aceptar esto como un hecho inamovible, sin embargo, termina por volverlo cierto, al grado de que lectores que no miraban la etiqueta si les interesaba el título, hoy no sólo la miran sino que dejan de comprarlo. De tanto repetirlo el lugar común se vuelve verdad y, conforme pasa el tiempo, cuesta mucho desmontarlo.

Muchos compradores de libros lo hacen por internet, sin importarles el precio de los envíos —ése sí carísimo— y el tiempo que toma. A otros no les importa pagar altos precios en librerías por títulos que les interesan mucho, pero por numerosos que sean este tipo de compradores, siempre serán minoritarios frente a lo que llamamos “lector masivo”. Y es a la conquista de este último a la que se han enfocado las baterías de los editores, distribuidores y libreros. Y esa estrategia está totalmente equivocada. No sólo unifica peligrosamente el gusto, sino que deja el mercado expuesto a cualquier contingencia —una decepción, un cambio en el comportamiento masivo; muchos lectores de un solo libro es precisamente, contra lo que se cree, un mal negocio.

No se ha apostado, en cambio, por una seducción de los lectores minoritarios, más complicada a corto plazo (pero no más costosa), y sí más redituable a mediano y lar-

*De tanto repetirlo,
un lugar común acaba
volviéndose verdad y,
conforme pasa el tiempo,
cuesta mucho desmontarlo.*

*Editores, distribuidores y
libreros se han enfocado
a conquistar al “lector
masivo”, y esa estrategia
está equivocada.*



En el terreno del libro, la estrategia de atracción hacia lo minoritario trae un cambio de orientación en el consumo.

go plazos. En especial se debería apostar por un lector no vinculado a ninguna obligación: sea académica, escolar o laboral, es decir, un lector por elección, y así se regularía el precio y no se volvería un problema. Pongo el ejemplo de libros españoles que llegan a México con un precio prohibitivo (digamos: *Escrito a lápiz*, Robert Walser, El Acantilado, 600 pp., casi mil pesos). Desde luego, la extensión es un factor del precio, así como el bajo tiraje y los pocos ejemplares que se importan, y los tres confluyen en este ejemplo.

Ahora que los defensores del libre mercado señalan que hay que copiar estrategias de otras mercancías y aplicarlas al libro, una de las posibilidades sería volver atractivo lo minoritario, algo como “Soy un lujo, pero lo valgo”, tomado de los cosméticos (lo mismo que intentaba aquella fajilla de Ediciones Monte Carmelo que indicaba: “Este libro lleva tres ejemplares vendidos”). Lo interesante es que,

en el terreno del libro, la estrategia de atracción hacia lo minoritario trae un cambio de orientación en el consumo: quien utiliza un perfume no utiliza otro, mientras que quien lee un libro suele leer más. El mismo lenguaje nos da una pista de lo que ocurre: el perfume se usa, el libro no (al menos no de la misma manera). Un libro leído lo puede volver a leer la misma persona u otra; un perfume sobre la piel se gasta, se acaba, se evapora.

Un libro leído lo puede volver a leer la misma persona u otras.

No deja de ser curioso que el libro, según dicen, sea alimento para el espíritu, porque es radicalmente físico; incluso cuando se trata de un libro electrónico, el objeto está obsesivamente presente. Y eso contribuye a su precio: lo material es costoso, incluso esa condición irradia más allá de su precio de venta. Por ejemplo, el espacio que ocupa una biblioteca personal o familiar puede volverse oneroso en una ciudad como México, donde el costo inmobiliario está en perpetuo ascenso, por lo que plantearse el problema del precio frente al lector obliga a un ejercicio de imaginación no tanto mercadotécnica (aunque también) sino de relación con aquél.

Uno de los extremos a los que la idea de que el libro es caro ha llevado es a rematarlo: se compran saldos en España que se venden a precios que no cubren siquiera el costo del papel —el ejemplo de los clásicos Castalia—. ¿Quién se puede oponer a que una edición de *El Quijote* esté a 20 pesos, es decir al alcance del preparatoriano al que le exigen leer la obra? Nadie, sobre todo si queda claro que el lector que lea la obra de Cervantes por placer y ganas, escogerá una edición que le guste (y que esperamos no sea la de Castalia) sin fijarse tanto en el precio. Pero esto no queda claro: muchos compradores compran por precio. “¿Y que libro compraste?”, les pregunta alguien. “No sé”, pero estaba a cinco pesos —contesta con una sonrisa de orgullo—. ¿Cómo explicarle que es una tontería?

El lector que lea la obra de Cervantes por placer y ganas, escogerá una edición que le guste sin fijarse en el precio.

Y el asunto se agrava si se trata de autores nuevos, que no están en ningún programa docente ni los maestros están interesados en leerlos. Para ellos no hay clásicos Castalia, sino editores que arriesguen su dinero apostando por

Los libreros, en lugar de esperar a que ocurra el suicidio de los editores, deciden matarlos antes.

la formación de un gusto. Nadie obliga a leerlos y sus libros cuestan alrededor de 200 pesos. Apostar por ese público atento a la literatura actual, dicen los libreros, es un suicidio económico que no están dispuestos a compartir con los editores, y en lugar de que se esperen a que ocurra el anunciado suicidio, deciden matarlos antes al no exhibir su producción en las librerías. Y un editor suicida también resulta muy caro para la cultura.

El dinero invertido en un libro tiene muchas maneras de ser considerado. El primero, al menos en México, es que se trata de una inversión en la formación de uno mismo o de los hijos. Es cierto e importante, pero valdría la pena reforzar que también se trata de una inversión en el placer no sólo personal sino compatible, como el cine o el teatro; que el libro ya comprado puede ser leído por muchas personas, prestado y regalado, además de acumulado en la biblioteca personal. Se puede volver a él de muchas maneras y crea —en el lector y en el tejido social— un estado mental mucho más alerta que la televisión.

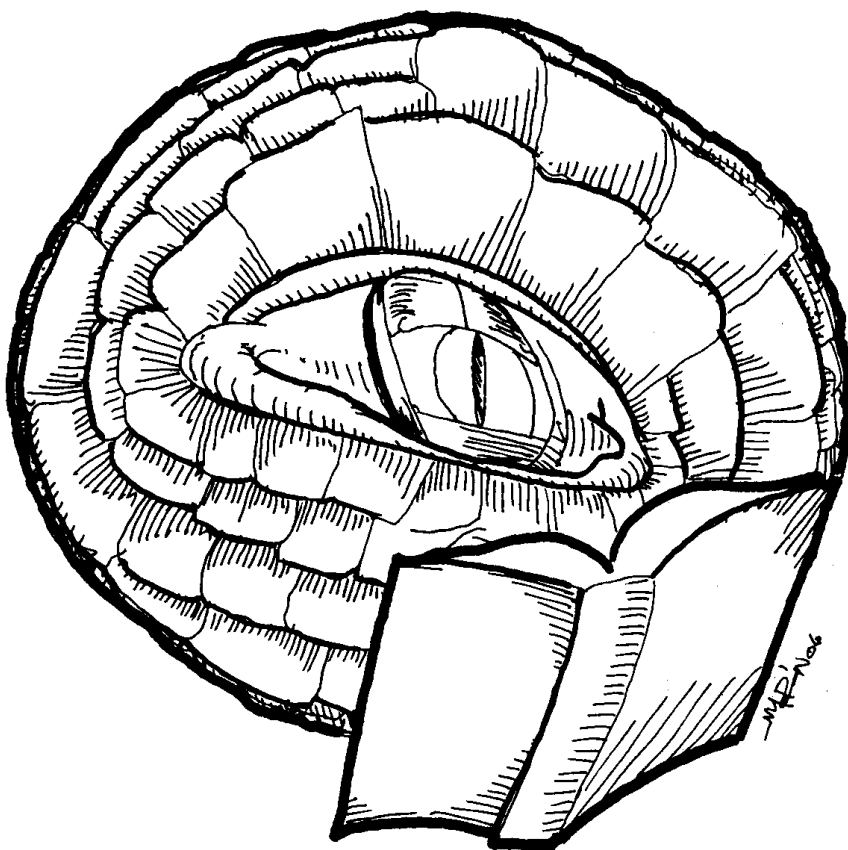
Hacer un libro muy caro es tan nocivo como darlo a precio de remate.

El asunto, entonces, sería cambiar esa relación con el precio del libro como objeto para que mantenga su estatus de alimento espiritual, y hacer ver a los actores que ponen en contacto al libro con el lector lo erróneo de su estrategia actual. Hacer un libro muy caro es tan nocivo como darlo a precio de remate; hay que situarlo en un mercado como lo que es, un producto que tiene un precio, tal como ocurre con otros bienes culturales, como el teatro, el cine, los conciertos (donde se cobra entrada y nada barata), o los discos y videos. Hay que hacer entender al lector que esperar que el libro sea regalado provoca que, como suele suceder con los regalos, se nos den cosas que no necesitamos ni nos interesen, y que defender nuestra capacidad de elección tiene un costo.

Se publican demasiados libros

En las reflexiones sobre la situación actual de la industria editorial en México se suele decir que hay una sobreoferta

de títulos, lo que hace más difícil la elección del lector, que termina por no elegir nada, deja de leer. Aunque todo lugar común tiene razones para volverse común, también suele enmascarar una realidad distinta, menos común, de la que nombra. Y esto ocurre con la supuesta sobreoferta. Hay especialistas —Nudelman, por ejemplo— que se han ocupado de dar cifras duras, aquí tomaremos los datos a grandes trazos para explicar un poco lo que ocurre.



Se dice que hay alrededor de 30 000 títulos nuevos producidos en España anualmente y unos 8 000 en México (habría que tener presente que, entre los otros países latinoamericanos, debe haber unos 10 000, pero no los tomaremos en cuenta porque, en general, no llegan a librerías

*Lo que provoca
la saturación no es la
diversidad de la oferta,
sino la uniformidad.*

*La posibilidad de
ganancia estriba en
que, además del libro
multipublicitado,
se lleven otros
en la visita al lugar.*

nacionales). En efecto, es una cifra enorme, que da más de cien títulos diarios. Ninguna librería se daría abasto para su exhibición y venta. Y si, además, se toma en cuenta el proceso de acumulación de otros años, menos aún. Pero ¿cuántos de estos títulos —si quitamos libros didácticos y de autoayuda— quedarían realmente? Y si lo reducimos a libros literarios —novela, cuento, poesía, ensayo—, ¿cuántos serían? No creo que pasen de 2 000, un poco menos de 10%. Es decir, unas cinco novedades diarias. Obviamente ya no se trata de una cifra tan estratosférica.

Una vuelta por las principales librerías mexicanas permite comprobar que lo que ofrecen a sus lectores es mucho menos que esa cantidad y que, en la mayoría, se exhibe lo mismo. Así, lo que provoca la saturación no es la diversidad de la oferta, sino todo lo contrario, la uniformidad. No hay un trabajo diferenciado sobre los públicos lectores ya formados ni sobre los potenciales, simplemente se aplica la misma receta en todos los puntos de exhibición sin que se tomen en cuenta sus intereses. La más reciente novela de Vargas Llosa está por igual en las pequeñas, medianas y grandes librerías y en las grandes superficies. En principio esto no parece un problema: tiene un público lo suficientemente amplio como para que se venda, y bien, en todos los lugares.

El problema son los libros que lo rodean. La posibilidad de ganancia para el vendedor no estriba sólo en que le compren dicho libro, ampliamente publicitado y comentado, sino en que se lleven otro u otros que se antojen en la visita al lugar. Es probable que un alto porcentaje llegue por ese libro, lo pida y se lo lleve sin mirar los otros, pero ese sector minoritario que mira lo que hay alrededor es el importante (otro del mismo autor aunque no sea novedad, de la misma editorial, de la misma línea estética o simplemente uno que le llama la atención, que se le “antoja”, según el decir popular). Y eso es lo que no se trabaja, simplemente se deja a la inercia de los vendedores, que no suelen salirse del esquema, o de los distribuidores, que hacen lo mismo. Así, las mesas de novedades de las librerías del FCE, Ghandi,

Educal o Sótano son idénticas entre sí y se parecen preocupantemente a los exhibidores de Sanborn's.

El problema nuevamente es que no hay espacio para la diversidad minoritaria, ya que —para agravar el problema— las librerías independientes están desapareciendo, y las pocas que quedan quieren parecerse a las ya mencionadas. Esto provoca que las editoriales pequeñas no tengan espacio de exhibición ante el lector, cuando son las que más dependen de ese punto de venta, al no contar con presupuesto publicitario ni grandes lanzamientos de novedades. Esto, que las daña, resulta todavía peor para las librerías, que pierden identidad y lectores a pasos acelerados.

Una señal de lo que ocurre es la ausencia de librerías especializadas. Las hay, varias, muchas, de libros esotéricos a lo largo del país, pero en la ciudad de México no hay una sola de poesía o de teatro. De cine, sólo la de la Cineteca Nacional, con una oferta muy escasa. En cambio hay algunas de arquitectura y fotografía bien atendidas y con buen servicio a clientes. En dirección contraria, crecen las cadenas libreras que imponen un manejo del mercado: algunas privadas, como Librerías de Cristal, Dante y Gombill; otras estatales, como Educal, o universitarias, como las librerías de la UNAM.

La economía a escala abarata costos —es su gran virtud—, no es lo mismo pedir 10 ejemplares al distribuidor que pedirle 300, pero esto provocó la tentación de doblarle las manos al editor para imponerle condiciones aún más leoninas que las usuales; la consecuencia lógica fue la unificación de la oferta. La poca efectividad de esta situación es la enorme cantidad de ventas perdidas —alguien que llega a buscar un libro y no lo encuentra— en el mercado librero. Por eso no se ha encontrado el sano equilibrio entre las grandes librerías, concentradas en el corredor de Miguel Ángel de Quevedo, las medianas, dedicadas en general al libro escolar, y las pequeñas, en vías de desaparición. La situación actual indicaría que son estas últimas las que deberían permitir un crecimiento a la industria editorial y, sin embargo...

Las librerías independientes están desapareciendo, y las pocas que quedan quieren parecerse a las grandes cadenas.

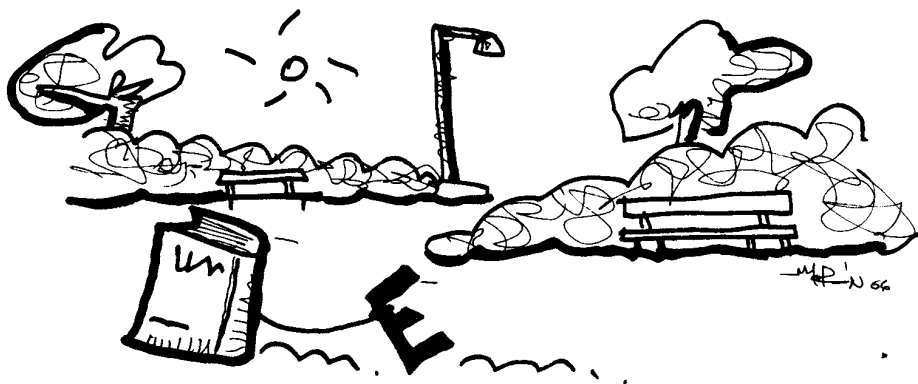
Hay que encontrar el sano equilibrio entre las grandes, medianas y pequeñas librerías.

Después viene el problema de la rotación de material. Un asiduo visitante de librerías se da cuenta de que es otro problema ficticio. Se dice, con lógica angustia, que un libro dura, si bien le va, dos semanas en la mesa de novedades (y eso si consigue llegar a ella). El mecanismo del boca a boca, esencial en la divulgación de un libro, toma mucho más tiempo y requiere de una paciencia que los libreros no están dispuestos a tener.

La receta de las compras en firme y con grandes descuentos que representan ganancias mayores en porcentaje, ya no funciona.

Pilas de libros de editoriales españolas, en cambio, acumulan polvo en sus mesas de exhibición sin que nadie los compre y que en pocas ocasiones “prenden” en el boca a boca, ya que suele empezar por los amigos del escritor. La razón es muy simple: esos fondos suelen ser comprados en firme y con grandes descuentos, por lo que representan dinero de la librería (no del editor) y ganancias mayores en porcentaje. La receta ya no funciona.

Hace un par de meses se anunció el cierre de las librerías Castillo en Monterrey: fue la crónica de una muerte anunciada. Todas las estrategias que intentaron fallaron: mal escogido el lugar de ubicación (además de caro), importaciones a manos llenas de saldos, descuentos criminales para desplazar a los competidores, mala elección de la oferta al público, absoluta marginación de los pequeños



editores, todo un coctel que dio al traste con un proyecto importante y necesario.

En general, todas las librerías carecen de algo absolutamente necesario: una estrategia de servicios. Uno llega a la librería y busca un libro de reciente aparición, no lo encuentra, pregunta por él, si tienen sistema de cómputo lo buscan (la otra es que haya un librero bueno que sepa dónde están los libros). El inventario electrónico dice que hay tres. El cliente pide uno, lo buscan y no lo encuentran. Ocurre innumerables veces y puede ser por desorden —no saben cómo lo clasificaron— o también (y no es raro) porque se lo robaron. Lo malo es que esos tres ejemplares virtuales e inexistentes quedarán para siempre en el sistema hasta que el editor pida un corte. Es decir, nunca se pedirá una reposición, pero si uno solicita que lo consigan para regresar por él después, sólo recibirá largas.

La vieja receta de las librerías de mostrador era en esto excelente: casi nunca perdían una venta y, en caso de no tenerlo, ofrecían el servicio de conseguir el título. Las librerías de mesa y exhibición tienen la ventaja de que invitan a descubrir, ofrecen al azar la posibilidad de conectar un determinado tipo de lector con un libro, pero tienen que estar cobijados por una oferta de servicios al comprador potencial. Así, la política del “compre lo que hay, y si no, ni modo” es altamente perjudicial y se cobija bajo la coartada de la sobreoferta. Una pequeña librería, con buenos servicios e inteligente rotación de material, cubriría de sobra y sin problema una oferta de cinco novedades diarias, a la vez que ofrece un fondo con personalidad.

¿Por qué se dice, entonces, que hay sobreoferta? Nadie quiere hacer el trabajo de selección del material que exhiben desde la perspectiva del texto y no desde el precio. Un librero que no recibiera la novedad de Vargas Llosa porque se vende demasiado nos sonaría a loco, pero algo de razón tendría: quiere compradores constantes y no de ocasión —Vargas Llosa publica un nuevo libro cada dos o tres años—, que regresen y que dialoguen con el lugar. Se ha dicho una

En general las librerías carecen de algo absolutamente necesario: una estrategia de servicios.

La política del “compre lo que hay, y si no, ni modo” es altamente perjudicial y se cobija bajo la coartada de la sobreoferta.

*Lo confuso de la oferta
la hace aparecer como
sobreoferta.*

y otra vez que el gran éxito de Ghandi en sus inicios no fue la política de saldos, sino la posibilidad de un lugar de reunión: la cafetería.

Se dice que se publica mucha poesía, mucha más de la que es posible vender, pero la verdad es que no deben llegar a 500 los nuevos títulos en un año, pongamos que dos diarios. Una librería de ocho por seis metros (48 m²) exhibiría perfectamente las novedades de cinco años y, además, tendría existencias para venta de unos 10 000 títulos. Si los lectores estuvieran seguros de encontrar lo que buscan, la volverían rentable.

Lo confuso de la oferta la hace aparecer como sobreoferta. Los propios editores han interiorizado esto al señalar que no publican más de tres o cuatro novelas por mes y dosifican la aparición de sus novedades según los géneros, sin planear temporadas —los españoles sí lo hacen—, porque consideran sus fluctuaciones mínimas como para ser explotadas (noviembre y diciembre como los “únicos” buenos meses).

*La ecuación de que
alguien es un mal
escritor porque no se
vende, implica una
mirada sobre el mundo.*

La idea de que el mercado librero no funciona porque hay una sobreoferta va de la mano de aquella otra de que se publican demasiadas cosas, y lleva implícito un juicio: demasiadas cosas malas. En principio esa condición —malas— se refiere a que no se venden, pero con forzar un poco el asunto se vuelve un juicio de valor literario, y eso sí es extremadamente peligroso. La ecuación de que es un mal escritor porque no se vende implica, desde luego, una mirada sobre el mundo, la misma que sumerge a muchos países en la miseria y en la dependencia.

Hay otra manera de abordar el asunto. Si se piensa que la abundancia de publicaciones impide al lector orientarse, la librería debería cumplir parte de esa función ordenando su oferta en función de sus lectores en vez de limitarla. No deja de ser curioso, aunque también explicable, que a la diversificación editorial que han traído las pequeñas editoriales en las últimas dos décadas no haya correspondido una diversificación similar en el terreno de las librerías.

La poesía no se vende

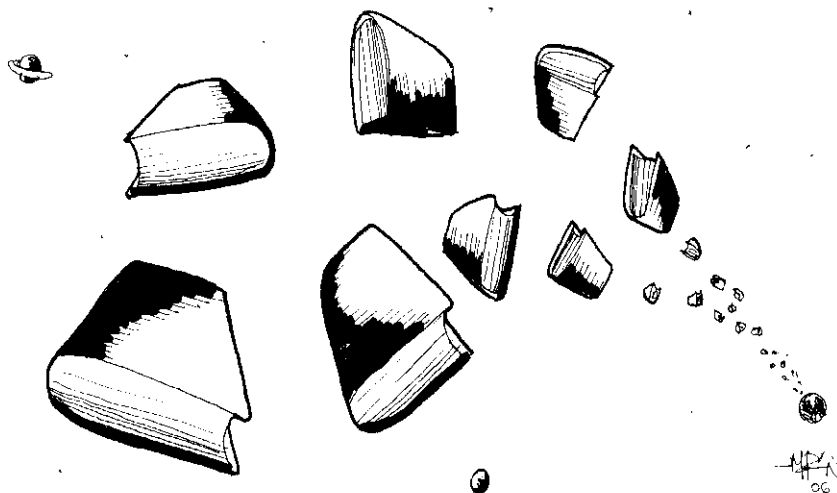
Hace algunos años, en medio de la discusión sobre la viabilidad comercial de este género, se dieron a conocer las cifras de ventas de poetas como Pablo Neruda, Federico García Lorca, César Vallejo y Miguel Hernández, y le dejaron el ojo cuadrado a más de uno. En cuanto se las miraba bien, no eran tan sorprendentes, primero porque su tamaño no era tan impresionante si se las comparaba con las ventas de *Cien años de soledad*, por ejemplo, y segundo porque resultaba evidente que estaban ligadas a un fenómeno ideológico más que a uno estético. El asunto es que los libreros (y también muchos editores) repiten como loros que la poesía no se vende. En una ocasión, la librería Pegaso lanzó la promoción de entregar vales por 10% de la compra canjeables exclusivamente por libros de poesía. Los empleados encontraban tirados por todos lados —como basura— dichos vales, sin canjear. Juan Villoro resumió en una ingeniosa frase lo que sucedía: la poesía no se vende aunque la regalen.

¿Qué hay detrás del lugar común? Son muchas las posibles respuestas, y una de ellas, muy tentadora, es que el género tiene una condición inherente que se sustrae a la manipulación económica y mercadotécnica, de manera que no se vende, en un plano comercial, pero también en uno más profundo: se niega a ser mercancía, su sentido está más allá del dinero. Pero —dicen los editores del género con cierta angustia— el papel, los negativos y la impresión cuestan igual que en cualquier otro tipo de libro y hay que recuperar la inversión. Lo primero que hay que hacer es repensar el asunto: ¿la poesía no se vende? Nunca, históricamente, ha sido un género redituable, pero hay ocasiones en que ha sido popular, y su presencia —piénsese en Amado Nervo o en Jaime Sabines entre nosotros— ha permeado el imaginario colectivo.

Una de las primeras cosas que llama la atención es que los libros de poesía suelen ser los más difíciles de encontrar. Por una noticia en el periódico, por un correo electrónico o por un comentario de un amigo, el potencial lector

Los libreros, y también muchos editores, repiten como loros que la poesía no se vende.

El papel, los negativos y la impresión cuestan lo mismo que en cualquier otro tipo de libro.



*Si la poesía no se vende,
¿cómo se agotan los
ejemplares?*

se entera de que se editó en tal y cual lugar determinando título que le interesa. Va a una librería y lo pide: no está; busca por internet, llega incluso a encontrar referencias a la publicación, pero no un sitio que lo venda; consigue la dirección del autor, le escribe pidiéndole el libro (pagando, desde luego), pero el autor contesta que, de ningún modo, que se lo regala, y dedicado, pero el libro nunca llega. Pasados un par de años, y si el interés no ha desaparecido, se encuentra con la noticia de que dicho libro ¡está agotado! Por supuesto, no lo van a reeditar. ¿Qué ocurre entonces? ¿Quién “agotó” los ejemplares?

Si la poesía no se vende, ¿cómo se agota? El autor y el editor suelen regalar libros, pero no todo el tiraje. En los saldos son menos frecuentes de lo que parecería los libros de este género, y en las librerías de usado la sección lírica es la más reducida. Con el tiempo vemos al poeta fotocopiar su ajado único ejemplar para completar currículos, solicitudes de beca y cosas parecidas. ¿Acaso se los roban? Esta conclusión no es siquiera posible, porque los libreros no los exhiben. Son muchos los que con sólo oír la palabra “poe-

ma” montan en cólera y echan con cajas destempladas al que llega a ofrecer el libro. ¿Cómo saben que no se venden, si no los exhiben? Algunos, con más viveza que inteligencia, dicen que es una “experiencia histórica”. Tampoco es verdad, porque nunca ha habido una verdadera exhibición de poesía en las librerías comerciales, y no pienso en las Librerías de Cristal, sino en El Péndulo, por ejemplo.

*Lo que el librero llama
“no vender” es, en
realidad, una venta
lenta y a largo plazo.*

Una consulta informal y una prueba de campo mostraron que, después de los libros de carácter didáctico, la poesía —por encima de los de autoayuda y, desde luego, la novela— es el género por el que se hacen más consultas y no se venden porque no hay ejemplares. El librero, sin embargo, tiene algo de razón —ningún lugar común es totalmente inventado—. Lo que él llama no vender es, en realidad, que se vende lento y a largo plazo, en contra de todos los condicionantes psicológicos, desde aquel que considera que “como el poeta desnuda su alma ante mí”, o porque “soy un primo lejano o un amigo de la primaria”, me lo tiene que regalar y —en caso extremo— pagar para que lo lean, hasta aquel que considera la poesía cosa de *jotos* (todavía demasiado frecuente).

En cambio, suele ocurrir que con el tiempo los libros de poesía en primera edición alcancen altos precios entre los coleccionistas, y más si están firmados. También sucede que a los lectores de determinado autor les gusta tener varias ediciones de un mismo título, más allá de que pueda estar incluido en las obras reunidas o completas. Son los poetas, cuando se vuelven famosos, los más estudiados por la academia y los más solicitados en lecturas públicas. Todo este manojito de contradicciones dentro del mercado no matiza en nada una situación real: las librerías no miran con simpatía al género.

*Pocos lectores hay tan
fieles como los de poesía.*

Es no sólo una lástima, sino también un grave error que esto ocurra: pocos lectores-compradores hay tan fieles como los de poesía; el interés lector del adolescente suele nacer y persistir gracias a la lírica. No sólo se trata de un espacio para la originalidad (menos frecuente de lo que se cree), sino sobre todo de un espacio de reconocimiento

*La poesía está cargada
de una responsabilidad
que la vuelve
refractaria al lector.*

*¿Cuántas grandes
editoriales publican
actualmente poesía?*

colectivo (es decir, lo contrario de la originalidad), mediante el cual se crean tanto estereotipos como arquetipos de la sensibilidad social. Por eso las librerías suelen colocar un rincón para la poesía en sus locales, aunque las más de las veces para cultivar polvo y servir de escenografía.

El comportamiento de las librerías ante la poesía echa raíces también en un grave problema de dos rostros: el progresivo distanciamiento que la lírica moderna tiene respecto de la experiencia y la obligación (no la necesidad, que sería distinto) de ser densa e importante. Un mal poeta es considerado un atentado contra el espíritu, mientras que nadie se escandaliza de los malos novelistas —que hay bastantes—, e incluso sin que esto impida que, más allá de ser malos, sean perfectamente legibles e interesantes, y que incluso se vendan bastante bien. La poesía está cargada de una responsabilidad que, independientemente de si le corresponde la carga, la vuelve refractaria al lector. El colmo es la frase de un poeta mamón que señalaba ya no leer a escritores posteriores a 1900 para que así lo que leyera estuviera legitimado por el tiempo. No entendía ni el placer de la lectura ni la vocación de la poesía.

¿Cómo hacer para que el lector vuelva a leer poesía? Para empezar, poniéndola a su alcance mediante las librerías, y a partir de allí limpiarla poco a poco de los prejuicios de los que se la ha rodeado. No es un camino fácil, pues el primer prejuicio está en los editores. Pongo un ejemplo: la editorial Planeta, en su sello Joaquín Mortiz, mantiene la colección Las dos orillas para publicar anualmente un título: el ganador del Premio de poesía Aguascalientes (el más importante en el país para obra inédita), financiado por el CNCA y tibiamente distribuido, cuando antiguamente —hace 25 años— publicaban tres o cuatro por año y hasta con éxito de ventas. ¿Cuántas grandes editoriales publican poesía? Plaza y Janés se animó hace tres años con la poesía reunida de Juan Bañuelos, pero no continuó con el asunto. ¿Les fue mal? Esta situación ha desplazado el género, lógicamente, a editoriales pequeñas —Trilce, Colibrí, El Tucán de Virginia,

Verdehalago, Ediciones Sin Nombre, Ácronos—, pero éstas no acceden a las librerías de manera fluida.

Las librerías son un pésimo negocio

¿Realmente son tan mal negocio? Todo parece indicar que sí y por eso cierran y cierran. La mayoría de ellos son pequeños locales, iniciativas personales de promotores culturales desempleados que se alimentan de las editoriales que buenamente ofrecen sus libros a consignación, a las que les jinetean inevitablemente sus pocas ventas y para acabar declarándose insolventes, llevándose entre las patas no sólo sus ilusiones, sino también el mínimo negocio que pudieron hacer con quien confió en ellos. Y sobreviven las cadenas, Cristal, Sótano y Péndulo en el D. F.; Ghandi nacionalmente; Dante en el sur del país, Gonbill en el norte, todas ellas de iniciativa privada, y algunas del Estado, como Educal y Fondo de Cultura. Sintomáticamente sólo estas últimas tienen un índice de crecimiento en los últimos años (numérico, de locales).

Y es que en contra de las librerías conspira todo, desde el alto costo de los locales hasta los laberintos fiscales propios del libro y que en ellas se acentúan —sobre todo por el problema del IVA—, pasando por otros, derivados de la aceptación en nuestro imaginario de ciertos contrasentidos, como que el robo de libros no es robo.

Uno de los problemas graves es la carencia que hay de programas de manejo contable con flexibilidad suficiente para mercancía tan heterodoxa, otro es la aceptación sin ningún cuestionamiento de que el sistema que beneficia es la consigna, enturbiado —además— por la lucha de descuentos tan perjudicial para todos.

El estado actual del mundo librero tiene mucho que ver con la cantidad de errores que se han cometido en las últimas tres décadas, entre los cuales las políticas de saldos son de los más graves, pero también la excesiva dependencia de las ventas escolares y de las docentes, y de la literatura infantil (que trataremos en otra parte). Se tensaron tanto las cosas entre editores y libreros que algunos deci-

En contra de las librerías conspira todo: alto costo de locales, laberintos fiscales y hasta robo de libros.

La política de saldos es uno de los errores más graves cometidos por los libreros.

*Los niños de los años
setenta no tienen el
hábito de visitar
una librería.*

dieron vender sus libros directamente al consumidor, a través de las escuelas o el trato directo con maestros, lo cual —además de fomentar un margen peligroso de corrupción— hizo un daño enorme al no renovar el público que asiste a las librerías. Los niños de los años setenta no tienen el hábito de visitar una librería y sólo van a ella cuando el deber escolar de sus hijos los obliga y, desde luego, no les transmiten —¿cómo podrían?— un hábito que no tienen.

En nombre de un negocio inmediato se hipotecó el futuro de las librerías. Se pensó que no eran necesarias y que al contar, para ese tipo de libros, con lo que triste, pero descriptivamente, llamamos público cautivo, las cosas seguirían igual o mejor, ya que en teoría se ahorra el porcentaje del librero. El cálculo numérico no coincidió con lo ocurrido, salvo al principio. Después el índice global de ventas ha ido disminuyendo paulatinamente por una razón muy simple: la gente ya no va a las librerías, y las compras adicionales a las obligatorias prácticamente han desaparecido.

*Si las librerías dejaron
de ser rentables, se debió
a que los dueños
miraban su negocio
como una tortería.*

Por el lado del librero también hubo una actitud poco solidaria, y la emprendió contra las editoriales más pequeñas, como si hubiera que cobrarles a ellas el pato. Las cadenas empezaron a poner infinidad de trabas para la recepción de estos sellos, mismos que no podían entrar a la lucha de descuentos —por ejemplo, Librerías de Cristal, que en muchas ocasiones es la única librería de la ciudad en provincia—, y sólo adquirían textos de venta segura. Cuando se recibían estos títulos, eran relegados a las partes menos visibles y totalmente desterrados de las mesas de novedades.

Si las librerías dejaron de ser rentables, se debió entre otras razones a que los libreros miraban su negocio como si manejaran una tortería: tenían que recuperar en poco tiempo lo invertido, pagar poco a sus empleados y limitar al mínimo su manejo de proveedores. Les daba lo mismo vender eso que cualquier otra cosa y no entendieron el comportamiento del lector; las que tenían un público asiduo lo fueron perdiendo, y las nuevas no tenían tiempo de formarlo. El modelo industrial se impuso de tal manera que

ahora se habla de la intención de Ghandi de vender franquicias, pero el mundo del libro no funciona así.

La imaginación que en los años setenta llevó precisamente a Ghandi a innovar con cafeterías y promociones, se transformó con el tiempo en rutina; se volvieron más importantes las cafeterías mismas —como en algunos Péndulos y en Otro lugar de la Mancha—, otras diversificaron su oferta incluyendo cosas relacionadas con la literatura —libretas, cuadernos, plumas y, sobre todo, discos—, o de plano joyería y artesanía, en la búsqueda de mayor rentabilidad. La piratería de música en CD prácticamente acabó con el filón de los discos. Lo curioso es que esta diversificación no alcanzó al libro mismo: las librerías en francés o en inglés en la ciudad de México dan pena, la librería Pegaso, que en su momento tuvo gran oferta tanto de libros de arte como literarios (incluyendo editoriales del interior), se fue en picada con la salida de su directora, y La Casa del Poeta tuvo una efímera librería dedicada a la lírica.

Las librerías de usado, en cambio, han proliferado. Es lógico. Compran la mercancía a precios de remate, aprovechan el conocimiento acumulado por los libreros y cubren el espectro que las otras librerías abandonaron. Si usted busca una novela de John Dos Passos o de Panait Istrati, la encontrará seguramente en librerías de viejo. Sin embargo, ya no son tan baratos, porque en realidad no tienen competencia por parte del libro nuevo. También le ocurrirá eso con un libro de poemas de Eduardo Lizalde o de Marco Antonio Montes de Oca, por no hablar de clásicos en otras lenguas.

*Las librerías de usado,
en cambio, han proliferado.
Sin embargo, los libros ya
no son tan baratos.*

*¿En verdad
son mejores
los libros extranjeros?*

El libro español es mejor

Un malinchismo endémico azota el mundo editorial mexicano. Las razones son económicas, desde luego, pero se disfraza con un rostro cualitativo: los libros españoles son mejores. Es probable que aquí “españoles” sea en realidad un sinónimo de extranjeros, hechos en otro lado. Hubo un tiempo en que esto no fue así, y en el que la industria editorial mexicana tenía muchas razones para enorgullecerse,

Con la entrada de España a la democracia, los editores impulsaron una política inteligente para ocupar el mercado de los países latinoamericanos.

de Porrúa y el Fondo de Cultura a Era, Siglo XXI y Joaquín Mortiz. A la muerte de Franco y con la entrada de España en la democracia, el gremio impulsó una política muy inteligente y hábil para ocupar el mercado natural, los países latinoamericanos, y fue tan productiva que incluso pasó por encima de gorilatos y crisis económicas, devaluaciones y altos costos de transporte y distribución.

La industria editorial mexicana no sólo aceptó dicha estrategia, sino que se entregó a ella con cierto regocijo. Uno recuerda con enorme nostalgia la librería Del Prado, allá en los edificios hoy desaparecidos del hotel Del Prado, donde se importaban pocos y muy bien seleccionados libros españoles. Ahora se compran —y ellos venden, desde luego— en saldos, libros que allá han pasado por tres o cuatro circuitos y que ya no son comercializables. No llegan a las dos semanas, sino uno o dos años después para ocupar mesas polvosas.

Cuando pregunto a los encargados de compras de las librerías por qué prefieren ocupar sus mesas de exhibición con jóvenes narradores españoles desconocidos que con sus equivalentes mexicanos, me contestan que porque son mejores. ¿La edición?, insisto. “No, los textos.” ¿Los han leído? “No.” ¿Entonces?... “Son españoles.” Y lo mismo pasa con las traducciones: son muchas las mexicanas —y mejores en general—, pero las exhibidas son las españolas. Como en el cine, se consideraba ofensivo ver una película mexicana en los años ochenta.

Como los editores españoles tienen más dinero, pagan publicidad, presentaciones en televisión y desayunos con la prensa.

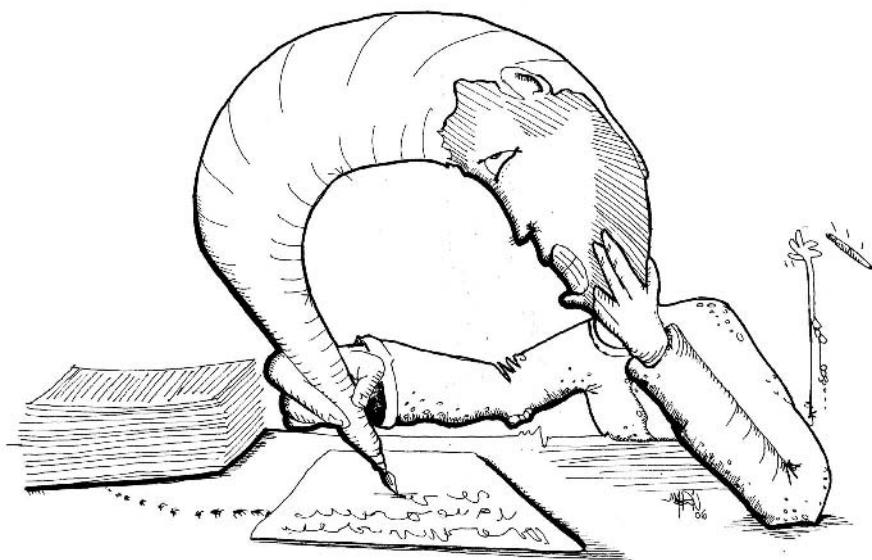
¿Es mejor editorialmente hablando el libro español? Hago esta pregunta así porque pensar que es mejor por sus textos es una tontería tan descomunal que no vale la pena tomarla en cuenta. ¿Tienen más erratas?: sí. ¿Están mejor impresos?: no. ¿Mejor diseñados?: no siempre. Y son, como novedades, mucho más caros. Pero como los editores tienen más dinero, pagan publicidad, presentaciones en televisión, desayunos de prensa. Hace poco un autor se quejaba: un sello editorial que publica en México a autores españoles y en España a autores mexicanos, les organiza giras a los primeros y no a los segundos, hace que las filiales los distribu-

yan, comercialicen y asuman el costo de lo que no se venda; de aquí para allá no mandan ni muestras.

Ya en el colmo del asunto, los programas de apoyo a la industria editorial, como Bibliotecas de aula o similares, en realidad apoyan a la industria impresora, no a la editora, y los encargos son porcentualmente mayoritarios a industrias españolas (basta comparar lo que se le pide a SM, Alfaguara o similares y lo que se le pide al Fondo de Cultura), les pagamos porque nos ganen el mercado. Muchos sellos han puesto una representación aquí y han formado un equipo de trabajo (no sólo de edición y planeación, también de cabildeo) sólo de cara a esos concursos, ya que les resultan muy rentables.

Las consecuencias económicas son muchas y la producción mexicana se ve desplazada y prácticamente anulada en las librerías, también en los incentivos económicos que el Estado diseña (mal) para apoyar al sector, y —cosa muy grave— acaba por colonizar el inconsciente colectivo, pues el lector acepta que el libro español es mejor por el simple hecho de estar impreso en otro país. Incluso el autor, subvalorándose, piensa que si no publica en Madrid o

Muchos sellos españoles han puesto una representación en México y han formado un equipo de trabajo, sólo de cara a los concursos estatales.



*La industria editorial
mexicana no sabe
defender su espacio
comercial.*

en Barcelona, su obra es mala o menor. Así, dos escritores extraordinarios y contemporáneos, como Enrique Vila-Matas y Hugo Hiriart, viven una situación totalmente desigual. El primero gana premios, agota ejemplares y todo mundo lo cita; el segundo ve sus libros en un anaquel a la espera de un lector. La culpa, y sí hay culpables, es de la industria editorial mexicana que no sabe defender su espacio comercial.

El libro español es mejor porque su manejo administrativo es más fácil. A los editores y libreros les da flojera el libro mexicano, el editor está a media hora en coche y el autor protesta porque no lo tienen bien exhibido. Y si venden, hay que pagarles, lo cual es una lata. En cambio, si compro —por peso— en España, les pongo un precio que me deja un margen mucho más amplio de ganancia y no tengo que hacer cortes ni devoluciones. Al final, esas importaciones de bulto transformaron los libros en escenografía, decorado de cafés con ambiciones clasistas, donde la lectura se transformó en una intención con valor en sí misma sin importar si se cumplía el objetivo real; lo importante era la apariencia, como en aquellas cantinas muy *kitch* que simulaban una biblioteca de los años sesenta.

*Las importaciones a
granel de libros españoles
los han convertido en
escenografía o decoración
de cafés.*

Tampoco es cierto que el libro español sea más barato. Los precios de salida al mercado, si se compara número de páginas y tiraje, suelen ser similares, y como el transporte —a menos que sea en grandes cantidades— suele ser muy caro, el precio tiende a ser muy alto, como los de El acantilado o Pretextos, editoriales espléndidas que no acostumbran saldar sus existencias. Algunas otras —Círculo de lectores es una de ellas— prefieren no traer sus ejemplares, pues el precio que los haría rentables los vuelve invendibles. Y las editoriales minoritarias, abundantes en España tanto como en México, de plano no son contempladas en el asunto.

La competencia desleal de las editoriales españolas, apoyadas en la singular aquiescencia de las librerías mexicanas, llega al hecho delictuoso de no respetar los derechos de edición segmentados, haciendo que aquella editorial que

gastó en derechos para México se vea desplazada por una que no los tiene. ¿Cuántas editoriales mexicanas publican traducciones? Cada vez menos. Y ése es otro sector del empobrecimiento cultural que provoca el malinchismo.

El asunto del precio llega al límite como un laberinto de invisibles paredes, cuando algunos libreros argumentan que, precisamente, el menor precio del libro mexicano lo vuelve menos apetecible para su venta. ¿Quién los entiende? ¿Cuál es el precio que se considera conveniente en un libro o en una determinada librería? ¿Creen que un libro del cual hay cien posibles compradores sigue teniendo el mismo potencial tanto si se rebaja a la mitad como si se duplica su precio? Al menos en el último caso no tienen razón (y creo que tampoco en el primero).

Intentar volver el libro un producto *nice* y pensar que se puede ser *totalmente Palacio*, es otro gran error, ya que el lector (al menos en México) ha sido mayoritario entre clases con menos ingresos. La alta burguesía en México es mala lectora y peor compradora, y sus ansias de figurar no pasan por el libro (¿alguien vio a los inquilinos de *Big Brother* llevar un libro en su equipaje?). El peso de la crisis económica se ha hecho notar en la compra de textos literarios (no se comen, dice la sabiduría popular) y, al disminuir el poder adquisitivo y encarecerse de forma natural el precio, se produce un efecto geométrico de menor venta.

Hay mercancías que sólo se venden a cambio de que otras se dejen de vender. No es el caso, alguien que lee un libro de un autor y le gusta, tiene un alto índice de probabilidad de comprar otro libro de ese autor o de esa corriente estética, y lo comentará con otro posible comprador. El precio seguirá siendo factor, siempre y cuando sea el adecuado en una relación costo-beneficio-mercado. México acumula todos los factores posibles para distorsionar esta relación: un Estado editor muy activo (y demagógico), una industria en receso y sin imaginación, y un público escaso. Y si a esto le sumamos el malinchismo, estamos fritos. El libro mexicano no es caro, el libro a secas tampoco. Pero lo estamos volviendo.

La alta burguesía en México es mala lectora y peor compradora de libros.

En México se acumulan los factores para distorsionar la relación costo-beneficio: Estado editor, industria en receso y sin imaginación, y público escaso.

Las nuevas tecnologías: herramientas para la “bibliodiversidad” contra la “bestsellerización” de la lectura*



**¡Que muera
el libro! ¡Que
viva la lectura!**

Empecemos con un ejercicio herético de imaginación. Concibamos, por un momento, que la humanidad ha evolucionado y encontrado formas diferentes de apropiarse de la información. Que, por lo tanto, el libro que conocemos y al que tanto cariño le tenemos, ha dejado de existir y ya no lo encontramos si no es en museos. Este panora-

* Ponencia presentada durante el Tercer Seminario de Lectura, llevado a cabo en la UNAM, en noviembre de 2005.

ma, que presagiaría el fin de mi ámbito profesional de trabajo, es decir, la edición de libros con soporte en papel, lo percibo inminente. Me atrevo a exponerlo aquí, precisamente, porque no estoy ante especialistas en busca de argumentos para justificar la perpetuidad de su especie, sino en un espacio de reflexión sobre el futuro de la lectura.

Para entender la razón de este apocalíptico presagio de la desaparición de los dinosaurios de la lectura, que no pueden sino negar la inminencia de su extinción por un mero espíritu de supervivencia, compartiré algunas experiencias recientes de desapariciones de especies que dieron vida, durante una época, a los libros y que, sin embargo, acabaron siendo prescindibles ante la macabra y a veces sádica lógica de la tecnología.

Acabo de cumplir 50 años de existencia. Si viviera en la Edad Media, sería un anciano; si mi tiempo fuera el del siglo XIX, quizás estaría entrando en la vejez, pero como afortunadamente vivo en el siglo XXI, estoy en la plenitud de la adultez. Para mi hija, que está en la adolescencia, soy un viejo ruco, aunque para Alí Chumacero, a sus ochenta tantos años, soy un chamaco. Comencé a trabajar a los 15 años, de manera que puedo decir que llevo 35 años de vida productiva, 26 de vida profesional y 20 de subsistir divirtiéndome en el afanoso mundo de la alquimia editorial, aunque debo confesar que llevo tanto tiempo viviendo del libro como años tengo, pues mi padre fue un encuadernador que vino como refugiado a México huyendo de la persecución nazi. En fin, en estos 20 años, llamémosles “profesionales”, mis ojos han tenido oportunidad de ver la transición vertiginosa que la industria editorial ha vivido. Algunos, que fueron mis maestros, ya no pudieron seguir en el medio. No por la edad, sino porque ya no comprendieron los “nuevos tiempos” que los llevaron de la gloria al desempleo en un abrir y cerrar de ojos para la medición histórica del tiempo.

Cuando comencé a hacer libros profesionalmente, incursioné con pasión en esa mezcla de ciencia y arte de la tipografía allegándome conocimientos y recursos como

Percibo como inminente la desaparición de la edición de libros con soporte en papel.

En 20 años de trabajo profesional he visto la transición vertiginosa que la industria editorial ha vivido.

*El linotipo coexistía con
nuevas formas de
composición tipográfica,
como la composer.*

*El mundo dejó de ser lo
que era. Comenzaron
las transformaciones
que han cambiado
radicalmente el
panorama.*

pude, porque en ese entonces no había lugar en el que uno pudiera formarse académicamente como tipógrafo. Tuve la fortuna de comenzar a trabajar con linotipos. Con mi padre había conocido el complejo arte de componer usando monotipos, que empleaba para dorar textos e imágenes en lomos y pastas de libros. El linotipo coexistía con nuevas formas de composición tipográfica, como la *composer*, creada por IBM, y las primeras fotocomponedoras. Un par de años más adelante, sin embargo, surgieron los enemigos mortales de esas herramientas que se disputaban el mercado y el título de ser las más eficientes y profesionales: la computadora y la impresora láser. Cuando llegaron a México los primeros equipos destinados al mercado del diseño, me aventuré a invertir mis escasos ahorros en su adquisición. Mis amigos del medio no dejaron de criticarme, pues más que herramientas esos objetos parecían juguetes. En buena medida tenían razón, pues estaban plagados de imperfecciones. Sin embargo, me entusiasmaba la idea de tener un centro de producción tan versátil como el que me prometía esa computadora dotada de un “poderoso” procesador 80286 y armada de PageMaker 1.0, una impresora Laserjet y un escáner (todo eso destinado hoy al museo de la chatarra). Al mismo tiempo, según recuerdo, un amigo adquirió una terminal para su equipo de fotocomposición. Se gastó 120 000 pesos. Lo que yo compré, completito, costó unos 36 000. El suyo era profesional; el mío, un juguetito. Unos años más tarde, pocos realmente, mi juguetito se había abierto el camino de la aceptación en el medio y había impuesto nuevos paradigmas en la producción con los que las otras tecnologías ya no podían competir. Lo curioso del asunto no es sólo eso, sino que mi amigo se tuvo que salir del mercado de la tipografía, porque no se entendió con las computadoras. Así recuerdo el inicio de una batalla campal que les abrió el paso a nuevos contendientes en el mercado de la tipografía y del diseño. El mundo dejó de ser lo que era. Comenzaron las transformaciones vertiginosas que han cambiado radicalmente el panorama en pocos años.

En los inicios del libro contemporáneo, un individuo concentraba todas las funciones que permitían convertir el texto en libro: elegía el texto, diseñaba, paraba la tipografía, imprimía, encuadernaba y vendía. Poco a poco, cada una de esas actividades se convirtió en una profesión relativamente independiente. Con la aparición de las tecnologías revolucionarias del siglo XX, específicamente la fotografía y el *offset*, vimos una transformación que habría parecido insuperable. En cada una de esas etapas surgieron necesidades que dieron lugar a profesiones que, a su vez, desplazaron a otros oficios del escenario. Las transformaciones fueron relativamente lentas y permitieron que quienes aprendieron un oficio, murieran ejerciéndolo o migraran a otro similar. ¿En qué se diferencian hoy las cosas? En que la vida útil de quien ejerce una profesión es mayor que la vida útil de la profesión misma, y en que la migración de un oficio a otro no es nada fácil a cierta edad en esta era de alta tecnología. Así como los linotipistas dejaron de tener trabajo, también los fotolitos han tenido que abandonar la palestra y lo mismo está sucediéndole a los que basan su producción en el *offset* convencional.

La vida útil de quien ejerce una profesión es mayor que la vida útil de la profesión misma.

Y ustedes se preguntarán: ¿qué tiene que ver todo esto con la lectura? Porque la lectura, como método de apropiación de conocimientos, pareciera haberse mantenido sin transformación a lo largo de los años. Ha cambiado la *manera* de hacer los libros, pero los libros que hoy tenemos en las manos siguen siendo en esencia idénticos a los que abrieron esta época. De allí que quienes viven del libro imaginen que las cosas seguirán igual. Es decir, cambiará la manera de hacerlos, más no su forma. ¿O no?

Hace unos días conversé con Sandro Cohen, director de Colibrí, una editorial independiente, como la mía, que se ha venido abriendo paso en medio de los obstáculos que nos impone este mundo globalizado y un país de políticos culturalmente pobres. Me comentaba que, habiendo leído atentamente una ponencia que preparé para presentarla en la FIL de Guadalajara, en el marco del Encuentro Internacional de Editores Independientes, cuyo tema giraba en

La lectura, como método de apropiación de conocimientos, pareciera haberse mantenido sin transformación.

*La industria del libro es
muy poderosa y mueve
millones de dólares
en el mundo.*

*El libro cambió con los
siglos y hoy está en su
esplendor...
y en su decadencia.*

torno a la bibliodiversidad, sentía que no había tocado el meollo del problema. Que me había quedado corto. Y tenía razón. Para corregir la pifia, trataré aquí de ir al grano.

Lo más impopular es hablar de que el libro con soporte en papel está condenado a desaparecer. ¿Por qué esa resistencia? Por dos motivos: primero, por interés de quienes viven del libro. Es una industria poderosísima que mueve miles de millones de dólares en el mundo. Segundo, por costumbre. El libro, como objeto, tiene todo para encariñarnos con él, si tuvimos la suerte de no toparnos con un profesor que pretendiera hacernos leer a la fuerza y convertir la lectura en tortura y hacer del libro un objeto despreciable.

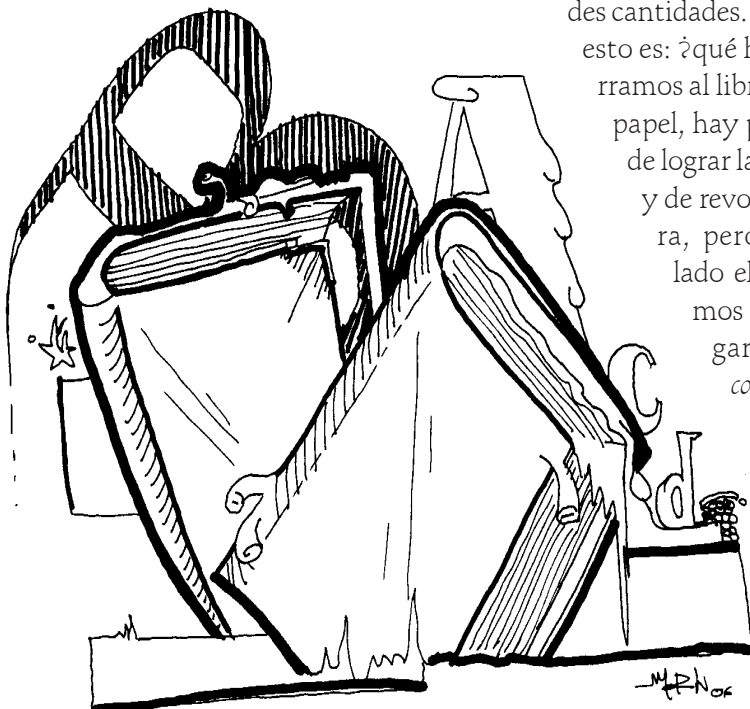
Pero regresemos a lo básico. El libro es un continente. Su contenido, el texto, la obra de un autor —incluidas fotos, cuadros, gráficas, etc.—, pareciera fundirse con el objeto. Contenido y continente parecieran ser lo mismo. Pero *no* lo son. Si no distinguimos lo uno de lo otro, seremos incapaces de comprender la capacidad de transformación de lo esencial, que es precisamente el contenido, y por lo tanto su capacidad de adaptación a diversos continentes y de transformar la lectura misma. El enamorado del libro con soporte en papel asocia el contenido a lo que lo contiene, y no concibe que la lectura sea distinta y pueda incluso mejorar si cambiamos el objeto que la posibilita. Pensamos que el libro tal como lo tenemos es perfecto y que no hay manera de inventar algo mejor. Las objeciones se centran generalmente en las limitaciones que tienen hoy las nuevas tecnologías, pero la tecnología evoluciona, y lo ha hecho a una velocidad sorprendente. El libro mejoró (aunque hay quien opina que en realidad empeoró) con los siglos, y hoy está en su esplendor... y también en su decadencia. Así como la tecnología permitió la producción de millones de títulos a lo largo de la historia, de pronto ha posibilitado la *bestsellerización* de la lectura y, con ello, el empobrecimiento cultural de la humanidad. Esto pareciera una contradicción: se produce más que nunca, pero se empobrece la cultura. Se producen, hoy, millones de ejemplares, pero de

relativamente pocos títulos. En cambio, incontables obras, miles, quizá cientos de miles, no llegan a convertirse en libros y, por lo tanto, no tienen posibilidad de llegar al lector, o el lector no tiene posibilidad de llegar a ellas. Por eso decimos que la *bestsellerización* es el empobrecimiento de la cultura, y que las megaeditoriales no son sino los cimientos para un mundo sin lectores. Pero matemos el asunto: no se trata propiamente de que se lea menos que antes. Las estadísticas nos muestran que la cantidad de títulos publicados y la cantidad de ejemplares impresos han ido en aumento. Se trata, más bien, de que en un mundo donde la población crece vertiginosamente, donde cada vez se crea más, los textos que surgen no se convierten todos en libros y los libros no llegan a todos los que deberían llegar. Pero ojo: aun si quisiéramos, hay imposibilidades técnicas para lograrlo. El libro con soporte en papel lo impide.

La bestsellerización es el empobrecimiento de la cultura, y las megaeditoriales los cimientos para un mundo sin lectores.

Y hay otras razones que hacen evidente que el libro con soporte en papel ha llegado a sus límites, y éstos los encontramos en toda la cadena. Producir un libro es caro. El 95% de la producción del papel se basa hoy en día en la celulosa de madera. Es decir, no es un producto acorde con la idea de la preservación ecológica. Por otro lado, el libro ocupa mucho espacio y es caro transportarlo. El que ocupe espacio físico limita la bibliodiversidad, es decir, la coexistencia de muchos títulos, porque no hay dónde exhibirlos. Si imagináramos una librería en la que estuvieran todos, realmente *todos* los libros del catálogo vivo de todas las editoriales, ocuparía varias cuerdas. Tendría que ser un espacio mayor que el que ocupa la FIL de Guadalajara, mayor que el que ocupa la FIL de Frankfurt, mayor que... E imaginemos pretender crear un espacio de esa magnitud al que tengan acceso todas las comunidades de un país. Es decir, necesitaríamos una FIL permanente al menos en cada estado de la República, y aún así serían insuficientes. Es decir, las dimensiones físicas del libro han conducido al empobrecimiento de la oferta, porque el espacio en las librerías, que finalmente constituyen un negocio, cuesta, y no hay lectores que, ante los precios actuales del libro, compren gran-

El libro ocupa mucho espacio y es caro transportarlo; eso limita la bibliodiversidad.



des cantidades. La pregunta ante esto es: ¿qué hacer? Si nos aferramos al libro con soporte en papel, hay pocas esperanzas de lograr la bibliodiversidad y de revolucionar la lectura, pero si dejamos de lado el objeto y pensamos cómo hacerle llegar lo esencial, *los contenidos*, a los lectores potenciales, que es a fin de cuentas lo que importa, se nos abren expectativas nada desdeñables gracias a las posi-

sibilidades que encierran las nuevas tecnologías. Y aquí entramos en materia.

En muchas discusiones en las que he participado se habla de la dicotomía libro-soporte en papel contra libro electrónico, como si se tratara de un partido de fútbol: ¿quién ganará, el libro en papel o el libro electrónico? La mala noticia es que no se trata de un partido, sino de una imparable evolución en la que imperará el soporte que demuestre ser más práctico, versátil, económico y amigable.

Ejemplo: la industria disquera

Desde hace años he sostenido que la predilección por el soporte en papel no es más que el resultado de un binomio: la tecnología (el nivel de desarrollo que ha alcanzado) y la costumbre o el factor generacional (quiénes constituyen el perfil de los lectores). Cambiemos “lectores” por “melómanos” o simples escuchas de diversos géneros de música. Años atrás, yo identificaba la música “clásica”, que fue la que me

inculcaron, como la de mi generación (Rolling Stones, The Who, Black Sabbath, Deep Purple, etc.). Aún guardo esos discos LP con nostalgia, aunque ya no tengo dónde tocarlos. Me costó trabajo la transición de un objeto contenedor de música, a otro, al CD, pero la realicé finalmente. Hoy, la música transita del CD al formato MP3 —desprovisto de un continente específico— y hacia otros en desarrollo, y lo que está en boga es la adquisición de música a través de portales, como iTunes, de Apple, y la búsqueda y compra de una canción en particular, y no de un álbum completo (porque antes nos obligaban a comprar el disco completo aunque sólo nos gustara una pieza). Eso cambió. Por otro lado, ya no se escucha la música sólo a través de un sistema tradicional de reproducción.

Aquí hago un paréntesis: hasta hace poco no concebía escuchar música más que a través de un equipo de sonido provisto de bocinas. Sin embargo, meses atrás mi madre, que ha ido perdiendo gradualmente la vista y que ha sido lectora voraz toda su vida, me pidió que le ayudara a encontrar la manera de proseguir sus lecturas. Intenté varias cosas: primero le di una lupa, no funcionó; luego la inicié en el uso de la computadora, pero su Parkinson le impidió el uso del *mouse*. La tercera fue un audiolibro. Le compré un reproductor MP3 de Sony con sus auriculares y varios CD de audiolibros. Me regresó el equipo completo un par de semanas después porque la miniaturización de las teclas de comando del equipo le impedían accionarlo. Allí quedó el famoso equipo, hasta que decidí pasarlo a mi compañera, que gusta de música que yo apenas soporto. Al mostrarle el funcionamiento, puse un disco y no pude menos que sorprenderme por el excelente sonido. Mi percepción del LP, del CD y de mi equipazo de sonido cambió. Vivía en el error. Para rematar, mi sobrino, que traía colgado su iPod, me dejó escucharlo. De los auriculares salieron los sonidos, grabados de manera digital originalmente y convertidos a MP3, es decir, comprimidos y con pérdida de fidelidad, pero con una nitidez sorprendente. En suma, el LP valió queso y el CD en ésas anda. La música, convertida

Guardo mis LP, aun cuando ya no tengo dónde tocarlos. Me costó trabajo la transición de un contenedor de música a otro.

La música comienza a perder un contenedor reconocible. Ya no hay objeto que la identifique, sino gran variedad de reproductores.

La piratería que practican los estudiantes con ciertos capítulos de libros vía fotocopia es abrumadora.

a valores binarios, comienza a perder un contenedor reconocible. Ya no hay objeto que la identifique, sino gran variedad de reproductores de contenido. Además, el que escucha puede asumir una parte relativamente activa, pues determina el orden de las canciones e incluso edita las transiciones. Y eso va a pasar con el texto, también convertido a valores binarios. Esto nos debe remitir a problemas similares en el ámbito de la lectura.

Muchos no quieren comprar un libro completo, sino sólo un capítulo. La UNAM es un espacio más que ejemplar de esto: la piratería que practican los estudiantes con ciertos capítulos de libros vía fotocopia, para no comprar libros completos, es abrumadora.

¿No sería más razonable, por tanto, ofrecer la posibilidad de adquirir la producción editorial por partes, al igual que ya se ofrece el contenido de los álbumes discográficos?

Pasemos a otro razonamiento. Una de las objeciones planteadas a la sustitución del libro por las nuevas tecnologías ha sido su costo. Es decir, ¿qué poblador de la sierra de Guerrero, de los Altos de Chiapas o de las islas Fiji estará en condiciones de comprarse una computadora con conexión a internet para leer en ella libros? Y si se la pudieran comprar, ¿querrá leer en ella? Quizás hoy no, pero mañana probablemente sí. Recordemos el camino que transitó la televisión. En un principio fue cosa de adinerados. Hoy la encontramos en los lugares más recónditos de la República. La tecnología se abarata. Meses atrás diversos gobiernos, en alianza con Microsoft e Intel, anunciaron un programa para la producción de computadoras con un costo no superior a los 100 dólares. Por otro lado, la conexión alámbrica e inalámbrica a internet se extiende más veloz de lo que uno hubiera imaginado. El uso de los teléfonos celulares ha crecido a una velocidad sorprendente. El acceso a internet a través de celulares comienza a ser una realidad. Las nuevas computadoras salen ya con conexión inalámbrica a internet (WiFi). ¿Qué persona tiene hoy dinero para comprarse la *Enciclopedia Británica* impresa? Sale más barato comprarse una computadora y una enciclopedia en CD o de plano hacer consultas gratuitas en

¿Qué persona tiene hoy dinero para comprarse la Enciclopedia Británica impresa?

la red. Y, por otra parte, ¿no es más razonable usar una enciclopedia viva, frecuentemente actualizada, como Encarta?

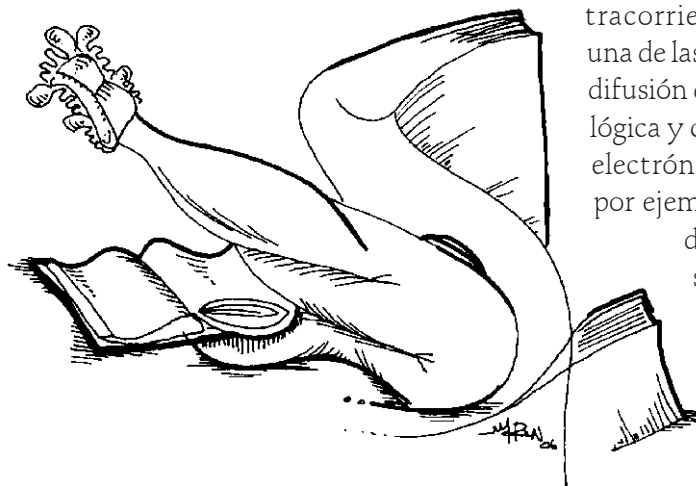
Hasta hace relativamente poco, en términos de latidos históricos, quien no tenía dinero, no la hacía. Hoy, quien no tiene dinero busca su camino hacia lo que lo genera, que muchas veces es el conocimiento. El estudiante que enfrentado a la exigencia del profesor de leer tal capítulo de éste, y tal de ese otro libro, los saca de la biblioteca y los fotocopia, comete un “crimen” llamado *piratería*. Pero ese crimen no es más que una situación propiciada por un sistema basado en la globalización de la ignorancia, de la defensa de quienes lucran de manera desmedida con la difusión de la información. La industria busca el lucro, el lucro requiere capital, el capital está en manos de pocos; el que tiene poco busca apropiarse de conocimientos, conocimientos que posee el capital, por lo tanto delinque y se apropia ilegalmente, mediante la piratería, de lo que el capital desde un punto de vista legal posee, pero que desde un punto de vista social debería ser capital universal. De todos modos el capital, es decir, la industria, no puede frenar la piratería, por lo tanto, busca la manera de darle la vuelta a la forma de delinquir, para que, quien hoy infringe las leyes, encuentre una oferta aceptable que le aporte algo a la industria. El caso es que la sociedad civil busca la manera de acceder al conocimiento, ya sea a través de la piratería industrializada, como la de Tepito; la socialmente aceptada, como la fotocopia; o la *underground*, como el intercambio de información a través de redes tipo Napster. Quizás esto nos lleve a una agria y también vieja discusión acerca del derecho a la información, al conocimiento y a la cultura, como la que protagonizó en Francia de manera radical Condorcet en 1776. Creo que, en perspectiva histórica, el conocimiento, y esto incluye a la literatura, debe estar desprovisto de lucro y que, por tanto, la creación y el conocimiento deben ser de libre circulación, estar libres de “derechos”. Esto, por supuesto, mina mi manera de supervivencia, porque hoy

El mundo se mueve

La globalización de la ignorancia propicia la piratería.

vivo de hacer libros, de circular literatura y conocimiento. Hablo, por tanto, de mi propio exterminio, pero lo hago porque sé que mientras llega el *Raid* de los editores y demás parásitos de la cultura, alcanzaré con cierta tranquilidad el final de mis días productivos.

Por lo pronto, mientras la industria editorial busca formas de perpetuar su dominio sobre el medio predilecto que contiene el conocimiento, es decir, el libro, y maneras de mejorar sus condiciones, se están dando numerosas con-



tracorrientes. Actualmente, una de las formas predilectas de difusión de información tecnológica y científica es el archivo electrónico. Si comparamos, por ejemplo, la disponibilidad de textos en librerías sobre lingüística, contra los que encontramos en la red, hay una desproporción gigantesca. Pero no sólo eso. Ya hay decenas de miles de per-

sonas que intercambian gratuitamente miles de títulos en la red, desde los clásicos de la literatura, hasta los más sonados *best-sellers* de la actualidad, como los libros de Tolkien o los de Dan Brown. La discusión acerca de la superioridad del libro impreso en papel contra el libro en archivo electrónico comienza a resquebrajarse ante la contundencia de los hechos. Hoy en día, la lectura de libros y archivos electrónicos se está convirtiendo en una verdadera opción para hacerle llegar bibliotecas a más personas que, de otra manera, no tendrían acceso a ellas. Por cierto, semanas atrás encontré a unas cuadas del Palacio de Bellas Artes un comerciante que ofrecía dos DVD que contenían, juntos, más de 1 000 títulos literarios por unos 300 pesos. Pero aun si nos alejamos de este submundo de la distribución ilegal de obras, la tendencia es clara.

Yo, además de editor, soy impresor. Fui pionero en la incorporación de las nuevas tecnologías de impresión digital en México. De todos los libros de mi editorial produzco un tiraje inicial de sólo 100 ejemplares, lo que me ha permitido publicar lo que para otras editoriales sería impublicable, porque carecería de atractivo económico, como la poesía, por ejemplo. Poco a poco, más y más editoriales, instituciones académicas y empresas privadas recurren a nuestros servicios para editar textos cuyo público lector presumen tan reducido que sólo vale la pena hacer un tiraje corto. Por otro lado, cada vez más entidades solicitan no sólo la publicación de sus libros con este sistema, sino que piden también que los convierta a libro electrónico. Han de saber ustedes que hoy en día, en prácticamente todos los casos, cuando se produce un libro se crea un archivo electrónico equivalente al *ebook*, que a su vez puede tener varias vertientes. Una es la impresión, pero con un par de clics el libro está listo para subirse a la red. Esto lo saben Google, Microsoft y Amazon. Por eso su actual lucha por hacer acopio de archivos electrónicos, pero también por digitalizar los libros publicados que carecen de soporte electrónico. Hoy la tecnología permite automatizar la digitalización de enormes volúmenes, hacer un reconocimiento óptico de caracteres (OCR) para dotar a la imagen facsimilar del libro de una subcapa con el texto para luego realizar la indexación de todo, de manera que cualquier búsqueda que se realice en la red lleve a los contenidos de esa biblioteca universal. Si este proyecto continúa, y todo parece indicar que así será, en unos años la riqueza bibliográfica en internet será infinitamente mayor que la que podamos encontrar incluso en las mayores bibliotecas del mundo. Y no sólo en materia de libros técnicos y científicos, sino también literarios.

Por mi parte aplaudo esta tendencia. Veo en ella la única manera de superar las limitaciones que presenta el actual mercado *bestsellerizado* orientado al libro. No encuentro manera de que se creen librerías que contengan la riqueza bibliográfica que la diversidad requiere. La multipli-

Editoriales, instituciones académicas y empresas privadas recurren a nuestros servicios para publicar textos en tirajes cortos.

En unos años la riqueza bibliográfica en internet será mayor que la de las mayores bibliotecas del mundo.

Los libreros quieren hacer negocio y no una labor cultural.

¿Hacia dónde nos llevará la tecnología en el terreno del desarrollo de dispositivos de lectura?

cación de librerías no llevaría más que a la reproducción de los actuales esquemas, es decir, habría más puntos de venta para los pocos libros *bestsellerizados*, porque los libreros quieren hacer negocio y no una labor cultural al poner a la venta libros cuyas posibilidades comerciales son menores. Si la tendencia se impone, ¿quiénes saldrán perjudicados, quiénes beneficiados?

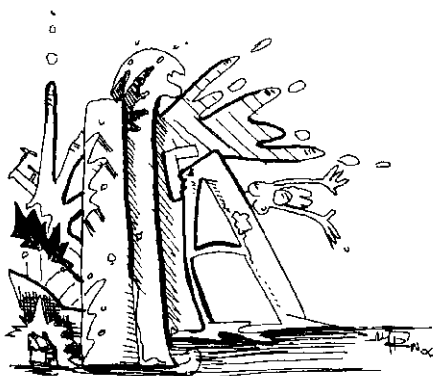
En principio, todos saldrán beneficiados, particularmente los lectores, quienes tendrán acceso a mucho más a un costo muy inferior. El sueño de la bibliodiversidad podría hacerse realidad. Ya no habría impedimento para que todas las obras pudieran darse a conocer. Por supuesto, habrá editores que, al no comprender estos cambios y al no encontrar maneras de adaptarse, desaparecerán del escenario y nadie les llorará. Al mismo tiempo, estos cambios nos enfrentan a incontables retos en materia de investigación de procesos de lectura, y de adaptación de aspectos que inciden sustancialmente en ella, como el diseño y el manejo de la tipografía. También habrá que analizar las implicaciones de la proliferación de hipervínculos y metatextos y, por tanto, de la lectura no lineal. Por supuesto, la tecnología tendrá que avanzar en materia del desarrollo de dispositivos de lectura que sustituyan la interfase amigable del papel, es decir, dispositivos cuya opacidad contribuya a una lectura descansada y fluida, cuya portabilidad sea cada vez mayor y cuyo precio descienda con la misma rapidez con la que lo hicieron las calculadoras de bolsillo. ¿Hacia dónde nos llevará la tecnología en el terreno del desarrollo de dispositivos de lectura? Es muy temprano para decirlo. Aunque ya comenzamos a intuirlo, si observamos los avances en proyectos como el de la *electric ink* (tinta electrónica), el desarrollo de monitores tan delgados como una hoja de papel alimentados por luz solar, etcétera.

Finalizo: es claro que la batalla de hoy en el mundo del libro y la lectura se da entre grandes consorcios económicos con intereses muy poderosos, y que lo que está en juego es la bibliodiversidad y la democratización del conocimiento. Podemos encontrar solución a los problemas que

enfrentamos para hacerle llegar al lector cada vez más títulos aprovechando los recursos tecnológicos. La democratización de la lectura pasa por encima de los intereses de las pirañas del conocimiento (megaeditoriales) y del libro. Estamos en los albores de grandes transformaciones en las que el conocimiento y la lectura tendrán que enfrentarse a los intereses de los grandes capitales, tanto de la industria editorial actual como de quienes están propiciando estas transformaciones, es decir, los amos de la tecnología e internet. El futuro de una humanidad lectora pasa por la necesaria desaparición del libro tal como hoy lo conocemos después de una etapa larga o corta de convivencia con los diversos soportes existentes más los que vienen en camino. Ante el sepulcro del libro con soporte en papel se erigirá el florecimiento de la literatura, del conocimiento, de la cultura universal.

De cualquier manera, mientras viene la desaparición del libro impreso en papel, seguiré rodeado de ellos y viviendo de ellos, contribuyendo como editor independiente a la bibliodiversidad y luchando, como individuo, contra los dinosaurios que pretenden frenar la proliferación del conocimiento manteniendo la lectura como un privilegio de una élite pudiente.

¡Que muera el libro! ¡Que viva la lectura!



Colaboradores

- LAURO ZAVALA. Profesor-investigador titular en la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Xochimilco, desde 1984. Doctor en literatura hispánica por El Colegio de México, pertenece al Sistema Nacional de Investigadores desde 1994. Sus intereses académicos cubren varias áreas, desde la teoría fílmica, la museología y los estudios culturales, con énfasis en la condición posmoderna, hasta la teoría literaria con preferencia por el cuento corto. Ha publicado estudios y antologías en cada una de estas áreas.
- GUILLERMO FÁRBER. Ha publicado 30 libros, miles de artículos y epigramas en diversas revistas y periódicos nacionales desde 1969. En 1999 ganó el Premio Nacional de Periodismo por *Crónica radiofónica*, y en 2000 por *Columna humorística* en Mexico.com.
- FABIÁN GIMÉNEZ. Profesor de filosofía por el Instituto de Profesores Artigas (Montevideo, Uruguay), doctor en filosofía por la Universidad Iberoamericana (D.F.). Coautor —junto con Alejandro Villagrán— del libro *Estética de la oscuridad. Posmodernidad, periferia y massmedia en la cultura de los noventa* (Montevideo, Trazas, 1995). Desde enero de 2004, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Conacyt). Actualmente es investigador del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas (INBA). Responsable del proyecto de investigación “Claves interpretativas de la imagen en la teoría contemporánea”.
- PATRICIA MEDINA. Editora y escritora. Directora de Litteralia Editores. Estudió administración de empresas en el ITESO. Su formación literaria es totalmente autodidacta. Ha publicado varios libros y recibido diversos premios de poesía. Colabora en varios periódicos. Presidenta de la Asociación de Autores de Occidente y directora del área de estudios Litteralia. Fue miembro del Consejo del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco y becaria en Letras 1997. Desde 1985 coordina talleres de creación y autoconocimiento a través de la escritura.
- LUIS ARMENTA MALPICA. Editor y escritor. Director de Mantis Editores. Es vicepresidente de la Asociación de Autores de Occidente, miembro de la Sogem y socio del Pen Club Internacional. Becario de letras por el Consejo Estatal de la Cultura y las Artes de Jalisco (1994-1995) y por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (1998-1999). Ha publicado *Voluntad de la luz* (1996) y *Cantara* y recibido diversos premios. Colabora en varios periódicos y revistas internacionales.
- JOSÉ MARÍA ESPINASA. Profesor, periodista y editor. Realizó estudios de cine y literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha dirigido las revistas *La orquesta*, *Casa del tiempo* y *Nitrato de plata*, y fue secretario de redacción de *La Jornada Semanal* de 1990 a 1995. Es coordinador de producción editorial en El Colegio de México y director de Ediciones sin nombre.
- ALEJANDRO ZENKER. Editor, traductor y fotógrafo. Director de Solar, Servicios Editoriales, y de Ediciones del Ermitaño; creador y di-

rector de la colección digital de libros Minimalia. Estudió pedagogía en Alemania y traducción en El Colegio de México. Fundador de la Asociación de Traductores Profesionales, fue director general del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores, miembro de la mesa directiva de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada. Dirige la revista *Quehacer Editorial*.

Títulos de la colección

1. Felipe Garrido, *Tepalcates*
2. Alejandro Ramírez, *Entre mitos y flautas*
3. Eugenio Aguirre, *Ángeles y Demonios*
4. Alejandro Sandoval Ávila, *Agua zarca*
5. Ana María Jaramillo, *La curiosidad mató al gato*
6. Carlos Mongar, *Fragmentos sin fondo*
7. Virginia Jackson, *Géminis/Gemini*
8. Ricardo Bernal, *Metafísica del aborto*
9. Cristina de la Concha, *Historia de una pérdida y otros cuentos*
10. Héctor Perea, *Aguasvivas*
11. Víctor Sandoval, *Coplas que mis oídos oyeron*
12. María Velázquez, *Aun sin saber quién eres. Cuentos, relatos y alebrijes*
13. Eugenio Aguirre, *Los perros de Angagua*
14. Saúl Ibargoyen, *Poeta en México City*
15. Luis Ignacio Helguera, *Ígneos*
16. Alejandro Ramírez, *Tiempo de cuentos*
17. Cristina Gómez, *Puentes bajo el asfalto*
18. Sex-Teto y otras piezas para cuatro manos
19. Blanca Martínez, *Cuentos del Archivo Hurus*
20. Francisco Segovia, *Rellano*
21. Vueltas de tuerca, *Cuentos de escritores politécnicos*
22. Felipe Garrido, *Voces de la Comarca*
23. Hélène Monette, *Montréal brûle-t-elle? ¿Arde Montreal?*
24. Arduo Suaves, *Canutero*
25. El surco y la palabra, *Literatura emergente de Aguascalientes*
26. Óscar Edmundo Palma, *Periodismo en crisis*
27. Alí Chumacero, *Poeta de amorosa raíz*
28. Iván Portela, *Cantos de fuego (Cantos ivánicos)*
29. Luis Reyes de la Maza, *Juan Xóchitl I (El pontífice mexicano)*
30. Iliana Godoy, *Secreter*
31. Otto-Raúl González, *Sea breve*
32. Animalia, *Bestiario fantástico*
33. Hugo Gutiérrez Vega, *Lecturas, navegaciones y naufragios*
34. Águeda Pía Fernández, *Una mujer en vilo*
35. Adolfo Castañón, *El reino y su sombra. En torno a Juan José Arreola*
36. Saúl Ibargoyen, *Bichario*
37. Mónica Mansour, *Poema para Silvia/ Nómada de mí*
38. Luz Elena Cabrera, *Abelardo y Heloísa. El arte de la pasión*
39. María Guerra, *Vocación de viento*
40. León Guillermo Gutiérrez, *No mueras esta noche*
41. Aníbal Rodríguez Silva, *Memoria de escriba*
42. Eduardo Zambrano, *A ras de todo*
43. Patricia Jacobs, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y otros pueblos del Levante*
44. Pablo López, *El amor en pocas palabras*
45. Javier Contreras Villaseñor, *Cuadernos de humo*
46. Alejandro Ramírez, *Color de noche*
47. *Poesía ensayo y crítica en la vida de Ramón Xirau*
48. Eduardo Lizalde, *Las huellas del tigre*
49. La ciudad escrita, *Lauro Zavala*
50. Con Augusto Monterroso *en la selva literaria*
51. Mercedes Martínez Torres, *Clave de Sol y niebla*
52. Enrique Héctor González, *Anfropiflume*
53. Águeda Pía Fernández, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*
54. Jade Castellanos Rosales, *De locas por la gran ciudad*
55. Elia Espinosa, *Poemas de la distancia*
56. Saúl Ibargoyen, *Graffiti 2000*

Títulos de la colección

- | | |
|---|---|
| 57. Pablo Aveleyra, <i>Memoria que dura</i> | 76. María Luisa Erreguerena, <i>Un poco de alma</i> |
| 58. Teresa Aveleyra, <i>Mi cuervo azul</i> | 77. La rebelión de los desobedientes, <i>Veinticinco años de poesía cubana</i> |
| 59. Teresa Aveleyra, <i>Cabo y rabo</i> | 78. Pablo Aveleyra, <i>Onirografías</i> |
| 60. Teresa Aveleyra, <i>Cuentos de dichos y hechos</i> | 79. Voces de los Arcanos, <i>Antología de cuentos</i> |
| 61. Teresa Aveleyra, <i>Pasos por el mundo</i> | 80. Federico Hernández Aguilar, <i>Último divorcio de Blannieves y otros cuentos</i> |
| 62. Teresa Aveleyra, <i>El secreto de Lady Lucy</i> | 81. Javier de la Mora de la Peña, <i>Toda la flor del Universo</i> |
| 63. Miguel Ángel Tenorio, <i>Instantáneas de la ciudad. Antología</i> | 82. Ignacio Solares, <i>The golden coin: Freud or Jung?/La moneda de oro: ¿Freud o Jung</i> |
| 64. Carla Pataky, <i>Estancias</i> | 83. Elsa Cross, <i>Monzón. Poemas desde la india (Antología)</i> |
| 65. María Velázquez, <i>Cosas que todavía existen. Cuentos, narraciones y sucesos</i> | 84. Saúl Ibargoyen, <i>Entreversos</i> |
| 66. Eko, <i>Denisse</i> | 85. Alejandra Peart Cuevas, <i>En estas horas</i> |
| 67. Arturo Azuela, <i>Extravíos y maravillas</i> | 86. Isidro Martínez García, <i>La travesía de los sueños perseguidos</i> |
| 68. Alejandro Tarrab, <i>Centauros</i> | 87. Hernán Lavín Cerda, <i>Divagaciones del pequeño filósofo</i> |
| 69. Encuentro de poetas, <i>Oaxaca 2000</i> | 88. Orlando González Esteva, <i>La noche y los suyos</i> |
| 70. Teresa Aveleyra, <i>Carne de boiler</i> | |
| 71. Pablo Aveleyra, <i>Revoltijo</i> | |
| 72. Alejandro Osorio Ibáñez, <i>Agua lunar</i> | |
| 73. Poetas del mundo latino, <i>Oaxaca 2001</i> | |
| 74. Hernán Bravo Varela, <i>Comunión</i> | |
| 75. Jade Castellanos, <i>Riscorso</i> | |

Separadores

1. Eko, *Los separadores de Minimalia*
2. Carlos Ranc, *Para ver antes de ir a la cama (taedium vitae)*
3. Marco Antonio Campos, *Antología del verso único*

Género y salud sexuales

1. *Derechos sexuales y reproductivos de niñas y niños desde una perspectiva de género*
2. *Masaje clásico terapéutico*, Socorro Rocha
3. *Agenda erótica femenina 1998, 1999, 2000, 2001, 2002 y 2004*
4. *Agenda erótica masculina 2001*

Títulos de la colección

Breviarios

1. Víctor Roura, *El destino del telegrama*
2. Arduo Suaves, *Canutero de España. Periquetes de literatura*
3. Andrés García Barrios, *Crónica del alba*
4. Alberto Blanco, *Más de este silencio*
5. Arduo Suaves, *Canutero de Brasil. Periquetes de literatura*
6. Arduo Suaves, *Los periquetes editoriales y otro tipografitis*
7. Arduo Suaves, *Canutero de Cuba. Periquetes de literatura*
8. Arduo Suaves, *Canutero de Quebec. Periquetes de literatura*
9. Arduo Suaves, *Canutero de Cataluña. Periquetes de literatura*
10. Arduo Suaves, *Canutero de Perú. Periquetes de literatura*

Infantil

1. Pedro Bayona, *Historias de cocodrilos*

Cómic

1. Jaime López y Felipe Ehrenberg, *Rolando Trokas. El trailer intergaláctico*

Erótica

- | | |
|---|---|
| 1. Gustavo Sainz, <i>Batallas de amor perdidas</i> | 10. Jorge F. Hernández, <i>Milonga para una intrusa</i> |
| 2. Edmée Pardo, <i>Flor de un solo día</i> | 11. Blanca Castellón, <i>Los juegos de Elisa</i> |
| 3. Hernán Lara Zavala, <i>Muñecas rotas</i> | 12. Andrés de Luna, <i>El aprendizaje del ahora</i> |
| 4. Alberto Ruy Sánchez, <i>La huella del grito</i> | 13. Miguel Angel Tenorio, <i>Muy buenas todas ellas</i> |
| 5. Josefina Estrada, <i>Te seguiré buscando</i> | 14. Poli Délano, <i>La película clara</i> |
| 6. Guillermo Samperio, <i>Despedrada</i> | 15. José de la Colina, <i>Las medias fantasmas de Leda R.</i> |
| 7. Rafael Ramírez Heredia, <i>Aprisionarte quisiera</i> | 16. Jorge Valdés Díaz-Vélez, <i>Cámara negra</i> |
| 8. Mauricio Molina, <i>El último refugio</i> | 17. Enrique Héctor González, <i>Los párpados de Leda</i> |
| 9. Huberto Batis, <i>Amor por amor</i> | |

Yo medito, tú me editas

1. *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, Varios
2. *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Jorge Herralde

Revistas

Transgresiones, núm. 0, 1, 2 y 3

Quehacer editorial, núm. 1, 2, 3 y 4

¿Nos echamos un tiro?

Tirajes desde diez ejemplares hasta miles

CUIDADO EDITORIAL

TIPOGRAFÍA Y DISEÑO

IMPRESIÓN DIGITAL

PEQUEÑO Y GRAN FORMATO

TIRO CORTO

ENCUADERNACIÓN Y ACABADOS



www.solareditores.com • solar@solareditores.com • 55151657

Quehacer editorial

Es una revista especializada, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.

www.solareditores.com

E

Ediciones del Ermitaño



5515-1657

m m erótica lca

Libros que, con la fotografía
de Alejandro Zenker, abren un nuevo
y original espacio en donde el texto
erótico se funde con las imágenes
de los mismos escritores y poetas
acompañados de la presencia
inquietante de la desnudez femenina.



Pedidos al 5515-1657 o a solar@solareditores.com
www.solareditores.com

La producción se realizó íntegramente
en las instalaciones de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
5515-1657
solar@solareditores.com

www.solareditores.com

En su composición se utilizaron tipos Eras y Schneidler Light
de 8, 9, 10, 11, 12 y 14 puntos

El tipo Schneidler, usado en la colección *Minimalia*,
se basa en la tipografía de los impresores venecianos
del periodo renacentista y comparte con ella su gracia,
belleza y proporciones clásicas. Es un tipo fino y legible
tanto para textos extensos como para carteles y folletos.
Una de las características más originales de esta fuente
son sus signos de interrogación. F. H. Ernst Schneidler,
diseñador de fuentes y maestro tipógrafo, concibió
originalmente la *Schneidler Old Style* en 1936
para la Fundidora Bauer.

Títulos de la colección

1. Felipe Garrido, *Tepalcates*
2. Alejandro Ramírez, *Entre mitos y flautas*
3. Eugenio Aguirre, *Ángeles y Demonios*
4. Alejandro Sandoval Ávila, *Agua zarca*
5. Ana María Jaramillo, *La curiosidad mató al gato*
6. Carlos Mongar, *Fragmentos sin fondo*
7. Virginia Jackson, *Géminis/Gemini*
8. Ricardo Bernal, *Metafísica del aborto*
9. Cristina de la Concha, *Historia de una pérdida y otros cuentos*
10. Héctor Perea, *Aguasvivas*
11. Víctor Sandoval, *Coplas que mis oídos oyeron*
12. María Velázquez, *Aun sin saber quién eres. Cuentos, relatos y alebrijes*
13. Eugenio Aguirre, *Los perros de Angagua*
14. Saúl Ibargoyen, *Poeta en México City*
15. Luis Ignacio Helguera, *Ígneos*
16. Alejandro Ramírez, *Tiempo de cuentos*
17. Cristina Gómez, *Puentes bajo el asfalto*
18. Sex-Teto y otras piezas para cuatro manos
19. Blanca Martínez, *Cuentos del Archivo Hurus*
20. Francisco Segovia, *Rellano*
21. Vueltas de tuerca, *Cuentos de escritores politécnicos*
22. Felipe Garrido, *Voces de la Comarca*
23. Hélène Monette, *Montréal brûle-t-elle? ¿Arde Montreal?*
24. Arduo Suaves, *Canutero*
25. El surco y la palabra, *Literatura emergente de Aguascalientes*
26. Óscar Edmundo Palma, *Periodismo en crisis*
27. Alí Chumacero, *Poeta de amorosa raíz*
28. Iván Portela, *Cantos de fuego (Cantos ivánicos)*
29. Luis Reyes de la Maza, *Juan Xóchitl I (El pontífice mexicano)*
30. Iliana Godoy, *Secreter*
31. Otto-Raúl González, *Sea breve*
32. Animalia, *Bestiario fantástico*
33. Hugo Gutiérrez Vega, *Lecturas, navegaciones y naufragios*
34. Águeda Pía Fernández, *Una mujer en vilo*
35. Adolfo Castañón, *El reino y su sombra. En torno a Juan José Arreola*
36. Saúl Ibargoyen, *Bichario*
37. Mónica Mansour, *Poema para Silvia/ Nómada de mí*
38. Luz Elena Cabrera, *Abelardo y Heloísa. El arte de la pasión*
39. María Guerra, *Vocación de viento*
40. León Guillermo Gutiérrez, *No mueras esta noche*
41. Aníbal Rodríguez Silva, *Memoria de escriba*
42. Eduardo Zambrano, *A ras de todo*
43. Patricia Jacobs, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y otros pueblos del Levante*
44. Pablo López, *El amor en pocas palabras*
45. Javier Contreras Villaseñor, *Cuadernos de humo*
46. Alejandro Ramírez, *Color de noche*
47. *Poesía ensayo y crítica en la vida de Ramón Xirau*
48. Eduardo Lizalde, *Las huellas del tigre*
49. La ciudad escrita, *Lauro Zavala*
50. Con Augusto Monterroso *en la selva literaria*
51. Mercedes Martínez Torres, *Clave de Sol y niebla*
52. Enrique Héctor González, *Anfropiflume*
53. Águeda Pía Fernández, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*
54. Jade Castellanos Rosales, *De locas por la gran ciudad*
55. Elia Espinosa, *Poemas de la distancia*
56. Saúl Ibargoyen, *Graffiti 2000*

Títulos de la colección

- | | |
|---|---|
| 57. Pablo Aveleyra, <i>Memoria que dura</i> | 76. María Luisa Erreguerena, <i>Un poco de alma</i> |
| 58. Teresa Aveleyra, <i>Mi cuervo azul</i> | 77. La rebelión de los desobedientes, <i>Veinticinco años de poesía cubana</i> |
| 59. Teresa Aveleyra, <i>Cabo y rabo</i> | 78. Pablo Aveleyra, <i>Onirografías</i> |
| 60. Teresa Aveleyra, <i>Cuentos de dichos y hechos</i> | 79. Voces de los Arcanos, <i>Antología de cuentos</i> |
| 61. Teresa Aveleyra, <i>Pasos por el mundo</i> | 80. Federico Hernández Aguilar, <i>Último divorcio de Blannieves y otros cuentos</i> |
| 62. Teresa Aveleyra, <i>El secreto de Lady Lucy</i> | 81. Javier de la Mora de la Peña, <i>Toda la flor del Universo</i> |
| 63. Miguel Ángel Tenorio, <i>Instantáneas de la ciudad. Antología</i> | 82. Ignacio Solares, <i>The golden coin: Freud or Jung?/La moneda de oro: ¿Freud o Jung</i> |
| 64. Carla Pataky, <i>Estancias</i> | 83. Elsa Cross, <i>Monzón. Poemas desde la india (Antología)</i> |
| 65. María Velázquez, <i>Cosas que todavía existen. Cuentos, narraciones y sucesos</i> | 84. Saúl Ibargoyen, <i>Entreversos</i> |
| 66. Eko, <i>Denisse</i> | 85. Alejandra Peart Cuevas, <i>En estas horas</i> |
| 67. Arturo Azuela, <i>Extravíos y maravillas</i> | 86. Isidro Martínez García, <i>La travesía de los sueños perseguidos</i> |
| 68. Alejandro Tarrab, <i>Centauros</i> | 87. Hernán Lavín Cerda, <i>Divagaciones del pequeño filósofo</i> |
| 69. Encuentro de poetas, <i>Oaxaca 2000</i> | 88. Orlando González Esteva, <i>La noche y los suyos</i> |
| 70. Teresa Aveleyra, <i>Carne de boiler</i> | |
| 71. Pablo Aveleyra, <i>Revoltijo</i> | |
| 72. Alejandro Osorio Ibáñez, <i>Agua lunar</i> | |
| 73. Poetas del mundo latino, <i>Oaxaca 2001</i> | |
| 74. Hernán Bravo Varela, <i>Comunión</i> | |
| 75. Jade Castellanos, <i>Riscorso</i> | |

Separadores

1. Eko, *Los separadores de Minimalia*
2. Carlos Ranc, *Para ver antes de ir a la cama (taedium vitae)*
3. Marco Antonio Campos, *Antología del verso único*

Género y salud sexuales

1. *Derechos sexuales y reproductivos de niñas y niños desde una perspectiva de género*
2. *Masaje clásico terapéutico*, Socorro Rocha
3. *Agenda erótica femenina 1998, 1999, 2000, 2001, 2002 y 2004*
4. *Agenda erótica masculina 2001*

Títulos de la colección

Breviarios

1. Víctor Roura, *El destino del telegrama*
2. Arduo Suaves, *Canutero de España. Periquetes de literatura*
3. Andrés García Barrios, *Crónica del alba*
4. Alberto Blanco, *Más de este silencio*
5. Arduo Suaves, *Canutero de Brasil. Periquetes de literatura*
6. Arduo Suaves, *Los periquetes editoriales y otro tipografitis*
7. Arduo Suaves, *Canutero de Cuba. Periquetes de literatura*
8. Arduo Suaves, *Canutero de Quebec. Periquetes de literatura*
9. Arduo Suaves, *Canutero de Cataluña. Periquetes de literatura*
10. Arduo Suaves, *Canutero de Perú. Periquetes de literatura*

Infantil

1. Pedro Bayona, *Historias de cocodrilos*

Cómic

1. Jaime López y Felipe Ehrenberg, *Rolando Trokas. El trailer intergaláctico*

Erótica

- | | |
|---|---|
| 1. Gustavo Sainz, <i>Batallas de amor perdidas</i> | 10. Jorge F. Hernández, <i>Milonga para una intrusa</i> |
| 2. Edmée Pardo, <i>Flor de un solo día</i> | 11. Blanca Castellón, <i>Los juegos de Elisa</i> |
| 3. Hernán Lara Zavala, <i>Muñecas rotas</i> | 12. Andrés de Luna, <i>El aprendizaje del ahora</i> |
| 4. Alberto Ruy Sánchez, <i>La huella del grito</i> | 13. Miguel Angel Tenorio, <i>Muy buenas todas ellas</i> |
| 5. Josefina Estrada, <i>Te seguiré buscando</i> | 14. Poli Délano, <i>La película clara</i> |
| 6. Guillermo Samperio, <i>Despedrada</i> | 15. José de la Colina, <i>Las medias fantasmas de Leda R.</i> |
| 7. Rafael Ramírez Heredia, <i>Aprisionarte quisiera</i> | 16. Jorge Valdés Díaz-Vélez, <i>Cámara negra</i> |
| 8. Mauricio Molina, <i>El último refugio</i> | 17. Enrique Héctor González, <i>Los párpados de Leda</i> |
| 9. Huberto Batis, <i>Amor por amor</i> | |

Yo medito, tú me editas

1. *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, Varios
2. *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Jorge Herralde

Revistas

Transgresiones, núm. 0, 1, 2 y 3

Quehacer editorial, núm. 1, 2, 3 y 4



QUEHACER EDITORIAL es una revista especializada, en proceso de transformación desde su nacimiento, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector y que hemos convocado a constituir el Instituto del Libro y la Lectura.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

El libro ha pasado por muchas revoluciones. La que hoy vivimos es quizás una de las más impactantes, una de las que más han calado en nuestro quehacer. Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.



Ediciones del Ermitaño

MINIMALIA es una colección que aprovecha y explora las nuevas tecnologías de composición y producción digital con el fin de crear nuevos paradigmas que lleven la palabra del autor al lector.

www.solareditores.com